

LA BIBLIOTECA DE LA LUNA



FRANCESC MIRALLES


ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

La biblioteca de la Luna

Cita

Primera parte

1. *Hello*
2. La Muerte
3. Moira
4. *Call Center*
5. A la deriva
6. Entre medio
7. Un ruego espacial
8. El Sumo Sacerdote
9. Dos noticias, y una tercera
10. Una extraña melancolía
11. Amor al paciente
12. El ascenso
13. Y ahora vives para nada
14. Presencial
15. La sirena y la Luna
16. Nada que declarar
17. La entrevista
18. Terminal de salidas
19. Del azul al firmamento

Segunda parte

20. Mar de la Tranquilidad
21. Alunizaje
22. El camarote individual
23. En la ciudad de la Luna
24. Moonbay
25. Guía de supervivencia en la Luna
26. Melancolía lunar
27. La Cueva de los Aborígenes
28. Mensaje de talento
29. UFO Café
30. El espectáculo más grande desde el Big Bang
31. El fin de los cielos azules
32. Un almacén cerrado
33. El bibliotecario
34. Cuando esto se sepa en la Tierra

35. La escuela del silencio

36. Éxodo lunar

37. ¿Cómo es un libro?

38. Vida impersonal

39. La colina de la muerte

Tercera parte

40. El ermitaño lunar

41. Las diversiones de la Luna

42. El olor de los libros

43. El museo de los momentos no vividos

44. Ramana

45. Advaita

46. Los invasores

47. La invitación

48. Las veinticuatro fases de la Luna

49. High Mile Club

50. Las vidas de los maestros

51. El peso de la oscuridad

52. Una nube del no saber

53. La conciencia cósmica

54. El elefante blanco

55. Hipótesis

56. La grieta de Dios

57. Tentáculos

58. Siete lunas

59. Siete círculos

60. La muerte de Thomas Merton

61. Una nueva colonia lunar

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En un futuro más o menos cercano, Kumar, un excéntrico magnate, crea la primera colonia humana en la Luna: Exovillage, centro turístico para grandes fortunas.

Verne, lingüista que trabaja en un *call center*, está enamorado de Moira, ingeniera en telecomunicaciones, radicada en Exovillage y que sufre «melancolía espacial». El joven logra trasladarse allí para ejercer de bibliotecario (en la Tierra se prohibieron los libros impresos para evitar la deforestación) y encontrará textos que buscan la perfección intelectual.

Cuando Verne logra salir a explorar la superficie lunar da con un raro eremita que se transformará en su maestro zen...

FRANCESC MIRALLES

LA BIBLIOTECA DE LA LUNA



*Miro el cielo por la noche
y me pregunto
para cuándo una base lunar
y quién se va a ocupar
de su biblioteca.*

APE ROTOMA

PRIMERA PARTE

1

HELLO

Querido Verne:

Antes de nada, quiero disculparme por haber tardado tanto en escribirte. Sé que te lo prometí antes de irme, pero las cosas no son nada fáciles aquí arriba. Hace ya tres semanas que llegué y hasta hoy no he tenido un instante de respiro.

Cuando no estaba mareada o vomitando, me tenían a *full* configurando esta maldita Exonet, que falla continuamente sin que sepamos por qué. Supongo que sucede con todo lo que se hace por primera vez.

Mientras me paseo por estos tubos transparentes, como un hámster en su jaula, pienso a menudo en ti. Con el nombre que te pusieron tus padres, deberías ser tú quien esté en el Exovillage, si no fuera porque yo estudié telecos y por aquí no necesitan expertos en sánscrito.

En todo caso, no te pierdes mucho. Ninguno de los sesenta trabajadores que montamos el complejo hotelero puede salir afuera. Hay vehículos lunares, pero están reservados para los millonarios que empezarán a subir aquí en un mes, tras pagar las vacaciones más caras del sistema solar.

Para ellos y para Kumar, claro, aunque hace semanas que no sabemos nada de nuestro amado jefe y promotor de este disparate. Por aquí corre el rumor de que ha muerto de un ataque al corazón al ver lo que está costando todo esto.

Aunque el Exovillage resista un siglo al polvo lunar, ni siquiera así se recuperaría la inversión. Todos los costes previstos inicialmente se han triplicado, exceptuando los sueldos de los empleados, jajaja.

Ayer regresaron a casa los pioneros. Han estado diez semanas para montar la impresora 3D con la que se han construido las paredes y módulos. Si hubieras visto sus caras de alivio al despedirse de nosotros se te habrían quitado las ganas de estar aquí.

La vida en la Luna no tiene nada que ver con lo que te imaginas. No nos dan trajes ni combustible para poder salir, como te dije. Para nosotros esto es como vivir en un putó centro comercial, eso sí, con vistas a la Tierra.

Aunque no he llegado a conocerle, Kumar sabe mejor que nadie que esto es un fiasco. Por eso en el Exovillage están capadas todas las redes sociales. Hay verdadero interés por parte de la empresa en ocultar cómo es esto de cutre. Hay solo unos pocos cientos de terrícolas que pueden permitirse el viaje y la estancia aquí, y no podemos perderlos.

La ración semanal de datos que tiene cada empleado se puede utilizar exclusivamente para mandar e-mails, sin imágenes adjuntas ni audio alguno.

¿No te parece retro? Lo es... Y si supieras lo que pagará el cliente por cada kilobyte enviado o recibido te quedarías blanco. Y encima, la Exonet funciona como el culo. Quien piense que yendo a la Luna viaja al futuro se va a llevar un buen chasco. A no ser que hablemos de la modernidad de las pelis de hace cien años. Eso ya se parecería más a esto.

Mientras en la Tierra hace décadas que el acceso a la red es gratis y universal, aquí se vuelve a pagar por todo. Marcelo, mi compañero en este fallido departamento de comunicaciones, lo ha resumido con un lema comercial perfecto para el Exovillage: «SERVICIOS DE AYER A PRECIOS DE MAÑANA».

Y dejo de rajar ya o te cansarás de mí y no levantarás nunca más la mirada hacia este pedrusco en el que estamos exiliados.

Espero que estés bien. Sé que alucinas con el hecho de que esté aquí, pero ahora soy yo la que te tengo envidia, Verne. Por muy mal que vaya todo, tú al menos puedes ir a la playa ;-)

Besos lunares,

Moira

>moira@exovillage.moon (no-phone available)

2

LA MUERTE

El viejo Toyota tosió como una bestia asmática al girar la llave de contacto. Mientras salía del *parking* desierto, Verne sintió que se llevaba con él aquella densa soledad.

Al detenerse en el primer semáforo, vio con alivio que aún faltaban veinte minutos para las once de la noche, cuando empezaría su turno de siete horas como consultor existencial a distancia.

Cada vez que escuchaba aquel apelativo le entraban ganas de vomitar. Su jefa se había inventado esa etiqueta para no decir a las claras la actividad que realizaban una decena de infelices como él: tarotista *online*.

Mientras adelantaba vehículos por la ronda en dirección a las modernas oficinas del *call center*, Verne recordó cómo se había metido en aquella trampa que pagaba sus facturas pero arruinaba su alma.

Nada más terminar la carrera de filología clásica y sánscrito, se había cumplido la profecía que les había dado el profesor de cultura védica en la clase inaugural: «Espero que os toméis la carrera como una pasión personal, porque los licenciados tienen tres salidas. —Hizo una pausa ante los alumnos expectantes para añadir—: Por tierra, por aire o por mar».

En su caso, no había tenido que cruzar el mar en busca de oportunidades tan remotas como improbables. En la misma línea de costa, había pasado su primera entrevista de trabajo como licenciado en el pequeño rascacielos al que ahora se dirigía.

Le había recomendado un amigo de la facultad, que había trabajado durante los estudios en un teléfono erótico de aquel mismo *call center*. Al saber que Verne estaba a punto de perder su alquiler de veinte metros cuadrados por impago, lo había propuesto para una vacante del departamento de *consultores existenciales*. El cargo consistía en tirar el tarot a gente desesperada que no puede dormir a causa de sus problemas, pero que acabarán la consulta con otro agujero en su tarjeta de crédito.

—Yo no he echado las cartas en mi vida —le dijo Verne, asombrado ante aquella idea—. ¿Cómo quieres que pase una prueba mañana?

—Estúdiate esta noche los arcanos mayores, con eso bastará... Si has logrado aprender arameo, puedes memorizar la simbología de veintidós cartas. ¿O no? Además, a la jefa le ha gustado saber que tienes formación en lenguas clásicas, lo considera un *background* interesante para interpretar el tarot, que al parecer es ancestral.

El sueldo para trabajar cuatro noches por semana era más que decente, así que Verne pasó la noche leyendo en su ordenador distintas descripciones sobre arquetipos como el Loco, la Rueda de la Fortuna o el Colgado, cuyo significado le había resonado especialmente.

Con la tranquilidad de quien sabe que va a suspender un examen, a la mañana siguiente se presentó en las oficinas. Desde allí operaban decenas de empresas de una misma propietaria, que había iniciado su fortuna con el asunto de los consultores existenciales.

Para su estupor, una vez superado el control de acceso, le informaron de que en la décima

segunda planta le esperaba la propia Marianne, como quería ser llamada la dueña de aquel centro de servicios dietéticos, eróticos, financieros, legales y, por lo visto, también espirituales.

Al abrirse las puertas del ascensor, una dama menuda que rondaba los setenta años le esperaba con una sonrisa afable. Tras estrecharle la mano, que era flácida y caliente, le pidió que la acompañara hasta una pequeña sala de reuniones. La planta estaba ocupada por un ejército de consultores que susurraban oráculos en sus micros mientras miraban a los clientes en las pantallas.

La misma Marianne, que le informó de que no tenía secretaria, cerró la puerta y se sentó frente al nuevo candidato.

—Me han dicho que te apasiona el tarot pero que tienes poca experiencia profesional —comentó para abrir fuego.

—Bueno... hago tiradas casi exclusivamente a amigos —mintió Verne—. En todo caso, me gusta utilizar solo los arcanos mayores. ¿Sería eso un problema?

—No necesariamente... —le tranquilizó ella—. Lo importante es que el consultor se sienta seguro con su propia vía del tarot. Nunca he impuesto un camino único. Aquí todos utilizan las setenta y ocho cartas, pero si quieres prescindir de los arcanos menores, no voy a oponerme. Lo importante es que toques en hueso... ¿Podemos empezar?

Aquella pregunta pilló por sorpresa a Verne, que tampoco sabía a qué se refería con eso de «tocar en hueso».

Tras unos segundos de silencio, Marianne sacó una *tablet* de su bolso y se la entregó después de haber seleccionado un par de opciones.

—En el escritorio tienes los arcanos mayores y el barajador. —Verne asintió, cada vez más nervioso, mientras la vieja dama daba inicio a la prueba—. Trabajaremos con un caso personal. Se trata de mi mejor amiga, así que enseguida sabré si el resultado de la consulta tiene sentido.

—De acuerdo...

—Mi amiga tiene aproximadamente mi edad. Enviudó hace cinco años y hasta hace muy poco estaba sola. Pero acaba de conocer a un hombre más joven que ella y quiere saber qué futuro tiene esa relación.

—Entiendo —dijo Verne, tratando de disimular que las manos le temblaban a causa de los nervios.

Pulsó el botón del barajador en el escritorio de la *tablet* y luego arrastró tres cartas del mazo virtual, tal como había visto hacer en un tutorial. La de la izquierda simbolizaba el pasado, el origen de la situación. La del centro, la situación presente. La de la derecha, el futuro que tanto interesaba al consultante.

Tras ver las cartas que salían, el Ermitaño, el Mundo y la Muerte, todas de pie, se tranquilizó al entender que sería capaz de hilar un pequeño discurso. Por una vez, el azar se había aliado con él.

—El arcano del pasado me confirma que tu amiga ha completado ya su travesía del desierto —empezó—. Ha estado sola por elección, no porque le faltaran oportunidades. Necesitaba todo este tiempo para completar el duelo e integrar los recuerdos de su anterior pareja. —Los ojos de Marianne brillaron y Verne comprendió con asombro que no iba desencaminado. Aquello dio alas a su recién descubierto talento de sofista—: Vamos ahora con el presente. El nombre del arcano nos dice ya mucho sobre lo que este hombre joven está significando en la vida de tu amiga. Él ha sido la llave que le ha abierto las puertas para volver al mundo. Literalmente, ella está volando —dijo Verne en referencia a la ilustración, que mostraba a una mujer desnuda en el aire con una barra en cada mano—, pero...

—¿Adónde le lleva esto? —preguntó Marianne, impaciente.

Verne no solo notó que aquel caso le interesaba profundamente. En su mirada agitada entendió que Marianne ya había sacado sus propias conclusiones sobre el futuro de la relación.

Consciente de que las cosas estaban saliendo mucho mejor de lo previsto, Verne hizo una pausa teatral para concluir:

—El arcano del futuro no puede ser más claro: esta relación tiene las horas contadas. Pero tu amiga no debe estar triste, porque la Muerte también trae buenas noticias. Este romance nació para ser breve, para despertarla a la vida, pero el hombre más joven no tiene como misión acompañarla lejos. Es un amor-puente, como el piso que la gente compra cuando aún no puede permitirse el que realmente desea. Su función ha sido llevarla a la otra orilla, a la orilla de la vida. El vínculo se romperá en breve, pero tu amiga estará preparada para encontrar el amor verdadero, después de este, que ha sido solo una preparación.

—¡Totalmente de acuerdo! —dijo Marianne con entusiasmo—. Ahora bajaremos juntos a la cuarta planta. Allí te tomarán los datos para preparar el contrato. Empiezas este fin de semana.

Sorprendido de haber superado la prueba con solo un poco de sentido común y otro tanto de verborrea, mientras Verne bajaba en ascensor junto a quien ya era su jefa, sintió ganas de llorar.

3

MOIRA

Los siete minutos que faltaban para iniciar su turno, Verne decidió pasarlos en la puerta de la empresa, junto a los fumadores, aunque él lo había dejado al cumplir los treinta, dos años atrás.

Mientras observaba cómo media docena de teleoperadores cargaban de tabaco sus pipetas de cerámica, levantó la cabeza a la Luna de primeros de octubre, que derramaba una luz hipnótica.

Verne se preguntó si sería posible distinguir el Exovillage con un telescopio potente. Aunque el proyecto llevaba años en la prensa, apenas habían trascendido imágenes. Los curiosos habían podido ver poca cosa más que prototipos del complejo y alguna vista desde las suites lunares, que costaban el sueldo de la vida entera de un trabajador. Cuando los millonarios empezaran a subir eso cambiaría, se dijo, ya que las fotos que tomaran inundarían las redes sociales a su regreso. A ellos no les podrían prohibir eso.

Escrutó melancólico las cicatrices del satélite, tratando de advertir algún rastro del primer asentamiento humano fuera de la Tierra. Nada. Había oído decir que la Gran Muralla china es la única construcción que se ve a simple vista desde el espacio, aunque muchas fuentes aseguraban que eso no era cierto.

Con la mirada y la mente en la Luna, suspiró al imaginar allí la tez morena de Moira, con su melena negra y lacia y aquellos ojos ligeramente rasgados. Había algo de oriental en su rostro. Ahora que vivía a trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros, ya totalmente fuera de su alcance, se sentía aún más fascinado por ella. Cada vez que la recordaba, se le abría un abismo en la boca del estómago.

¿Por qué justamente ahora? Habían sido amigos durante más de diez años, desde que coincidieran en un taller de *mindfulness*. Sus vidas habían transcurrido luego por caminos diferentes. Como brillante ingeniera de telecomunicaciones, Moira había encadenado trabajos cada vez mejores hasta llegar a lo más alto, nunca mejor dicho, mientras que él se había estancado en su trabajo friki como consultor existencial.

Aun así, un mes antes de su marcha, había estado a punto de saltar el chispazo definitivo entre los dos. Tras romper con su novio —Moira argumentaría más tarde que no lo quería tanto como para mantener una relación extraterrestre—, habían ido un par de días a una granja biodinámica. Al inscribirse juntos en un curso de cocina zen, les habían asignado una habitación con una sola cama.

Tumbados en el mismo lecho, Verne supo que Moira había sido elegida para trabajar en el Exovillage. Aquella noticia le dejó tan helado que pasó el resto de la noche haciéndole preguntas, a la vez que se sentía frenado a la hora de dar el paso que anhelaba desde que la conocía.

Dado que se iba para una larga temporada, Moira podía interpretar que solo quería echar un polvo con ella, clavar la bandera antes de que la lanzaran a las estrellas. Y él se había jurado que, si alguna vez pasaba algo entre ellos, sería para estar juntos. Para siempre.

Al pensar en todo ello, Verne concluyó que su cometido en la vida era sufrir, ya que no había

sido capaz de jugarse el todo por el todo teniéndola a un palmo y, ahora que ella estaba en la Luna, la sentía más cerca que nunca.

Una voz chillona le arrancó de su ensueño.

—Oye, empanado, ¿tú no entras a las once?

Bajó la mirada hacia aquella chica de cabellos rojos rizados y minifalda de cuero. De ella solo sabía que se llamaba Lily y que trabajaba como psicóloga en el turno de noche. Cuando coincidían en el ascensor, siempre al terminar, charlaban sobre las distintas maneras de no caer dormidos durante el trabajo. Ella era partidaria de la infusión de mate, mucho más estimulante que el café o el té, aunque también veía series de reojo en su *smartwatch* cuando se detenía el flujo de llamadas.

Verne se asustó al ver en su móvil que eran las once y cinco. Quien ocupaba su puesto en el turno anterior era un hombre con gemelos recién nacidos, así que le esperaba un buen rapapolvo.

Atravesó junto a Lily el lujoso *hall* y, tras abrir las puertas de cristal con sus brazaletes, corrieron hasta el ascensor.

—¿Tú no llegas tarde? —le preguntó él, acalorado.

—Cada noche del mundo. Intento forzar que me despidan, pero se hacen los suecos.

CALL CENTER

Con el pinganillo a la distancia correcta de sus labios, para poder susurrar sin molestar al resto de operadores, Verne ensayó una expresión serena frente al monitor. Los consultantes tenían la opción de dejarse ver o no, según su grado de timidez, pero él siempre aparecía en sus pantallas. Eso le obligaba a poner buena cara durante siete horas cada noche.

En su monitor apareció un hombre maduro de aspecto cansado. Sus ojeras pronunciadas y la barba de dos días le decían más que el resultado que pudieran dar los arcanos en la pantalla lateral. De hecho, tras haber realizado miles de consultas, a veces ni siquiera miraba las cartas. Sabía que podía decir cualquier cosa, siguiendo lo que soltaba el cliente, para mantenerle pegado treinta minutos como le exigía la empresa. Nadie quiere cortar el hilo de su destino.

—Buenas noches —le saludó Verne con un estudiado tempo lento—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito... Bueno, mi consulta es sobre el trabajo.

El hombre se pasó la mano por los cabellos ligeramente grasientos, esperando el oráculo con ansiedad.

Verne activó el barajador de cartas, pero no se preocupó por mirar el resultado.

—Veo que los asuntos laborales no han ido muy bien últimamente.

—Pues no... ¿Cómo lo sabe?

—Las cartas hablan.

—Llevo un año en el paro y no me sale nada de nada —dijo el hombre, abatido—. A mi edad estoy empezando a perder la esperanza. Me queda el dinero justo para sobrevivir un mes. ¿Cuándo me saldrá un trabajo?

Sintiendo verdadera compasión por aquel desdichado, Verne decidió fijarse en la carta del futuro: la Torre partida por el rayo.

—Va a tardar un poco aún, pero las cosas mejorarán a medio plazo.

—¿Qué significa medio plazo?

Verne contuvo un suspiro antes de contestar:

—Las cartas hablan de mejoría a dos o tres meses vista, pero si intensifica usted la búsqueda de empleo, se puede acortar la espera. El destino es maleable, ¿sabe?

El hombre le miraba impertérrito, como si estuviera demasiado agotado para pensar. Balbuceó algo incomprensible con los labios reseco antes de preguntar:

—¿Y no me puede decir algo de ese trabajo?

—¿A qué se ha dedicado hasta ahora?

—Jardinero, no sé hacer otra cosa... He llamado muchas veces al departamento de parques y jardines del ayuntamiento por si salen vacantes, pero nada.

Verne sintió una mezcla de lástima e irritación ante aquel desgraciado que estaba gastando su dinero en eso, en lugar de rastrear en la red las empresas del sector. En su fuero interno, le daban ganas de decirle: «Pues cómprate un bosque y piérdete».

—Quizás debería abrirse entonces a otras alternativas. Olvídense de los jardineros del ayuntamiento, los contratan a dedo.

—Ya... pero ¿las cartas qué dicen?

La noche siguió con un volumen alto de consultas. Apenas había pausas, lo cual era de agradecer porque así el tiempo pasaba más rápido. Tras ocho años en el puesto, Verne tenía respuestas automáticas para casi todo. Como con el jardinero en paro, si la consulta era sentimental, su respuesta estándar era: «Veo que hasta ahora la suerte en el amor no le ha sonreído. Pero está a punto de cambiar».

Como un mantra interior, podía oír la voz de Marianne que decía: «Aguántalos ahí». El negocio se basaba en eso: mantener al consultante el máximo tiempo posible para que la facturación por minuto le supusiera un buen mazazo.

Verne estaba atendiendo a un hombre con múltiples enfermedades cuando sobre la pantalla se iluminó el pequeño monitor para la comunicación interna de la empresa. Era la primera vez que le escribía Lily.

(L) Oye, ¿haces algo después de tu turno?

Acostumbro a irme a dormir, ¿por qué lo dices? (V)

(L) Me apetece bañarme. ¿Vienes?

No tengo bañador... (V)

(L) Yo tampoco, pero da igual. A las siete de la mañana no hay nadie en la playa. Como mucho algún viejo que pasea el reuma y no ve ni torta.

(L) ¿Te animas?

Vale (V)

La entrada de un cliente con pantalla oscura, como llamaban a los que desconectaban la cámara, no le permitió pensar más en aquello.

—Buenas noches, ¿qué le interesa saber?

—Muchas cosas y ninguna —respondió una mujer de voz gruesa y acento exótico—. Simplemente no puedo dormir.

Aquello descolocó a Verne, que estuvo tentado de pasarla con el departamento de psicólogos a distancia, donde algún petardo como Lily fingiría escuchar mientras pensaba en darse un baño.

—Espero que, después de su consulta, logre conciliar el sueño —repuso él, recuperando su papel—. Dígame qué le inquieta: ¿la salud? ¿El dinero?

—Nada de eso. Supongo que tengo problemas existenciales... y usted es consultor existencial, ¿verdad?

—Bueno, es un eufemismo para no decir que tiramos el tarot —reconoció en un acceso de

honestidad—. En ciertos círculos está mal visto.

—Pues es una pena. Los arcanos son viejos como la cultura humana... Y, aunque no lo parezca, yo ya tengo una edad. De adolescente, me hacía tirar las cartas cada semana. En aquella época eran de papel; bueno, de cartón. ¿Puede imaginarlo?

—Me cuesta, si le soy sincero. Nací bastantes años después de los pactos de Fráncfort.

—Fue un buen acuerdo —dijo la mujer, que no parecía preocupada por lo que le costaría aquella cháchara nocturna—. Gracias a la prohibición del papel en todo el mundo hemos salvado los bosques. Además, era absurdo. ¿Para qué pelar árboles cuando todos los escritos puede ser virtuales? Es mucho más ecológico.

Verne empezaba a perder la paciencia, pero no podía permitirse cortar a una clienta que estaba dejando una suculenta facturación.

Tal como se temía, aquella abuela indiscreta no tardó en apuntar hacia él.

—Seguro que cuando usted estudiaba ya se habían retirado todos los libros de papel, por ser muestras de la barbarie contra los bosques, pero... ¿ha podido ver alguno?

—En fotografías, claro —respondió cada vez más enojado—. También vi un libro en un museo, dentro de una urna de cristal.

—Felizmente estamos en otra época. ¿Quién iba a decir que la humanidad lograría ponerse de acuerdo para salvar el planeta? En otras cosas no, pero en eso de las plantas vamos todos a una.

Una luz azulada indicó a Verne que tenía otra llamada en la cola, así que se sintió autorizado a cortar el rollo.

—Entonces, ¿no quiere que le eche las cartas?

—Hace tiempo que no lo permito.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando tenía fijación por el tarot, me acabé dando cuenta de que la adivinación anula tu libertad, porque te condiciona. Si estás en pareja y las cartas anuncian conflictos, te pones susceptible y acabas peleándote. Por eso las cartas casi siempre aciertan. Por cierto, ¿qué hace usted cuando no hay clientes? ¿Se las tira a sí mismo?

Verne decidió que había llegado el momento de cortar a aquella vieja entrometida.

—Discúlpeme, pero tengo consultas esperando...

—¿Se encuentra bien? Usted no puede verme, pero yo sí. Y tiene mala cara. Me preocupa... ¿Qué opina de la vida?

Tras cortar la comunicación, Verne recordó con fastidio que tendría que redactar un protocolo para justificar algo que sucedía muy pocas veces, y casi siempre por acoso sexual a los teleoperadores.

El cliente de la cola había desaparecido, lo cual significaba que había sido derivado a otro consultor. Verne respiró hondo y, sin saber siquiera por qué lo hacía, decidió echarse una sola carta.

Al ver el arcano de la Luna, sintió un vértigo inverso, como si el satélite le estuviera arrancando de un mundo al que nunca había querido pertenecer.

5

A LA DERIVA

Aunque el mar se veía desde todas las plantas del *call center*, para llegar hasta allí tuvieron que atravesar una autopista de seis carriles.

El tráfico era ya denso al amanecer, lo cual hizo que Verne se sintiera aún más fuera de lugar. Mientras el mundo se disponía a subir la persiana de un nuevo día, él iba a bañarse con una mujer a la que solo conocía de saludarse en el ascensor.

Tras cruzar el semáforo, al observar la desenvoltura con la que ella caminaba en dirección al mar, se dijo que las mujeres poseían una naturalidad para aquella clase de situaciones que él jamás tendría.

Nada más tocar arena, Lily se descalzó y, con los zapatos de tacón en la mano, aceleró el paso, dejando a Verne atrás.

Enseguida pensó que no había nada de casual en aquella prisa repentina. Le había adelantado, simplemente, para que pudiera contemplar su cuerpo lozano. La psicóloga *online* tendría unos cuantos años más que él, quizás rozaba incluso los cuarenta, pero el trasero que se levantaba, firme y rotundo, sobre sus piernas fuertes revelaba un trabajo constante en el gimnasio.

Tal como ella había augurado, en la playa apenas había un alma, fuera de un tipo escuálido que rastrea la arena con un detector de metales.

—¿Vienes mucho a bañarte después de tu turno? —le preguntó él mientras miraba con desconfianza el mar denso y oscuro.

—Solo cuando me apetece.

Decir aquello era como no decir nada, pero sirvió a Lily para dirigirle una mirada burlona mientras dejaba caer su falda y se arrancaba el suéter. Con un hábil golpe de pie, los empujó hacia atrás a la vez que le daba la espalda y le pedía:

—Ayúdame, anda.

Sin duda, era capaz de hacerlo ella sola en unas décimas de segundo, pensó Verne, que tuvo que forcejear con el cierre del sujetador hasta liberar aquella espalda de nadadora de su atadura.

Tras dejarlo caer sobre las otras dos prendas, empezó a desabrocharse la camisa. Lento por el sueño y por lo extraño de la situación, antes de que se la hubiera quitado, Lily ya corría desnuda, mostrando al mundo sus glúteos sin celulitis antes de arrojarse al agua.

Un minuto más tarde, él se unía al baño con mucha menos convicción. El agua ya estaba fría aquel inicio de octubre, así que se adentró en el mar urbano luchando consigo mismo a cada paso. Tras el temido latigazo helado en las partes bajas, reunió el valor para zambullirse del todo y empezar a nadar.

La cabeza rizada de Lily asomaba medio centenar de brazadas mar adentro, así que Verne tuvo que emplearse a fondo para darle alcance.

Justo entonces ella lanzó una carcajada y se alejó nadando con brío renovado. Dándose por vencido, se limitó a hacer el muerto, con el cuerpo ya caliente por el esfuerzo.

La Luna seguía allí, desafiando la invasión de la luz, como un objeto pesado e improbable que levitaba sobre la ciudad.

Con los brazos extendidos como un Cristo acuático, Verne miraba el satélite con aprensión, como si Moira pudiera espiar sus miserias desde el Exovillage. La mera idea le incomodaba terriblemente, aunque, conociéndola, seguro que le alegraría saber que estaba acompañado, si esa palabra procedía.

Su lecho de agua, hasta entonces tranquilo, subió de repente, elevándolo como un muñeco. Tras el sobresalto, Verne vio aliviado que el pequeño tsunami tenía su origen en un ferri que en aquel momento cruzaba el horizonte.

Moira se alegraría sin duda de verle ahí, fresco y osado después del trabajo, pero él no. La sensación permanente de estar en el lugar equivocado, de no pertenecer a este mundo, le disparaba la ansiedad.

Verne meditaba sobre todo esto cuando su cuerpo se vio impelido nuevamente hacia arriba, de forma aún más brusca, esta vez por una fuerza sólida. Tras caer de espaldas y hundirse, al emerger se encontró con la cabeza obstinada de Lily, que le espetó:

—Si llego a saber que eras tan aburrido, no te invito a venir. Para nadar sola no necesito que nadie me acompañe.

—Disculpa... —dijo Verne, accionando las piernas para mantenerse a flote—, me estaba relajando después de una noche interminable.

—Ya te has relajado suficiente. ¡Píllame ahora, si puedes!

Dicho esto, empezó a bracear con furia, esta vez en dirección a tierra firme. Verne se empleó a fondo para darle alcance, a la vez que entraba en calor, pero la psicóloga nocturna estaba claramente en mejor forma que él.

Contra todo pronóstico, a falta de unos metros Lily se detuvo. Haciendo ya pie, le esperó mirándole de frente, mientras la espuma cubría y descubría unos pechos grandes y sospechosamente erguidos.

Antes de decidir qué hacer, ella lo capturó con un estrecho abrazo que le confirmó la textura de la silicona. Aun así, su miembro se tensó de inmediato contra el sexo de ella, que le introdujo la lengua en la boca antes de que se hubieran dado siquiera el primer beso.

Verne no podía creer que una mujer a la que apenas conocía quisiera hacer el amor allí mismo, así que se apartó un poco y dijo:

—Vas muy a saco.

—Hoy sí, estás de suerte.

Dicho esto, ella volvió a atraparle haciendo una pinza con las piernas, lo cual le daba control de movimientos para ensartar su miembro.

—Esa pareja de viejos nos está mirando —le advirtió Verne, señalando dos figuras sentadas en sillas de playa.

—Déjalos que miren, me pone.

—Pues a mí no —dijo él, liberándose con decisión justo antes de que ella lograra el acoplamiento.

Salió del agua sin mirar atrás, convencido de que aquella sería la primera y la última cita con Lily, herida en su orgullo. Sin embargo, mientras se enfundaba los pantalones, ella apareció a su lado, ya vestida y con una mirada tierna.

—Lo siento, no imaginaba que eras un tipo sensible... ¿Puedes llevarme a casa?

Verne asintió mientras se terminaba de vestir. Cuando estuvo listo, ella le tomó la mano para

guiarle pacíficamente hacia el asfalto, casi como a un niño. Su sensación de pesadez aumentaba con cada paso, como si la gravedad —en todos los sentidos— de la Tierra fuera demasiado para él.

6

ENTRE MEDIO

El *parking* subterráneo de los empleados estaba semivacío cuando, con Lily como copiloto, el viejo Toyota decidió no arrancar.

—Será la batería —dijo ella en medio de un bostezo—. ¿Salgo a empujar?

Pese a invertir una energía encomiable tras la larga noche, ningún intento sirvió para que el motor emitiera el menor rugido de vida. Dando la batalla por perdida, se resignaron a empujar entre los dos el morro del coche para devolverlo a su sitio.

—Esto está muerto. Su puta madre...

—No pasa nada —suspiró ella—. Tenemos el metro.

Media hora después, cazaban un asiento libre en un vagón atestado de oficinistas que se disponían a entregar una jornada más de su vida. Tras insistir a Lily para que se sentara, Verne se vio obligado a ocuparlo para, a continuación, recibir el trasero de ella sobre su regazo.

Agotado, se dijo que aquella mujer debía de tener huesos de plomo, ya que aquel peso no se correspondía con su constitución esbelta.

Como si Lily tuviera la capacidad para desconectar su conciencia a voluntad, antes de llegar a la siguiente parada ya estaba durmiendo. Respiraba fuerte con la boca entreabierta. Su nuca descansaba sobre el hombro de Verne, por el que se desparramaban las olas rojizas de su cabello.

Un ejecutivo con gafas les dirigió una mirada de reprobación, asumiendo que regresaban de una noche de marcha, algo totalmente inadecuado a unas edades en las que habría que ir pensando en proveer para el plan de pensiones.

El cuerpo de Lily sufrió una leve sacudida, sobresaltada por algún sueño.

Incómodo —física y espiritualmente— en aquella situación, Verne desvió sus ojos hacia una cristalera del vagón. Allí relucía uno de los poemas de la campaña de sensibilización literaria del ayuntamiento. Era de la escritora húngara Anna Sólyom y llevaba por título *Entre medio*.

*Hay un espacio entre medio
de la concepción y el nacimiento*

*Un espacio interior y exterior
que la piel habita
en ambos lados.*

*Te encuentro en ese limbo, totalmente solo,
así como me encuentro a mí misma en la oscuridad*

*Bajo un cielo nuboso y sin estrellas
Entre medio*

Solo habla el viento

que susurra al corazón

*Un cambio se acerca
Puedo sentirlo, tocarlo, olerlo*

*Flota en el ambiente
como esta primavera aún invisible*

*Me detengo y me siento en la ladera
para dejarlo llegar.*

Verne retrató con su *smartwatch* los versos impresos en vinilo sobre el cristal que filtraba la oscuridad del túnel. No estaba seguro de comprender el sentido de aquellas palabras, pero justamente eso era lo que le gustaba de la poesía, su evanescencia.

Se puede entender exactamente lo contrario que pretendía el autor al escribir, y sigue siendo una lectura correcta. Por eso, interpretar un poema para que lo entienda todo el mundo es el trabajo más estéril que existe, porque no hay dos personas que lean lo mismo.

Hipnotizado por aquel misterioso espacio *entre medio*, de repente se dio cuenta de que había llegado a su estación.

Levantó a Lily con cierta rudeza y la dejó caer sobre el asiento, antes de salir corriendo hacia las puertas. Alcanzó el andén un instante antes de que el vagón volviera a quedar estanco para seguir su carrera por el subsuelo.

A través del cristal, Verne pudo ver un instante la mirada confundida de Lily, como si acabara de despertar de un sueño agitado.

Eran ya las nueve cuando salió a la superficie, donde el sol le deslumbró a pesar de estar opacado por una fina capa de nubes. Su apartamento estaba mal comunicado, como todos los que no tenían alquileres prohibitivos. Eso le obligaría a tomar un autobús, a no ser que quisiera caminar más de media hora cuesta arriba, algo que no era una opción para un teleoperador hecho trizas.

Apoyado contra el metacrilato de la parada, mientras esperaba su último transporte, hizo un programa mental de lo que haría aquel viernes antes de volver al trabajo. Como mucho podría dormir seis horas. Luego tendría que llamar al seguro del coche para que sacaran el Toyota del *parking* y lo remolcaran hasta un taller. Eso implicaba papeleo y desplazamientos que le supondrían perder la tarde.

Mientras su viejo amigo estuviera en reparación, tendría que salir más de una hora antes para llegar a tiempo al *call center*. Eso le dejaría como mucho cuatro horas para lavar ropa, hacer el pedido al supermercado, cocinar, ducharse y volver a su puesto de consultor existencial.

En medio de estas cábalas para combatir el sueño, una suave vibración en su muñeca le indicó que le había llegado un mensaje.

LILY

Nunca me habían dejado tirada de esta manera, pero no te lo tendré en cuenta. Buenas noches, que para nosotros son buenos días...*

PD. Después de empujar esa basura de coche que tienes, ni siquiera me has invitado a desayunar. No eres un caballero XD

UN RUEGO ESPACIAL

Querida Moira:

He tardado en responderte porque por aquí abajo el panorama es desolador, al menos para mí.

Sé que no debería quejarme, porque hay terrícolas en mucha peor situación que yo, pero quizás ellos han encontrado el interruptor de la felicidad que yo llevo buscando desde que nací. Siento gastar tu paquete de kilobytes con quejas aburridas, pero contigo nunca he necesitado fingir.

Estoy en bancarrota existencial. Nada de lo que hago me gusta, ni hay nadie que pueda entenderme. Desde que ya no estás, la Tierra es un desierto para mí. ¿Te sorprende que me sincere de este modo? Quizás es la distancia lo que me envalentona, porque no puedes bajar a darme una colleja. Y espera, que aún no te he dicho nada..

Pero antes de confesar lo que hace tiempo debería haberte dicho, tengo un ruego espacial que hacerte. Sí, has leído bien: espacial, no especial.

Este es el correo más sincero que te he escrito nunca, así que empiezo confesando que te envidio profundamente por tener una cuenta de correo «.moon».

Los elegidos sois tan crueles que habéis vetado que ninguna persona en la Tierra pueda tenerlo. moira@exovillage.moon, te odio. Y también te amo, pero de eso hablaremos más tarde.

Vamos con el ruego espacial. Sabes bien que, desde el inicio del proyecto de Kumar, he soñado con largarme de este planeta y unirme a la colonia lunar, pero hasta ahora no he recibido una sola respuesta. Ni un triste acuse de recibo del departamento de personal del Exovillage.

Me dirás que es normal, porque miles de aventureros de todo el mundo han intentado lo mismo que yo. Pero debo reconocer que me lo he currado. Como ahí arriba no necesitan expertos en sánscrito, tal como me decías, mandé un CV añadiendo credenciales falseadas por un conocido mío que trabaja de *maître* en una cadena de hoteles.

Cuando terminéis de montar el hotel, necesitaréis personal de servicio para atender a los millonarios, y ahí he visto mi oportunidad. Según el currículum, he servido mesas prácticamente desde la cuna, además de hablar cinco idiomas, pero eso no ha parecido impresionar a nadie, puesto que mi correo ha sido como un cañonazo al aire.

Por primera y última vez, voy a intentar aprovecharme de ti. ¿Tienes alguna manera de conseguir que alguien de administración le eche un ojo a mi maldito CV? ¿Existen los enchufes en la Luna?

Me avergüenza pedirte este favor, en el que no volveré a insistir, pero tengo dos buenos motivos para hacerlo. El primero es que odio mi vida aquí. El segundo motivo está relacionado con el primero, porque lo que se me hace más insostenible de la vida en la Tierra es que tú no estés en ella.

Ya que me estoy soltando, iré hasta el final. Entenderé perfectamente que no vuelvas a escribirme después de leer esto.

Te quiero, Moira. Siempre he estado enamorado de ti, pero lo que sentía se mezclaba con un miedo terrible a perderte, si daba un paso en falso. Por eso, lo más parecido a una declaración de amor era el abrazo que te daba al despedirnos después de cada cita.

Mientras sentía la presión de tus pechos pequeños y firmes, tú sonreías relajada, como si no tuvieras prisa alguna por deshacer el abrazo. Esperabas a que me separara, supongo que para no herirme, y luego me dabas las gracias por el tiempo que habíamos pasado juntos.

Debes de preguntarte por qué ahora, precisamente ahora, te cuento todo esto. Quizás sea porque el sol brilla afuera y no puedo dormir.

Un beso de aquí a la Luna y volver,

Verne

8

EL SUMO SACERDOTE

La hora que faltaba para terminar su turno se expandía en la mente de Verne como el universo tras el Big Bang. Recuperando la práctica del *mindfulness*, trataba de espantar la ansiedad concentrando toda su atención en las consultas. A las seis de la madrugada, esa tabla de salvación era un hombre que preguntaba por su salud.

El tono de voz débil y el hecho de que hubiera puesto la pantalla negra le indicó que debía de estar en las últimas. El propio consultante se encargó de aclararle que luchaba contra una grave cardiopatía.

Sintiendo un peso cada vez mayor sobre sus hombros, Verne se disponía a mirar las cartas que habían salido en la pantalla cuando el consultante añadió:

—El tratamiento holístico no está dando el resultado deseable.

—¿De qué clase de tratamiento hablamos? —se escandalizó—. Supongo que es una terapia de apoyo a la medicación...

—Me niego a tomar fármacos. He abandonado la línea oficial. —El consultante calló un instante, como si sopesara si debía compartir esa información con un tarotista—. Los médicos están vendidos a las farmacéuticas, solo piensan en los *bonus* que les dan por recetar sus venenos, que matan más que curan. Tengo un cuñado médico y sé de lo que hablo... Si cumplen los objetivos, les regalan incluso viajes al Caribe.

—¿Y qué toma en lugar de lo que le recetó el cardiólogo? —preguntó Verne, abandonando totalmente la guía de los arcanos.

—Una combinación de hierbas diez veces más eficaces que la medicación normal. También medito para reprogramar mi ADN y hago visualizaciones para sanar el corazón, que es mucho más grande de lo que debería ser. De ahí todo el problema. Nací con esta bomba de relojería dentro, así que quizás debería recurrir a las constelaciones familiares. Ahí hay un mensaje que se me escapa.

Las tres cartas eran claramente negativas, así que el consultor se sintió autorizado a intentar salvar la vida de aquel desconocido.

—El arcano del pasado me confirma que lleva tiempo desoyendo el consejo de los médicos. —Verne se arriesgó a pronosticar a partir del sentido común, que casi nunca fallaba—. Y me habla también de una operación que podría solucionar su problema y que usted se ha negado a aceptar.

—¡Cierto! Me asombra que el tarot pueda ver todo eso...

—Los arcanos saben mucho más de lo que imaginamos. ¿Quiere conocer ahora su futuro? —le desafió Verne—. La carta me está mirando a los ojos. Le está mirando a usted...

La respiración agitada y superficial reveló que el consultante tenía miedo, como si tras un largo sueño acabara de despertar.

—Prefiero no saber el arcano de mi futuro —dijo repentinamente—. Una noticia negativa me bajará las defensas y pondrá en peligro mi salud. Todo es mental, ¿sabe? Y muchas de las

enfermedades que están de moda ahora ni siquiera existen. Son inventos de las farmacéuticas para multiplicar su negocio.

—¿Cómo lo sabe? —se atrevió a preguntarle Verne—. ¿Su cuñado le ha dicho eso?

—No, él defiende la línea oficial. Pero he visto un vídeo en Youtube que desenmascara todo eso. Muchas enfermedades son bulos, como lo fue el sida hasta que decidieron borrarla del mapa. Esa enfermedad nunca existió.

Verne miró el reloj. Aquella consulta se le estaba haciendo insufrible. Aun así, la conciencia que sobrevivía en su interior le gritó que debía tratar de salvar a aquel infeliz.

—No le diré el arcano de su futuro, pero, ya que ha llamado, voy a transmitirle su mensaje, porque hay una parte positiva que le gustará saber.

—¿De verdad? —dijo con expresión de alivio—. Cuénteme, por favor. Soy todo oídos.

Antes de dar su respuesta, Verne decidió mantener en vilo al consultante con unos segundos de silencio. Luego mintió con voz muy seria.

—Al lado del arcano que no quiere conocer, he abierto una cuarta carta que es el Sumo Sacerdote. ¿Sabe lo que significa?

—No...

—Significa que ha llegado el momento de confiar en los que saben más que usted. El Sumo Sacerdote indica caminos que a veces no deseamos recorrer, pero sus palabras deben ser escuchadas. No hacerlo conlleva peligro de muerte.

El consultante contestó con un significativo silencio.

—El mensaje del tarot es muy claro: mañana mismo debe ponerse en manos del Sumo Sacerdote, que en su caso será un cardiólogo, y obedecer ciegamente a sus dictados. Puede mantener las hierbas y las visualizaciones, pero, en este punto de su enfermedad, debe entregar su voluntad a otro poder, por muy antipático que le parezca. No le queda otra salida.

Aquel lenguaje rimbombante hizo mella en el consultante, que pareció dudar.

—Mañana hablaré con mi cuñado... Es médico de familia.

—Él le podrá designar a la persona que ejercerá de Sumo Sacerdote. Póngase en sus manos, como un discípulo humilde, y me vuelve a llamar en unos días. Seguro que las cartas serán mucho mejores.

Al finalizar la comunicación, un silencio opresivo se apoderó de Verne, al tiempo que la angustia se enroscaba nuevamente en su interior como una serpiente. Tal como solía suceder en el tramo final de la noche, a las seis y media de la mañana no había consultas, porque la gente ya se había ido a dormir o apuraba los últimos minutos antes de levantarse.

Incapaz de desviar la atención hacia nada que no fuera él mismo, recordó lo que le había dicho un terapeuta tiempo atrás: «La ansiedad se dispara porque crees que estás atrapado, cuando en realidad no lo estás».

Minutos antes de ser liberado para sufrir en libertad, a Verne le costaba ver la salida. Había sido un loco al enviar a Moira aquel correo que, una semana después, seguía sin respuesta. Con aquella confesión abrupta la había asustado, matando cualquier posibilidad entre ellos.

Podría haberle escrito de forma regular mensajes amables, alentándola a soportar las incomodidades del Exovillage, en lugar de quejarse como un cretino.

Podría haber esperado a su regreso para tratar de conquistarla muy poco a poco, en lugar de vomitar su declaración de amor como un tonto.

Incluso en el caso improbable de que ella le hubiera respondido de forma positiva, en lugar de aquel silencio devorador, ¿qué sentido tenía declararse a alguien a quien no podría abrazar hasta

dentro de un año?

Idiota...

En medio de aquellas lamentaciones, Verne tardó en percatarse de que la mujer corpulenta que iba a relevarle le miraba con los brazos cruzados. A diferencia de él, que era un farsante, se trataba de una verdadera estudiosa del tarot.

—¿Quieres quedarte un rato más a atender a los amos y amas de casa? —bromeó mientras él se levantaba, abrumado—. Si no fuera porque muchas noches hago de canguro de mis nietos, me pediría tu turno. A estas horas solo quieren saber cómo resultará el día. Es caza menor.

DOS NOTICIAS, Y UNA TERCERA

Aquella noche de lunes estaba libre, pero Verne se veía incapaz de salir de la cama en la que llevaba tumbado todo el día. Tampoco le era posible dormir, ya que el turno de trabajo le había cambiado totalmente el ritmo de sueño. De todos modos, su cuerpo estaba pegado a aquel colchón de dos por noventa como una lapa a su roca.

Desde allí contemplaba su minúsculo *loft* de alma solitaria. Los veinte metros cuadrados daban para un único espacio con cocina americana, mesa multiusos, sofá y cama, aparte de un baño tan pequeño que la ducha quedaba sobre el inodoro. La única ventaja que eso presentaba era poder ducharse y evacuar al mismo tiempo.

Las escasas posesiones de Verne estaban en un armario empotrado junto a la puerta, donde en aquel momento sonó el timbre.

Sobresaltado, se preguntó quién podría llamar a las diez de la noche. Se levantó de la cama con inquietud y, al abrir, solo se tranquilizó a medias.

La expresión alelada de Lily revelaba que venía cargada de alcohol, algo bastante común los últimos días. Verne la había notado achispada incluso en pleno turno. Tras aquella noche en la playa, se había creado una pequeña amistad entre ellos dos, aunque solo sirviera para tomar algo juntos después del trabajo. Desde una terraza con vistas al amanecer, comentaban las anécdotas de la noche. Él tomaba un té, ella una jarra de cerveza.

Con todo, su cuerpo enfundado en mallas y una camiseta de licra demostraba que lograba quemar aquellos excesos matándose en el gimnasio.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que no librabas hasta el martes.

—Vengo a darte dos noticias, la primera mejor que la segunda —balbuceó mientras se apoyaba contra el marco de la puerta—. ¿Puedo pasar? Tenía ganas de conocer tu madriguera. He encontrado tu dirección en el archivo de empleados..., ¿soy mala?

—No, pero siéntate antes de que te dé un síncope. ¿Cuántas copas te has tomado?

Por toda respuesta, Lily rechazó la silla que él le ofrecía y se sentó sobre la cama. Acto seguido, se sacó las zapatillas fucsia con total familiaridad y se tumbó liberando un suspiro.

Mientras murmuraba algo para sí misma, él sacó de la pequeña nevera una botella de litro de agua con gas. Llenó un vaso con la paciencia de un padre que cuida de su hija resacosa.

Lily se incorporó con dificultad y bebió medio vaso antes de volver a la posición horizontal, momento en el que un eructo encontró su salida.

—Perdón.

Verne se sentó a su lado, apoyando los brazos contra el respaldo de una silla.

—Aunque supongo que contigo me puedo permitir no ser *sexy* todo el rato —siguió ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

Lily se puso de perfil, esbozando una sonrisa burlona, mientras se peinaba la cabellera rizada con las uñas de esmalte rojo.

—Bueno... Ya me ha quedado claro que no te van las tías.

—No sé en qué te basas. ¿Lo dices por lo de la playa?

—Si solo fuera eso... Desde aquella noche has ignorado todas mis señales, y eso que solo quería que fuéramos follamigos. Pero ya entiendo que estás en otra onda, y te respeto. Me gusta tu compañía, bebé. Por eso me ofrezco a ser tu mariliendres.

Sin dar crédito a lo que estaba oyendo, él se limitó a contemplar con curiosidad a aquel extraño ser que ocupaba su cama y lanzaba hipótesis sobre su vida.

—Es una palabra muy vieja, lo sé. ¿Nunca la has oído? La mariliendres es la mejor amiga de un gay, quien le acompaña de compras y todo eso.

—Deja de decir chorradas... ¿Tengo pinta de ir de compras? —le dijo sin molestarse en aclararle su condición sexual—. ¿Cuáles son esas dos noticias, una mejor que otra?

Lily se incorporó, un poco más restablecida, y cruzó las piernas con agilidad yóguica antes de anunciar con entusiasmo:

—Ahora libro cada día. Me han echado del curro. —Verne la miró consternado y ella añadió —: Últimamente han bajado los clientes y están haciendo limpieza. Yo he sido de las primeras en caer.

—Lo siento mucho, Lily. Si puedo...

—No lo sientas, bobo —le cortó—. Estoy encantada de no tener que pasar más noches escuchando a tarados.

—Ya... pero ¿de qué piensas vivir?

Por un instante, a Verne le asaltó el pánico de que pudiera instalarse en su *madriguera*, aunque fuera solo unas semanas hasta encontrar otro trabajo. Sin embargo, ella misma se ocupó de disipar ese miedo.

—No me preocupa eso. Lo entenderás cuando te cuente la segunda noticia.

—La mala.

—Digamos que la menos buena. Tiene un aspecto positivo, y es que a partir de ahora la economía será la última de mis preocupaciones.

—¿Te ha tocado la lotería?

—Casi, he empezado a salir con un viejo que está podrido de pasta. Por suerte, vive la mayor parte del año en París. —Ante la cara de pasmo de Verne, ella frunció el ceño a la vez que vaciaba el vaso de agua con gas—. ¿Qué pasa? No seré la última ni el último que da un braguetazo. De hecho, ni siquiera lo he buscado yo...

—¿De dónde ha salido, entonces?

—Si te lo cuento te vas a reír en mi cara... Era un cliente asiduo de la línea. Me ha confesado que llamaba cada noche inventando problemas solo para oír mi voz. De entrada, me pareció un tipo correcto y elegante, así que acepté una cita con él —dijo, recuperando cierta sobriedad—. ¿Sabes? ¡Se subió a un avión solo para verme! El muy loco se ha enamorado de mí. Eso fue hace dos días y ayer me regalaba este anillo.

Verne se fijó en la sortija plateada con incrustaciones de brillantes que ella le mostraba. Sin tener ni idea de joyería, entendió que aquello costaba una fortuna.

—Él cree que estamos juntos o algo así, supongo que significa eso —apuntó con expresión de fastidio—. Se llama Antoine y tiene setenta años bien llevados. Invirtió en unas minas de rodio y ahora le sale la pasta por las orejas.

—¿Qué es el rodio?

—¡Y yo qué coño sé! Antoine dice que es más caro y difícil de encontrar que el platino. Se usa

en la industria del coche y cuesta cincuenta mil dólares el kilo. Este anillo también está hecho de ese puto mineral, y las piedras...

Una suave melodía desvió la atención de Verne hacia su *smartwatch*, que descansaba sobre la lavadora. Nada más ver quién le mandaba el mensaje, las piernas le flaquearon.

Al releerlo se sintió contagiado del destino de Lily, pero sin vejistorio con minas que le salvara.

MARIANNE

Mañana te espero en mi oficina a las diez de la mañana. Es urgente y necesario que hablemos.

10

UNA EXTRAÑA MELANCOLÍA

Querido Verne:

Yo también tengo dos buenas razones por las que he tardado en responder a tu mensaje.

La primera es que no me encuentro en mi mejor momento. Hace casi dos meses que llegué aquí y la claustrofobia me está matando. El hecho de no poder salir de esta jaula me ha empezado a provocar ataques de pánico e insomnio.

El médico del Exovillage, que es el tío más gris que he visto en mi vida, ha intentado chutarme antidepresivos, pero me estoy resistiendo. Solo he aceptado una dosis mínima de ansiolíticos cada noche. Me meto media pastilla debajo de la lengua antes de dormir, pero al cabo de tres o cuatro horas vuelvo a tener los ojos abiertos como platos.

No sé explicarme lo que me pasa. Ya somos casi ochenta trabajadores..., la mayoría, gente de mundo con mil historias que contar. Tenemos bastante tiempo libre y, mientras no esté terminado el complejo, nos movemos a nuestras anchas por el cine, las habitaciones, el bar y los dos restaurantes.

Aun así, la soledad que siento no se parece a ninguna otra cosa que haya vivido jamás. Cuando veo la Tierra desde aquí, tan bella y frágil, me asalta una extraña melancolía que no soy capaz de entender.

Me recuerda a cuando era pequeña y me obligaban a ir a una colonia de verano. Sufría muchísimo porque estaba convencida de que jamás iba a regresar a casa.

Te parecerá raro, pero vivo con la idea de que nunca voy a volver. Según mi contrato, me quedan dieciséis meses de servicio, a no ser que quiera pagar ochenta mil dólares a la empresa como reparación, ya que el transporte hasta aquí cuesta un dineral.

Como no dispongo de ese dinero, voy a tener que luchar para no hundirme. Ahora mismo soy incapaz de pensar con claridad, pero una cosa sí he comprendido: si la vida surgió de forma espontánea en la Tierra y no en la Luna, es por algo.

El tiempo pasa increíblemente despacio aquí arriba...

La segunda razón por la que no te he escrito antes es porque han reducido de forma drástica nuestra ración de datos. Esta jodida Exonet tiene una capacidad mucho menor de lo que creíamos, y somos demasiados enviando mensajes. Hemos tenido que limitar los correos a uno por persona y mes, salvo en caso de muerte de un familiar.

Por supuesto, administración queda fuera de ese racionamiento, porque están en comunicación diaria con los clientes que pagarán todo esto.

En cuanto al resto del personal, ni siquiera Marcelo y yo, que estamos al cargo de este departamento de mierda, podemos saltarnos la norma. Te lo cuento solo para que no te preocupes si no recibes nada más de mí las próximas semanas.

Siento mucho no poderte enviar un mensaje más inspirador, pero sé que me comprenderás. Espero de corazón que pronto te encuentres mejor. Aunque ahora no puedas valorarlo, tienes un mundo que te ofrece todo lo que un ser humano pueda soñar. O casi todo.

Tuya,
Moirá

>moira@exovillage.moon (no-phone available)

PD1. A mí también me gustaba que me abrazaras. Ojalá lo hubieras hecho más veces. Como también me protege la distancia inmensa, confieso que he tenido orgasmos pensando en ti. También aquí arriba.

PD2. Por cierto, mis pechos no son tan pequeños como crees.

11

AMOR AL PACIENTE

Cinco minutos antes de las diez, Verne se mordía las uñas en la salita de reuniones de la planta doce. Allí había empezado un trabajo que ahora sospechaba que estaba a punto de perder.

Mientras aguardaba la llegada de Marianne, no podía evitar dar vueltas al correo de Moira. Por un lado, le había asombrado la confesión de ella al final de su mensaje. Aquello ocuparía sus fantasías nocturnas los siguientes dieciséis meses, pero saber que se encontraba en aquel infierno mental le angustiaba. No hay nada más desesperante que ser incapaz de ayudar a la persona que amas.

En medio de aquellos pensamientos, la jefa apareció con sus pasos pequeños y medidos, como si transitará por un campo de minas. Su aspecto apenas había cambiado en aquellos ocho años. Antes de sentarse delante de él, que se levantó con torpeza para saludarla, le dirigió una sonrisa triste que acabó de reforzar la hipótesis de Verne.

Las llamadas que recibían los consultores eran supervisadas por ella misma de forma regular, y sin duda era conocedora de su particular forma de atenderlas. Especialmente las últimas semanas, ni siquiera se había dignado a bajar los arcanos para discutir con los neuróticos que pasaban la noche en vela.

—Bueno, será mejor que vayamos al grano... —dijo, juntando sus manos gordezuelas sobre la mesa.

Verne asintió mientras se le formaba un nudo en el estómago. No le quedaban fuerzas para buscar otro trabajo, por mucho malestar que le causara su puesto de consultor existencial. Marianne resopló y, antes de que emitiera su sentencia y condena, él anticipó la defensa:

—Entiendo que mi vía del tarot es algo heterodoxa e informal, pero...

—Pues a mí me parece maravillosa. —El nudo en el estómago se trasladó ahora a la garganta de Verne, dejándole sin habla—. Cada noche escucho algunas de tus consultas antes de dormirme, como quien oye la radio. Tengo un dispositivo al lado de la cama que me permite conectar con todos los canales. Hay uno por operador. Espero que esto no te violente, aunque la privacidad está fuera de lugar en un servicio donde se efectúan controles de calidad.

—¿Y no te aburres? —logró articular Verne.

—¡Al contrario! Me resulta muy relajante ver cómo conduces a los consultantes hacia acciones que serán beneficiosas para ellos. Me da igual si usas setenta y ocho cartas, veintidós o ninguna. Tienes tan interiorizado el mensaje de los arcanos que ellos hablan a través de ti sin ataduras.

De no conocer el carácter franco y directo de Marianne habría pensado que todo aquello era una enorme broma de mal gusto antes de ponerle de patitas en la calle, pero ella se encargó de sacarle de dudas.

—Además de haber integrado el conocimiento atávico, tienes algo muy poco común... Hoy en día casi todo es *online*, pero en la era analógica se hablaba de médicos con amor al paciente. Una clase de doctor que entraba en casa sabiendo todo lo que se cocía en ella, como si fuera de la

familia. Eso hacía que su conocimiento y dedicación fueran mucho más eficaces que el mejor robot médico, por muchos miles de datos que sea capaz de procesar. Hay enfermedades que empiezan y terminan en el alma.

—Me siento halagado, Marianne... —murmuró sofocado—. Entonces, entiendo que puedo seguir trabajando del mismo modo.

—Al contrario, no quiero que atiendas más consultas.

Nuevamente sin habla, Verne necesitó unos segundos para balbucear:

—¿Estoy despedido? No entiendo nada...

—No entiendes porque aún no he acabado, Verne —le riñó con tono maternal—. Haz el favor de escuchar hasta el final. Dejarás de atender a los consultantes para ser jefe de turno. —Marianne remachó este anuncio cubriendo su mano con la suya, que estaba más caliente de lo habitual debido a la emoción—. Últimamente el negocio ha bajado de forma peligrosa. Si seguimos rodando pendiente abajo, tendré que cerrar.

—Debo confesar que no lo he notado —dijo él, tratando aún de asimilar aquella noticia.

—Tú no, porque fidelizas a los consultantes. ¿Eres consciente de eso?

—La verdad es que no... Algunos vuelven a llamar al cabo de una semana o dos, eso es cierto. Pensaba que era normal.

—Con los demás operadores no repiten, salvo alguna excepción. En tu caso, muchos consultantes eligen deliberadamente que les conectemos contigo. Por eso a menudo tienes cola de llamadas que no podemos asignar a otros. Te quieren a ti porque en lugar de dar falsas esperanzas, les transmites humanidad.

Verne respiró incómodo antes de admitir:

—No era consciente de nada de esto, pero... Eso no garantiza que sirva para el cargo que me ofreces. ¿Cuáles son las funciones de un jefe de turno?

Marianne cruzó los brazos, satisfecha de poder ir al meollo de la cuestión.

—Les darás formación. Hoy mismo anunciaré que tienen asignada una hora extra al día para reciclarse. Pondrás a prueba sus tiradas y les orientarás para que dejen de actuar mecánicamente con las cartas. En un mundo robotizado, donde incluso las averías las resuelven las máquinas, nuestra única opción para sobrevivir es humanizarnos. Esa será tu misión. Además de formarles, supervisarás que aplican luego ese nuevo enfoque a sus consultas. ¿No es un desafío ilusionante?

—Sí... —mintió.

—El trabajo puede resultarte un poco duro al principio, pero implica un aumento de sueldo, además de incentivos según los resultados de tu turno. Si aguantas el estrés inicial, porque la gente se resiste al cambio y vas a tener que lidiar con los consultores, dentro de poco podrás vivir aquí al lado, en un apartamento frente al mar. —Dicho esto, se levantó para concluir—: Ya puedes bajar a firmar tu nuevo contrato, Verne, aunque esto es un ascenso en toda regla.

12 EL ASCENSO

La luz dorada de la tarde se filtraba a través del ramaje, mientras las primeras hojas secas crujían bajo los pies de Verne y Lily. Con su escasa familia a cientos de kilómetros de distancia —y a una distancia aún mayor de su corazón—, el recién ascendido no contaba con nadie mejor con quien celebrar la noticia.

—Entonces, vas a tener que cuadrar a esa panda de inútiles... —dijo ella, sonriendo entre dientes—. No diré que te envidio.

—Lo cierto es que no me queda otra —comentó, preocupado, mientras atravesaban la arboleda para llegar a un estanque lleno de patos—. Ahora mismo sobran consultores y Marianne quiere que intente reciclar a los que hay para hacer luego la criba.

—Vas a echar a la calle a personitas como yo.

Verne no supo qué contestar a aquello. Ciertamente, sus evaluaciones tras la formación decidirían el destino de aquellos desgraciados. Cada vez más disgustado con esa perspectiva, trató de relajarse observando a los patos mandarines en el lago. Se desplazaban con lenta suavidad, como impulsados por un suave motor bajo su plumaje.

Lily le tomó la mano, con el mismo gesto maternal que había practicado ya en la playa, para conducirlo hasta un sendero de entrada al bosque que venía precedido por una placa en metacrilato.

*Los árboles son poemas que la tierra escribe
en el cielo. Nosotros los cortamos y los convertimos
en papel para poder inmortalizar nuestros vacíos.*

RABINDRANATH TAGORE

Desde que la industria maderera fuera prohibida en todo el mundo, tras los pactos de Fráncfort, los bosques urbanos estaban llenos de mensajes de los Visionarios, como se llamaba a los que habían alertado sobre el holocausto vegetal.

Eran los profetas de un mundo en el que los árboles tenían un estatus superior al de muchos seres humanos.

La pareja accidental se detuvo frente a las palabras de otro visionario, antes de llegar a un banco en un recodo del bosque.

La gente relaciona los árboles con expendedores de oxígeno y de sombra, filtradores de agua y proveedores de madera, pero nadie piensa en los seres vivos tan fantásticos que son.

PETER WOHLLEBEN

Lily apoyó su espalda en el respaldo metálico y se quitó las gafas de sol, invitando a Verne a sentarse a su lado. Al hacerlo, este se dio cuenta de que uno de sus ojos verdes era más oscuro

que el otro. Eso le hizo pensar en una vieja película en la que las personas con iris de diferente color tenían poderes especiales.

No conocía suficiente a su excompañera de trabajo para saber cuáles eran sus poderes, más allá de los que se había implantado en el pecho, pero se sentía sorprendentemente a gusto a su lado. Incluso sus indirectas demasiado directas le provocaban más ternura que irritación.

—Sé que no te gusta que te diga estas cosas, pero he llegado a la conclusión de que debería luchar por ti —dijo mientras jugaba con un rizo a juego con el rojo de sus uñas—. Eres lo más parecido a un ser humano que he conocido desde que terminé la facultad.

—¿Lo dices porque no me echo encima de ti?

—¡No solo por eso! Siento que contigo puedo ser yo misma... Decir cualquier barbaridad sabiendo que no vas a enfadarte. ¿No te sucede lo mismo?

—Me gusta tu compañía, Lily. Por eso te he llamado nada más firmar el nuevo contrato. En todo caso, ahora que tienes novio debo comportarme con más decoro si cabe.

—No seas imbécil —le riñó mientras una brisa recién llegada le levantaba la melena—. Con Antoine no tengo una relación de exclusividad. Sería absurdo, viviendo a miles de kilómetros.

—¿Qué clase de acuerdo tenéis?

—Él no me pide fidelidad, solo disponibilidad.

—Cielos... ¿Y eso qué quiere decir?

Lily le miró con fastidio, a la vez que se inclinaba sobre sí misma para masajearse las rodillas, enfundadas en unas medias color granate.

—Digamos que yo puedo recurrir a Antoine cuando le necesite, y él también a mí. Mientras tanto, que cada uno haga lo que le dé la gana. Eso mismo deberías hacer tú... Si no fueras un mojigato, nos pegaríamos el lote en este mismo parque para celebrar tu ascenso.

Aunque estaba acostumbrado a su rudeza, el hecho de que acompañara aquellas palabras con un pellizco a su muslo, muy cerca de sus partes, le puso en guardia.

—Si te soy sincero, no estoy viviendo esto como un ascenso, sino como una bajada a los infiernos.

—Bah... Es mucho más relajado supervisar las chorradas que dicen los demás que tener que estar siete horas dando pali que a los consultantes. Podrás desconectar más a menudo... y ganarás el doble. ¿No es eso un ascenso?

—Quizás es un ascenso, pero no el que yo quería —dijo Verne, zanjando la cuestión.

—¿Ah, no? —le preguntó Lily, pasmada—. ¿Qué más esperabas, bebé? ¿Que Marianne te nombrara su heredero?

—Me refería a un ascenso literal... Lo que de verdad me habría gustado es que me contrataran en ese complejo lunar, creo que nunca te lo he dicho.

Lily le dirigió una mirada de incredulidad antes de apoyar la cabeza rizada en su hombro con un gesto de lástima.

—Siento mucho bajarte los humos, Verne, no te ofendas por lo que te voy a decir. Ahí arriba contratan solo a la *crème de la crème*, a uno entre un millón. Y, con todas tus virtudes, tú eres un tipo normal y corriente. Cuanto antes lo aceptes, mejor.

Y AHORA VIVES PARA NADA

Tras aquella deslucida celebración al aire libre, Verne pasó el resto de la tarde encerrado en casa. Se había propuesto preparar un guion para lo que le aguardaba la noche siguiente. Sin duda, los consultores lo acribillarían con preguntas insidiosas sobre el «enfoque humano» que exigía Marianne, por lo que necesitaba sistematizar de algún modo lo que iba a enseñarles.

Sintiéndose totalmente perdido, tomó algunas notas sin orden ni concierto en su *tablet*. Luego trató de evadirse de la ansiedad curioseando por su carpeta de libros gráficos. Muchos eran regalos que nunca habían sido abiertos, y dormían a la espera de que un clic los llevara al frente de la pantalla.

Entre la dispar amalgama de obras, que iban de los viajes espirituales al jazz, un título enigmático captó su atención.

You're living for nothing now

No recordaba de dónde había salido aquella obra, pero era el trabajo de un fotógrafo portugués que parecía estar fascinado por el rostro más deprimente de la realidad.

Tras la foto a toda página de una fumadora con expresión lánguida que se agarraba a su jarra de cerveza como si temiese perderla, Verne empezó a navegar por aquella colección de las tristezas cotidianas.

Y ahora vives para nada mostraba a un *homeless* con su muleta durmiendo al lado de su perro, parejas que se besaban en tugurios, tres ciervos sorprendidos en mitad de la noche, botellas llenas de licor, carreteras vacías, prostitutas a la caza de clientes en pleno invierno, un incendio forestal, la expresión ingenua de un bebé que no ha descubierto aún la crueldad del mundo...

En medio de este arsenal de realismo crudo, había una página en blanco con un haiku de Kobayashi Issa:

*Mear en la nieve
delante de mi portal
crea un agujero muy limpio.*

Tras cerrar el primer archivo, Verne dudó si seguir con el libro II y III de aquella misma obra, pero finalmente desistió. Paralizado en la mesa de su apartamento, el mensaje le había quedado claro: tal vez haya belleza en este mundo, pero nos gusta revolcarnos en la fealdad, en lo sórdido y lo vulgar.

Llevado por la inercia, abrió la pequeña nevera en busca de algo que cenar, aunque no tenía hambre.

Le recibió una solitaria lata de cerveza de medio litro. Eso era todo. Decidió que se la tomaría

mientras realizaba su pedido semanal al supermercado. Antes de dos horas lo tendría en la puerta.

Cada vez más abatido, volvió al documento que le serviría de guía en las orientaciones de su nuevo puesto, pero se sentía incapaz de ordenar aquellas notas con un mínimo de sentido. Finalmente apagó la *tablet*, decidido a improvisar cuando tuviera a *su equipo* —aquellas dos palabras le producían arcadas— en la sala de formaciones. A fin de cuentas, improvisar era lo que siempre hacía al atender a los consultantes.

Sintiendo un peso cada vez mayor sobre sus hombros, se arrastró con la cerveza hasta la cama mientras esperaba la llegada del pedido.

Cercado por un vacío creciente que amenazaba con tragarle como un agujero negro, estuvo tentado de llamar a Lily, pero enseguida lo descartó. Una señal suya bastaría para que se presentara en casa y no le dejara dormir en toda la noche. Su conversación, aunque le resultaba chocante, no tenía final.

Además, se dijo que ella entendería su invitación como un acto desesperado de alguien atrapado en la ciénaga de la soledad, lo cual era cierto. Con las defensas bajo mínimos, no lograría resistir un nuevo ataque de la novia liberal del rey del rodio.

Verne suspiró mientras vigilaba la puerta de reajo. La llegada del chico del supermercado sería, pues, su única dosis de humanidad antes de cerrar un día más viviendo para nada.

14

PRESENCIAL

Estimado Verne:

Antes de nada, me presento. Mi nombre es Deborah y soy la responsable de capital humano en el Exovillage. Te escribo para informarte de que tu perfil ha entrado en la fase final de valoración.

En este punto del protocolo de selección, todos los candidatos deben desplazarse a nuestra sede en la Tierra para pasar las pruebas físicas y psicológicas, además de realizar las entrevistas pertinentes para medir tu motivación y resiliencia.

Adjunto a este mensaje tienes el contacto con la agencia de viajes local que gestionará tu viaje a Ginebra, así como los próximos vuelos disponibles. Dado que solo faltan tres semanas para que el Exovillage abra puertas a sus primeros clientes, disponemos de un margen escaso de cuarenta y ocho horas para la evaluación presencial.

Por supuesto, la corporación cubrirá tu regreso en caso de que tu candidatura no sea elegida, lo cual requiere la unanimidad de las tres personas que valorarán tu perfil.

Sin embargo, antes de que cierres el vuelo con la agencia de viajes, lo cual supone un gasto elevado para nosotros, te ruego que dediques unas horas a analizar lo que supone vivir y trabajar en el Exovillage por un periodo tan prolongado.

Las condiciones de vida en el complejo lunar son particulares y, más allá de los desajustes fisiológicos, exigen un equilibrio interior más que notable. De hecho, la mitad de los pioneros que ensamblaron el complejo siguen recibiendo atención médica después de su regreso a la Tierra.

Pasar una semana en la Luna puede ser una experiencia fascinante para nuestros clientes, algo digno de ser contado a los nietos. Sin embargo, estar obligado a permanecer aquí quinientos cuarenta y ocho días, que es lo que estipula el contrato, un año y medio de tu vida ejerciendo con responsabilidad tu trabajo cada día, ya que aquí no existen los festivos, es un desafío personal de enorme magnitud.

La indemnización en caso de forzar el regreso, independientemente de la causa, equivale al sueldo de ocho meses, por lo que te ruego que no presentes tu candidatura como una aventura irreflexiva.

En el caso de que decidas viajar a Ginebra para la evaluación presencial, te deseo mucha suerte. De cualquier forma, te agradecemos que hayas mostrado tu interés por unirse a la colonia lunar del Exovillage.

Un abrazo,
Deborah

PD. Esta es una compañía muy seria en sus objetivos, pero informal en el estilo comunicativo, así que tenemos por norma tutearnos sin importar la jerarquía de cada cual. Espero que este hecho no te haya molestado.

LA SIRENA Y LA LUNA

Lily abrió la puerta con expresión de hastío pero, al ver a Verne, los ojos se le iluminaron de repente. Con las manos en la cintura, le reprendió.

—¡Pensaba que ya no vendrías! Hace más de tres horas que me has dicho «Ahora voy». Por cierto... —dijo, mirando de reojo su *smartwatch*—, ¿no tendrías que estar ahora en el *call center*?

—Acabo de presentar mi dimisión. Creo que eso de formar a tarotistas no es lo mío y, en cualquier caso, llevo demasiado tiempo hablando del futuro de los demás... Ahora quiero conocer el mío. ¿Me dejas pasar?

Lily miró satisfecha cómo él atravesaba el recibidor y se detenía, asombrado, al ver las dimensiones del salón, que terminaba en una gran cristalera sobre la ciudad de noche.

—Así que era eso lo que querías contarme con tanta urgencia... —dijo ella, ajustándose el fino camisón de seda plateada—. Al final, somos mucho más parecidos de lo que piensas, bebé. Yo fui a tu casa a anunciarte prácticamente lo mismo que tú ahora en la mía.

—Con la diferencia de que este ático es diez veces mayor —comentó, impresionado, mientras paseaba entre los muebles de diseño—. ¿De dónde ha salido este pisazo?

—Es una inversión de Antoine.

—Otro regalo del rey del rodio... Ciertamente, es generoso.

Verne se sentó en un sillón junto al ventanal y buscó con la mirada la Luna oculta detrás de las nubes. El apartamento contaba con una iluminación tan tenue y orgánica que no velaba la visión nocturna.

Lily frunció las cejas y se estiró, flexionando las rodillas, en un sofá blanco delante de él.

—No es ningún regalo. Simplemente prefiere que lo cuide yo a tenerlo vacío o alquilarlo a gente que se lo destroe. Yo le mantengo la casa y así de paso he dejado mi alquiler, mientras pienso a qué dedicaré los próximos treinta años. —Por deformación profesional, Verne analizó el tono de aburrimiento en la voz de Lily, al tiempo que su mirada aterrizaba en el escote, donde sus pechos parecían a punto de escapar como dos zepelines recién hinchados—. ¿Y qué ha dicho la vieja cuando le has dado la noticia? Debe de haberse disgustado, creo que eras su preferido.

—Se ha sentido muy decepcionada conmigo. Sobre todo, al saber el motivo... —Hizo una pausa dramática para ponerle suspense a la situación—. Soy un candidato a empleado del hotel lunar, Lily. Una amiga mía que trabaja allí debe de haberme recomendado, porque mañana mismo me entrevistan en la central.

Sin abandonar su postura de sirena, ella se pasó los dedos por la cabellera con expresión furiosa. Verne entendió que no se alegraba de perder a su confidente en su nueva vida de lujo y vacía ociosidad.

—Pero una entrevista no garantiza nada... —gruñó—. ¿Por qué has dejado el trabajo? Podrías haber pedido unos días de permiso, o ponerte enfermo, incluso. Creo que estás más chiflado que

yo. ¿Qué harás si no eres admitido?

—Cualquier cosa menos seguir tirando las cartas o formar a consultores existenciales. No quiero tener nunca más en mis manos el destino de otros. Prefiero poner copas, si es necesario.

—Ajá... —dijo ella, admirada por su determinación—. ¿Y qué más ha dicho Marianne?

Verne respiró profundamente antes de responder:

—Que soy un *loser* y que, incluso si salgo seleccionado, allí arriba seré solo un vulgar obrero, mientras que aquí tenía responsabilidades y podría haber crecido. Luego me ha leído el tarot, aunque yo le he rogado que no lo hiciera.

—Ya..., siempre lo hace cuando alguien contraviene sus planes. Es su forma de vengarse. ¿Y qué cartas te han salido?

—No me lo ha dicho, pero me ha augurado una etapa de mucha soledad. Más de la que haya conocido jamás.

—¡Bah! —exclamó Lily mientras se levantaba de un brinco y caminaba, ensimismada, hacia el cristal.

La Luna había logrado romper la gasa de nubes que la aprisionaba y ahora lucía casi entera, como un faro para cosmonautas.

—Antes de que tires tu vida por la borda —siguió ella—, ¿puedo pedirte un favor muy especial? —Verne asintió, preparado para escuchar cualquier excentricidad por parte de Lily, que prosiguió—: Antoine tiene una forma particular de vivir el deseo... Espero que me guardes el secreto, pero no tenemos relaciones sexuales al uso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Las veces que hemos estado juntos no ha querido penetrarme, tiene alguna clase de bloqueo, pero dice que soy la mujer más sensual que conoce.

—Quizás no puede. En muchos casos, a los setenta años...

—Desde un punto de vista mecánico, funciona —le cortó Lily—. Lo he visto con mis propios ojos. Justamente se excita con aquellos juegos que tienen que ver con lo visual. El pequeño favor que te pediré tiene que ver con eso... ¿Puedes hacerme una foto en pelotas? Así se la mando y estará contento unas cuantas noches.

—Puedo hacerla... —dijo chocado—, pero ¿no sería mejor que usaras un temporizador o algo así? No creo que a Antoine le guste que...

—¡Al contrario! —volvió a interrumpirle—. Ya le he mandado muchas autofotos. Para mantener vivo el fuego siempre hay que subir un peldaño más. Saber que me ha retratado desnuda otro hombre, además en su propia casa, le pondrá como una moto. Vamos, no seas tímido, bebé.

Para no parecer un puritano, Verne optó por adoptar una actitud profesional. Le pidió la *tablet* y, tras ajustar el tipo de filtro y la luz, retrocedió un par de pasos para tener en el mismo encuadre el sofá y la Luna a través del cristal.

Convencida de ser, por fin, el centro de su mirada, Lily dejó caer el camisón al suelo revelando que no llevaba ropa interior.

—¿Estoy buena?

—Sí... Ponte en el sofá como estabas antes. Vamos a hacer una foto artística para tu novio.

Lily le sacó la lengua y se tumbó en la misma postura, adoptando una expresión triunfal que claramente no iba por el fotógrafo.

Tratando de centrarse en la composición, Verne pensó que aquella imagen le recordaba a una escena de una vieja película sobre el hundimiento del *Titanic*.

Apretó el obturador digital varias veces. Luego levantó el pulgar para indicar «misión

cumplida» y dejó la *tablet* sobre una mesita. Lily, no obstante, seguía en la misma posición, sin intención alguna de vestirse.

Verne entendió que aquella clase de juegos no solo encendían al viejo.

—Siéntate un rato a mi lado —le pidió ella mientras se masajeaba los pechos. La reticencia de Verne provocó un mohín de disgusto en sus labios gruesos, antes de preguntar—: ¿Qué quieres hacer, entonces?

—Mi vuelo sale a las siete de la mañana. Será mejor que me marche.

NADA QUE DECLARAR

Desde el preciso momento en que el avión se separaba de la pista de asfalto, Verne había sentido que dejaba su vida atrás.

Estaba muy inquieto ante el examen «presencial», que atribuía a la insistencia de Moira tras su ruego. Ni siquiera le había escrito para darle las gracias, porque se olía el fracaso a la legua. Su pretendida experiencia como camarero quedaría en evidencia en cuanto le pusieran a prueba en la sede de Ginebra.

Tampoco había tenido tiempo material de trabajar en su preparación física, algo indispensable desde los primeros astronautas en el espacio. Sus pruebas de resistencia serían mediocres o bajas, ya que no practicaba deporte desde el bachillerato.

Verne afrontaba la oportunidad más brillante de su vida con las peores cartas en la mano. Aun así, en ningún momento se le había pasado por la cabeza claudicar. Si había una pequeña posibilidad de salir de aquella Tierra infame para abrazar a Moira, se dijo, él se partiría la cara por intentarlo.

En medio de este torbellino mental, el piloto anunció que iniciaba las maniobras de aterrizaje.

Nada volvería a ser igual, se repetía Verne, porque al despedirse de su empleo había quemado las naves. Con treinta y dos años, unos estudios inservibles para encontrar trabajo y una experiencia laboral inconfesable, sus opciones vitales oscilaban ahora entre la Luna y la nada.

Nuevamente en tierra, mientras hacía cola en el control de pasaportes, Verne se obligó a infundirse pensamiento positivo para lo que le esperaba aquella misma tarde. Si se presentaba con el rabo entre las piernas estaría perdido antes de empezar. Ya que no tenía práctica como camarero, fingiría al menos la serenidad de quien no está desesperado, como era su caso.

Tras recibir un sello de la policía suiza, pasó por la puerta de «Nada que declarar», que describía a la perfección el estado de su alma. Luego salió a la terminal de llegadas, donde medio centenar de hombres y mujeres formales exhibían carteles con nombres de personas y compañías.

Verne necesitó un par de minutos para encontrar el suyo en manos de un cincuentón de aspecto inglés con gafas de pasta.

Tras estrecharle la mano con demasiada fuerza, se presentó como Raymond —su acento británico confirmó su sospecha—, y echó a andar con paso nervioso en dirección al aparcamiento. El candidato le siguió hasta un Saab metalizado con varias abolladuras en la puerta y ningún logotipo visible.

—Todo el dinero está puesto ahí arriba —le dijo el hombre al notar su sorpresa—. No te esperes grandes lujos en la sede. De hecho, yo soy colaborador externo y he venido a buscarte con mi propio coche.

Tratando de ocultar su desconcierto, Verne ocupó el asiento del copiloto y, con su maleta de mano entre las piernas, se atrevió a preguntar:

—¿Estará Kumar en la entrevista?

Los ojos claros del inglés, que parecían flotar sobre un mar de arrugas, le miraron con sorna mientras aceleraba para salir del *parking*.

—Siento decepcionarte, pero el gran jefe no se ha pasado por estas oficinas desde hace seis meses.

—Tampoco saben nada de él en el Exovillage —apuntó con una familiaridad temeraria—. Supongo que otras personas toman las decisiones por él.

Raymond resopló antes de reconducir la conversación con una pregunta directa:

—¿Llevas contigo tus títulos universitarios?

—Sí... Y también la recomendación de la empresa de hostelería que me acredita. Está todo en mi *tablet*. Aunque supongo que mis méritos académicos no cuentan para el puesto.

—Todo cuenta —repuso Raymond muy serio—. Un viaje ahí arriba cuesta casi cien mil dólares. Hay que pensarlo mucho antes de enviar a un nuevo empleado. Si has llegado a esta fase, significa que hace tiempo que te investigan.

—Entonces... —murmuró Verne emocionado—, ¿crees que tengo opciones de obtener la plaza?

—No lo sé, pero te voy a contar un secreto. Últimamente se han producido varias bajas en el complejo lunar, y en la administración están nerviosos. Faltan menos de veinte días para abrir el chiringuito, y no pueden arriesgarse a que el personal sea insuficiente. A los que han pagado el paquete se les ha prometido una experiencia única. No puede fallar nada o caerán las demandas como una maldición bíblica.

Pasaron de largo de la entrada del CERN, el viejo acelerador de partículas que aún seguía en funcionamiento. Al final de la carretera, un edificio cubicular acristalado devolvía los rayos del sol.

—¿Y qué implica eso? —preguntó Verne—. En referencia a mi candidatura, quiero decir...

—La ecuación es muy sencilla. A medida que se acaba el tiempo para reclutar a los candidatos óptimos, el nivel de exigencia va bajando. Por favor, no te lo tomes como algo personal, pero, en esta fase tan delicada, si acabas siendo seleccionado no será por tus méritos, sino porque no han encontrado nada mejor.

LA ENTREVISTA

Nada más entrar en la sede terrestre del Exovillage, la impresión de Verne fue que el edificio estaba abandonado. Que el flemático chófer hubiera dado media vuelta, dejándole solo en las instalaciones, reforzaba aquella sensación.

En medio de la recepción vacía, incluyendo el mostrador de formica blanca, dio una vuelta sobre sí mismo, dudando de que fuera aquel el lugar del examen presencial. El eco de unos tacones en las escaleras metálicas junto al ascensor le dijo que pronto lo sabría.

Una mujer joven con cara de pájaro se acercó hacia él avanzando a saltitos sobre el suelo de mármol. Por la bata blanca y la chapa en su solapa, entendió que formaba parte del equipo sanitario.

—Sin duda, eres Verne —le saludó, sonriendo bajo una nariz afilada—. Antes de nada, gracias por desplazarte para la entrevista.

—No hay de qué. Es un privilegio poder optar a...

—Espérame un momentito —le interrumpió, a la vez que le señalaba un rincón del hall con varios sofás—. Voy a buscar el formulario.

Saber que la entrevista se haría allí mismo, tal vez antes que las pruebas médicas, le acabó de descolocar. Sumado a la actitud del chófer, la informalidad de la que le había advertido Deborah desde la administración lunar superaba todas sus expectativas.

Sentado en un sofá de escay negro, Verne esperó a que la mujer de la bata volviera para atenderle.

Para intentar relajarse, se dedicó a observar los pocos detalles que decoraban aquella sede desangelada. Había esperado algo más de la primera empresa en establecer una colonia fuera de la Tierra, aunque tuviera fines turísticos elitistas. Ni un solo plafón o pantalla para vanagloriarse de la gesta. Como si ese vacío fuera una expresión del desaparecido Kumar, más allá del blanco impoluto de las paredes y del cristal, la única nota de color era un móvil de Calder sobre aquel rincón de reuniones.

—Ya podemos empezar —dijo ella tras sentarse a su lado en el sofá, apoyando una *tablet* de gran formato sobre las rodillas huesudas—. Tus respuestas se irán transcribiendo en el formulario a partir de tu voz, así que está bien que lo vigiles de reojo. Lo que declares tiene validez legal, en caso de haber un proceso legal.

—De acuerdo —repuso Verne, intranquilo.

—¿Has padecido enfermedades que hayan requerido un ingreso hospitalario superior a cuarenta y ocho horas?

—No.

—¿Alguna afección crónica que precise seguimiento médico?

—No.

—¿Sufrieron tus padres o tus abuelos alguna de las enfermedades de esta lista?

Acto seguido, la mujer-pájaro empezó a leer a toda velocidad un listado de más de cincuenta afecciones, algunas de las cuales él oía por primera vez en su vida. Cada «No» de Verne se reflejaba en la pantalla con una cruz que ocupaba el centro para, a continuación, desplazarse a la izquierda bajo una columna sin fin.

Cuando ya llevaba veinte minutos respondiendo a la metralleta constante de preguntas y listados, Verne alzó la mano.

—Un momento... ¿Para qué sirve todo esto?

—Es un protocolo que han de pasar todos los candidatos. Si ocultas una dolencia que luego se revela cuando estés ahí arriba, tendrás que devolver hasta el último dólar que hayas hecho perder a la empresa.

—¿Y el examen médico? ¿Cuándo será?

La evaluadora dejó escapar una risita antes de pasarse la mano por la melena lacia, dándose un momento de relajación.

—No lo necesitamos. Hemos tenido acceso a tu historial médico. Hace años que esa información es de uso abierto en los procesos de contratación. Si fueras seleccionado, eso sí, antes de embarcar se te harán las pruebas cardiovasculares y pulmonares de rigor. ¿Podemos seguir? —preguntó con un tono aflautado que a él le resultó especialmente irritante—. Ya queda poquito. ¿Has padecido algún trastorno del estado de ánimo que haya requerido medicación o tratamiento psicológico?

Verne dudó un instante antes de confesar:

—Bueno, pasé por una pequeña depresión a los dieciocho.

La entrevistadora levantó la mirada de la *tablet* con expresión de alarma. Tras comprobar que aquella afirmación se hubiera registrado correctamente en el monitor, preguntó:

—¿Cuánto tiempo se prologó el episodio depresivo?

—Medio año, más o menos.

—¿Tomaste medicación o te sometiste a un tratamiento psicológico?

—Ambos... —repuso él, sintiendo que la ansiedad se apoderaba de él—. Tras un mes de terapia sin mucho resultado, tomé fármacos durante tres meses. Luego los dejé y seguí un poco más con la terapia.

Los ojos saltones de la mujer repasaron la transcripción de aquella confesión antes de volver a preguntar:

—¿Cuál fue el motivo de tu depresión?

—Eso es personal —replicó cada vez más incómodo—. Además, sucedió hace casi quince años.

—De acuerdo, pero ¿llegaste a albergar ideas de suicidio?

—No.

—A causa de la depresión, ¿tuviste que coger la baja laboral?

—Tampoco. Aunque, de hecho, en aquella época solo estaba estudiando. No dejé los estudios en ningún momento. Al contrario, me ayudaron a recuperarme.

En aquel punto, Verne era ya consciente de que había metido la pata hasta el fondo. Podía haber saldado aquella pregunta con un simple «No». Aunque fuera falso, era improbable que aquel dato hubiera llegado a su historial médico, ya que la medicación se la había recetado sin visita un amigo de sus padres que ejercía como pediatra.

En una sociedad donde la felicidad era una obligación y la ausencia de ella casi un crimen, al reconocer aquello había arruinado sus opciones, pensó desolado.

—¿Y te han quedado secuelas de aquella depresión?

—No, aunque tampoco soy la alegría de la huerta —dijo en un intento desesperado de congraciarse con la evaluadora, cuya mirada era ahora gélida—. De cualquier forma, todo el mundo se deprime alguna vez, ¿no? Puede suceder después de una ruptura o de la muerte de los padres. ¡Es humano! Eso no debería considerarse enfermedad.

La mujer-pájaro se levantó de repente, claramente ofendida por el hecho de que el candidato se atreviera a dar su opinión.

Al incorporarse a su vez, Verne se encontró con un frío apretón de manos por parte de la entrevistadora, que a modo de conclusión dijo:

—Gracias por tu sinceridad, Verne. Ahora llamo a Raymond para que te lleve de vuelta al aeropuerto.

TERMINAL DE SALIDAS

Mientras conducía su abollado Saab por la impecable autopista suiza, a Verne le pareció ver en el rostro del chófer algo parecido a la compasión. Esta vez agradeció que la flema británica le estuviera ahorrando preguntas incómodas sobre el resultado de la entrevista.

El hecho de que, dos horas después, estuvieran volviendo al aeropuerto hablaba por sí mismo.

—Llevo poco más de un año en Suiza y no veo el momento de volver a Blackpool —dijo Raymond para entretenerle—. Aquello es feo pero genuino. ¿Sabes que aquí el deporte nacional es denunciarse los unos a otros?

—¿De verdad? —murmuró Verne con la cabeza baja.

—Sí, te pondré como ejemplo algo que me pasó la semana pasada en Ginebra. Cuando no me reclaman aquí, conduzco el taxi de otro. Es muy típico el pluriempleo entre los extranjeros, ya que con un solo sueldo no pagas un alquiler ni de coña. Volviendo a lo que te decía, el viernes por la tarde subió una mujer joven hecha un saco de nervios. Necesitaba llegar a una clínica de las afueras en diez minutos o le cancelaban la visita. —El chófer suspiró profundamente, como si se reprochara algo a sí mismo—. Le pisé fuerte y, con alguna imprudencia, conseguí llegar a meta justo a tiempo. Al día siguiente mi jefe recibió una denuncia de esta misma pasajera, que había alertado a tráfico de que me había saltado un semáforo rojo. ¿Tiene o no cojones la cosa? Pues esto aquí es el pan nuestro de cada día.

Verne asintió sin hacer ningún comentario. Al entender que el candidato estaba atrapado en su propio infierno, Raymond hizo un intento de animarle adoptando el tono propio de una conversación de pub en Blackpool.

—No te vengas abajo por esto, tío. He oído que la vida en la Luna es una mierda.

—La mierda es haber viajado hasta aquí para que no me entrevistase nadie relevante —replicó, dando rienda suelta a su rencor—. Tampoco he corrido en la cinta, ni me han hecho llevar una bandeja cargada de bebidas, dado que me postulé como camarero. Qué miserable pérdida de tiempo y de dinero... ¡He dejado incluso mi empleo para venir! —Raymond chasqueó la lengua como diciendo «Mal hecho»—. Solo he pasado una entrevista absurda que podría haber contestado un robot. Aunque creo que ya estaba descartado de entrada... Solo me han llamado para satisfacer a una empleada que ocupa un puesto importante en el complejo lunar.

Cansado de escuchar lamentos, el chófer se detuvo en la terminal de salidas y le entregó con firmeza su vuelo en una tarjeta magnética.

—Feliz regreso a casa. Con el tiempo, esto quedará en una anécdota, igual que lo de esa harpía que me denunció.

Tras despedirse sin más palabras, Verne atravesó la terminal arrastrando el alma. La compañía parecía tener eficacia suiza, ya que la tarjeta incluía el *boarding pass* y un cupón para un *snack* en los bares del aeropuerto.

En el control de pasajeros se topó con una larga cola que, serpenteando en el laberinto de

vallas, aguardaba pacientemente su turno. Aquella tarde el personal de seguridad debía de estar en huelga de celo, ya que el flujo de viajeros apenas avanzaba.

Verne se puso las gafas de sol para poder llorar en silencio. Aunque ya había previsto su fracaso, ahora que todo estaba perdido sintió que las fuerzas le abandonaban. Mientras se agarraba a la valla metálica, la voz sin emoción de la entrevistadora retumbó en su mente: «¿Llegaste a albergar ideas de suicidio?».

De haber tenido que contestar ahora, su respuesta sería: «Entonces no, pero ahora sí».

Una avalancha de pensamientos negativos cubrió su mente como un alud, mientras su cuerpo avanzaba, muy lentamente y por pura inercia, entre la procesión de viajeros cansados.

Tal vez porque no se esforzaba lo suficiente en ganar centímetros, un empujón desde atrás hizo que le subiera la adrenalina de golpe. Verne se giró furioso, dispuesto a derribar de un golpe a quien se atrevía a zarandearle.

Al ver a Raymond empapado de sudor, no entendió nada, pero el inglés no tardó en disparar:

—Me han llamado de la sede cuando ya estaba a medio camino. Alguien debe de haber intercedido por ti, porque han cambiado de idea. ¡Has sido admitido! En dos horas sales para la base.

DEL AZUL AL FIRMAMENTO

«Ya puedes despedirte de todo tu mundo aquí. No volverás antes de un año y medio», le había dicho Raymond tras lanzarle aquella noticia que le había dejado sin aliento.

A partir de ese momento, todo había ido muy rápido. Mientras buscaba la puerta de embarque de donde saldría el vuelo a Palau, una pequeña isla del Pacífico, había pensado en llamar a Lily. Finalmente había desistido. No había nadie a quien interesara su exilio, fuera de quien ya sabía que sería lanzado a las estrellas, a no ser que en la base no superara las pruebas de resistencia.

El vuelo de veinte horas con escala en Taipei le había pasado como un suspiro. Había visto un par de películas que pronto olvidaría, pero que le habían servido para desconectar de todo. Luego había dormido con una profundidad asombrosa, teniendo en cuenta que viajaba en *economy class*.

En el último tramo hasta Palau, se había dedicado a observar con inquietud el océano que se extendía debajo como una alfombra sin fin.

Después de que el avión aterrizara en una pista tan corta que parecía imposible no estrellarse, Verne encontró al pie de las escalerillas a una mujer de aspecto nórdico con uniforme gris y blanco, los colores corporativos del Exovillage.

Por la sonrisa ensayada y el gesto suave con el que le pedía que la acompañara, dedujo que era la misma azafata que recibiría a los millonarios para conducirlos hasta su lejano destino vacacional.

Verne supuso que habría una berlina para llevarle al centro de entrenamiento de los astronautas, si existía algo así en el complejo de Kumar, pero ella se encargó de mostrarle que estaba equivocado. Con pasos firmes, casi marciales, le guio hasta un extremo de la pequeña pista, donde les aguardaba un helicóptero que ya empezaba a mover sus aspas.

Al notar su sorpresa, la azafata le aclaró:

—La base está a una hora en helicóptero desde aquí. Es una plataforma en medio del mar.

Tras despedirle con una leve reverencia, Verne ocupó el asiento junto al piloto, sintiéndose el héroe accidental de una aventura. El joven de piel cobriza le indicó que se pusiera los auriculares para poder hablar.

Con las puertas ya cerradas, a medida que el helicóptero se elevaba, Verne comprobó que aquellos mazacotes en los oídos le aislaban notablemente del sonido estrepitoso del rotor, además de comunicar por radio a los tripulantes.

—Hay vientos bastante fuertes —le informó el piloto con un inglés diáfano—, pero no creo que tengamos problema para aterrizar.

—¿Cómo es la base? Si está en el mar, debe de ser como una plataforma petrolífera de las de antes.

—Algo así... No te esperes tampoco una ciudad flotante. Ya sabes cómo es Kumar —le dijo, dando por supuesto que sabía mucho de él—, invierte casi todos sus recursos ahí arriba. La Tierra le interesa bien poco.

Quizás porque sobrevolaban el mar a poca altura, la base de la que despegaban las naves al Exovillage aún no se adivinaba en el horizonte. Verne estaba cada vez más nervioso, a medida que se acercaba a la última frontera entre él y Moira, entre el desierto y la felicidad.

Trató de sacudirse la ansiedad charlando con el piloto nativo.

—¿Le has conocido?

—¿A Kumar? ¡No! —exclamó como si aquella pregunta fuera realmente estúpida—. Nadie de aquí le ha visto jamás... De hecho, a veces dudo incluso de que exista. Podría ser una invención de la compañía para poner más misterio a esto.

—No me parece necesario más misterio... Alcanzar la Luna es ya un logro mayúsculo. Significa cumplir uno de los sueños más viejos de la humanidad.

—Yo creo que no es para tanto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Mi hermano fue uno de los pioneros —dijo en un tono monocorde—, ventajas de ser el único ingeniero aeroespacial de esta isla, y nada más regresar me juró que, por mucho dinero que le ofrecieran, lo último que haría en su vida sería volver allí. —Verne no supo qué contestar a eso, tal vez porque tenía tantas preguntas que no habría sabido por dónde empezar. El nativo pareció captar su inquieto estado de ánimo, ya que añadió—: No te preocupes... Podrás comprobarlo por ti mismo en breve. Y te pagarán una buena pasta por estar ahí. Si aguantas hasta el final, podrás comprarte una casa en un paraíso como este y dedicar el resto de tu vida a pescar —dijo mientras sobrevolaban un islote con una hilera de cabañas en la orilla.

—Creo que te precipitas. Aún tengo que superar las pruebas físicas...

Ante ese comentario, el piloto esbozó una sonrisa burlona y declaró:

—A no ser que tengas un soplo en el corazón o te fallen los dos riñones, te van a mandar para arriba cagando leches. Faltan dos semanas para que lleguen los turistas y no paran de tener bajas. Cada nave baja con gente que prefiere endeudarse de por vida a volverse loca en la Luna. Como que hay Dios que te van a coger, hermano. De otro modo, no te habrían traído hasta aquí.

Entre aliviado y estremecido, Verne vio justo entonces cómo la base de Kumar emergía en medio del azul turquesa. Flotando sobre las aguas, en la plataforma ovalada se distinguía un edificio esférico que devolvía los rayos del sol de octubre.

—Dormirás aquí después de las pruebas —le informó el piloto—. Es el hotel donde los cosmonautas pasan la última noche antes de su viaje. Tiene un punto retro, pero no está nada mal.

Junto al hotel estaba el helipuerto, varios barracones que debían de contener suministros y la torre de lanzamiento con un transbordador espacial rodeado de operarios. El color óxido irregular de las alas, cortas y gruesas, revelaba que había entrado en servicio al menos una docena de veces.

Aquel había sido uno de los grandes éxitos de Kumar, diseñar aeronaves capaces de despegar y volver a la Tierra sin necesidad de cohetes complementarios. Aun así, seguía siendo una tecnología reservada a una pequeña élite.

Y a Verne, que mientras el helicóptero iniciaba su descenso no podía apartar los ojos de aquella nave, sucia y funcional, que le propulsaría a miles de kilómetros por hora de lo imposible a lo posible.

Moira...

SEGUNDA PARTE

MAR DE LA TRANQUILIDAD

Un vacío creciente en el estómago le hizo saber que la nave estaba descendiendo. El visor delante de su butaca, donde llevaba atado dos días y medio, mostraba una imagen cada vez más nítida del Mar de la Tranquilidad. Se había elegido aquella región para construir el Exovillage en honor a la misión pionera del Apolo XI.

La azafata sirvió el último desayuno a la docena de pasajeros que, tras la larga navegación, se debatían ahora entre el pánico y el entusiasmo por la gesta que estaban a punto de realizar.

Mientras Verne observaba impertérrito cómo en su mesita desplegable aterrizaban un zumo de naranja soluble y una barra proteínica —un oráculo de lo que le esperaba allí abajo—, en su cuerpo aún sentía los estragos de aquel viaje de pesadilla para cumplir su sueño.

Durante el brutal despegue, había pensado que sufriría un ataque al corazón. Junto con el ruido ensordecedor producido por la vibración del fuselaje, que amenazaba con desarmarse al pasar de cero a diez mil kilómetros por hora en cuestión de minutos, una presión insoportable en el pecho le había nublado la vista.

Nihilista convencido, nunca había temido por su vida hasta aquel momento, en el que tomó conciencia de que si llegaba a su destino en forma de fiambre todos sus esfuerzos habrían sido en vano.

Mientras padecía el empuje frenético de la nave por escapar de la atmósfera, Verne quiso revisar su vida entera, como hacen los moribundos antes de expirar, pero su película solo le mostraba una pantalla en blanco.

Su propio asiento vibraba de forma desaforada, pidiendo desintegrarse, cuando tuvo la suerte de perder el conocimiento.

Al abrir los ojos, hacía varias horas que atravesaba el espacio a casi cuarenta mil kilómetros por hora. Aquel terremoto constante había desaparecido, pero al levantarse para ir a vomitar las piernas le fallaron.

Necesitó de la asistencia de la única azafata para llegar al lavabo, donde se sentó en la taza bañado en sudor frío.

Superado lo peor, el resto de la odisea transcurrió bajo un estado de alerta permanente, pese a que los pasajeros —todos ellos trabajadores del Exovillage— gozaban de las mismas comodidades que los futuros turistas del espacio.

Verne recibió comida bastante decente cada tres horas y logró dar algunas cabezaditas en medio de un viaje que se le hizo eterno.

Más allá de eso, no obtuvo información alguna hasta dos horas antes del alunizaje, cuando en la pantalla frente a su asiento se iluminó un documental realizado por la compañía.

La imagen fija del logo del Exovillage, un sol plateado con seis rayos, se mantuvo varios segundos sin que sucediera nada. Luego, la voz de Kumar se dejó oír mientras en la pantalla iban apareciendo viejas fotos de la carrera espacial.

Como presidente del Exovillage, te doy la bienvenida a la mayor aventura de la historia de la humanidad.

Desde que tomara conciencia de ocupar un lugar en el universo, el ser humano ha querido alcanzar la Luna. Arthur C. Clarke, que vivió la mayor parte de su vida en mi país de origen, decía que aquellos hombres primigenios se subían a los árboles para intentar tocar la Luna con sus manos.

Tuvieron que pasar decenas de miles de años hasta que los primeros cohetes, que tenían la altura de un edificio de veinte pisos, cumplieran aquel sueño ancestral, permitiendo a unos pocos privilegiados pisar nuestro satélite.

Sin duda, el transporte aún tiene que mejorar, como has podido comprobar, pero vamos en buena dirección. Y tú estás a punto de habitar la primera ciudad en la Luna.

Aunque no recordaba haber escuchado antes su voz, el tono monocorde del magnate originario de Sri Lanka le resultaba extrañamente familiar a Verne, que esperaba que se mostrara algo del Exovillage. Para su decepción, el vídeo de cortesía terminó sin una sola imagen de la ciudad de la Luna.

¿A qué venía tanta ocultación? La única respuesta que se le ocurría era que, al elaborar el vídeo, el complejo aún estaba inacabado. Para no alarmar a los que habían invertido su fortuna en aquel viaje, podría haber proyectado al menos el diseño de las instalaciones.

Verne se dijo que el tal Kumar debía de ser un amante del misterio, como confirmaba su propia desaparición. Empezaba a sospechar que podía ser acertada la hipótesis de que había muerto. En ese caso, lo más probable era que la noticia no se divulgara hasta que el Exovillage, su legado, recibiera a los primeros exoturistas.

En medio de estas cábalas, la voz de la piloto provocó una sacudida de excitación en la nave.

—Informamos a los pasajeros de que la K101 se dispone a iniciar las maniobras de alunizaje. Les agradecemos su confianza en la compañía y les deseamos una estancia inolvidable en el Exovillage.

Verne sintió una erección bajo sus pantalones al contemplar en el visor la accidentada orografía de la Luna bajo sus pies.

Tal vez para compensar la traumática salida del viejo mundo, la nave bajaba ahora con sorprendente suavidad.

21

ALUNIZAJE

La K101 inició el descenso sobre la pista. Los potentes focos contrastaban con la oscuridad que les había envuelto a medida que se acercaban a la Luna. El carril iluminado y un monitor parpadeante sobre la antena del Exovillage constituían un oasis tecnológico en medio de la nada.

Cuando la nave tomó contacto al fin con el nuevo mundo, el pasaje estalló en aplausos y gritos de celebración.

Verne sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla al rodar sobre la pista hasta penetrar en un hangar que, sin duda, conectaba con la ciudad lunar. Superada la cabina de presión, la zona de intercambio entre exterior e interior, Moira estaría allí esperándole, se dijo.

Su miembro se volvió a tensar al pensar en el abrazo que completaría su exilio de la Tierra y llegada al satélite del amor.

—Feliz estancia en la Luna —le dijo la azafata con una sonrisa postiza al abandonar la aeronave.

—Nos vemos aquí dentro de quinientos días —bromeó uno de los pasajeros.

—Quinientos cuarenta y ocho —precisó otro, que no parecía inmune a las noticias alarmantes sobre el estado de los trabajadores.

El *finger* totalmente hermético llevaba a la famosa zona de intercambio, donde ya les aguardaba una comitiva de tres personas: dos empleados con monos blancos y grises, y una mujer de pelo corto y gafas con un traje de chaqueta que contrastaba con las pesadas botas para compensar la poca gravedad.

Antes de pasar definitivamente a la ciudad, entraron por turnos en las cuatro cabinas donde, además de una ducha desinfectante, recibieron uno de aquellos monos y un par de botas tras dejar su ropa en el cubo metálico.

—Todo lo que necesitas en el Exovillage te lo procurarán allí —le había dicho a Verne un empleado en la rampa de lanzamiento—. Enviaremos tu maleta de vuelta a tu dirección.

Aun sabiéndolo, al dejar sus últimas pertenencias en la cabina no pudo evitar sentirse extraño. En aquella tierra inhóspita solo poseía su cuerpo. Tal vez los que ingresaban en la cárcel sintieran algo parecido, se dijo mientras seguía a la mujer trajeada hecho un manojo de nervios.

Cuando la zona de intercambio se cerró a sus espaldas, Verne tuvo que enfrentarse a la primera decepción, mientras los recién llegados saltaban para comprobar que de repente pesaban seis veces menos.

Moira no estaba allí para recibirle.

Mientras los empleados acompañaban a los recién llegados por el túnel acristalado, él se quedó allí detenido. Trató de elaborar mentalmente toda clase de excusas para justificar que Moira no hubiera acudido a recibirle. Quizás el alunizaje había coincidido con su turno en la dichosa Exonet, aunque podría haber delegado sus tareas en Marcelo, su compañero en el departamento de comunicaciones. O tal vez estuvieran ambos atendiendo una avería que ponía en peligro la

apertura del hotel lunar con todos sus servicios.

—Oye... ¿Te vas a quedar ahí?

Le acababa de hablar la mujer trajeada, que había permanecido a su lado mientras el resto desaparecía dentro del complejo. Con unos cincuenta años bien llevados, Verne interpretó que era una especie de jefa de protocolo. Por fuerza debía de conocer a las ochenta almas de la colonia lunar, así que no dudó en preguntarle:

—¿Por qué no ha venido Moira? Mi mejor amiga trabaja en el Exovillage desde hace...

—Moira no sabe que estás aquí —le cortó la mujer mientras empezaba a caminar por el túnel, instándole a que la siguiera—. Vamos tan a contrarreloj que nadie le ha informado aún.

—¿Cómo es posible...? —respondió abrumado mientras, en una bifurcación del túnel, tomaban el camino a la derecha—. Pensaba que ella había tenido peso en la elección de mi candidatura.

En este punto la mujer se paró. Verne aprovechó para fijar la mirada en la noche lunar a través del material transparente del túnel. El paisaje sin fin de lava basáltica era sobrecogedor, pero a su cabeza acudió una preocupación mucho más mundana: tras haberlo entregado todo, ni siquiera sabía qué hora era. Esa indefinición aumentaba el vértigo que le producía estar fuera de su planeta, con la sensación de que los pies se le despegarían del suelo en cualquier momento.

—Es normal estar un poco empanado tras dos días y medio de viaje —le dijo ella más paciente, como si hubiera captado su turbación—. Y necesitarás unos días más para hacerte a esto... Respondiendo a tu suposición, no sé qué te habrá contado Moira, pero entre sus funciones no está la selección de personal. Eso lo decide un comité formado por la evaluadora de la central, Kumar y yo misma. —Dicho esto, le tendió la mano para que la estrechara—. Soy Deborah, responsable de capital humano del Exovillage. Bienvenido a tu nueva casa.

Como si haber revelado su jerarquía la hubiera relajado, en su expresión seria se dibujó una mueca de camaradería.

—¿Qué te parece estar aquí? Más que alucinante, aquí decimos: «¡Esto es alucinante!».

—Tomo nota —sonrió Verne, sorprendido por el tono informal—. Llevo mucho tiempo soñando con llegar hasta aquí, lo único que sucede es que ahora...

—Estás hecho polvo.

—Bueno, sí —concluyó, para no complicar más las cosas.

Por toda respuesta, Deborah le ofreció una pulsera plateada. Cuando Verne se la hubo ajustado a la muñeca, le explicó:

—Este comunicador interno sirve también para abrir la puerta de tu cabina, y la de todas las zonas a las que tienes acceso. Hay lugares donde nadie o casi nadie del Exovillage puede entrar. Te aconsejo que no te hagas el listo o serás devuelto en el próximo vuelo pagando tú los costes.

—Pagando toda mi vida, lo sé. ¿Por qué tendría que hacer eso?

Deborah le dirigió una mirada compasiva antes de contestar:

—La vida puede ser asfixiante en un lugar donde tus movimientos están tan limitados. Sería humano intentar meter las narices en los pocos lugares climatizados y con oxígeno que no conoces.

Dicho esto, retomó la marcha por el túnel de cristal, que unos metros más adelante se tornaba opaco. Un sinfín de puertas a cada lado hizo entender a Verne que se trataba de los habitáculos del personal del Exovillage.

Confirmando su suposición, Deborah le señaló una puerta y agregó:

—Crear espacios habitables en la Luna cuesta una fortuna el metro cuadrado. Aunque las impresoras 3D trabajan con material de fuera, todo aquí es prohibitivo. Por eso los empleados duermen en cabinas de dos. No sé por qué, pero en tu caso se ha decidido que tengas un lugar para

ti solo.

Verne la miró interrogativamente. ¿Quién había decidido eso? La evaluadora de la Tierra lo había tratado como a un apestado. ¿Era ese el motivo por el que no compartiría la soledad lunar con nadie? Tal vez tuvieran miedo de que la depresión que había aflorado en su adolescencia regresara en el Exovillage y se contagiara a una tropa ya desmoralizada.

La voz casi maternal de Deborah le sacó de aquel carrusel de dudas.

—Vamos, échate un rato. Hasta los meteoritos necesitan descansar cuando caen del cielo.

EL CAMAROTE INDIVIDUAL

La cabina que tenía el privilegio de ocupar en solitario era pequeña como un camarote de tren. Construida con un material a medio camino entre el plástico y la fibra de vidrio, constaba de una cama plegable, una ducha claustrofóbica, algo parecido a una letrina y la expresión mínima de un lavamanos.

No había ventana alguna al exterior lunar. Aquella era la segunda decepción en los pocos minutos que llevaba en el Exovillage.

Mientras se preguntaba cómo podría resistir un año y medio en aquel cubículo blanco, desplegó la cama para dar acomodo a su castigada espalda. Estar tumbado aumentó aún más aquella sensación de liviandad, como si su cuerpo se estuviera diluyendo. Agarrado al colchón, se fijó en un detalle que le había pasado por alto. Adosada a la puerta había una placa con la inscripción: GUÍA DE SUPERVIVENCIA EN LA LUNA.

Verne sintió curiosidad por leer lo que ponía, pero no se atrevió a levantarse. Quizás por la falta de gravedad, desde que se había puesto horizontal todo le daba vueltas.

Palpó la pared hasta dar con el interruptor que apagaba la luz demasiado intensa que inundaba el camarote.

Para su sorpresa, frente a la pared delantera —incluyendo la puerta— se proyectó la imagen en relieve de la Tierra flotando en el espacio. Verne se dijo que aquella debía de ser la manera de recordar al personal que había un mundo al que volver, antes de sucumbir a un ataque de pánico.

La cabina estaba demasiado refrigerada para su gusto, así que se cubrió con una sábana de un material sintético extrañamente fino y ligero. Se disponía ya a cerrar los ojos cuando la pulsera de accesos que había recibido se iluminó con un suave fulgor verde.

Al suponer que Moira quería comunicarse con él se le disparó el corazón, pero la ilusión duró solo un instante. Lo que tardó en girar la muñeca para leer el texto sobreimpresionado.

[022 > 068] HOLA, VERNE, SOY ANDREJ. CUANDO TE DESPIERTES, TRAZA MI NÚMERO Y TE GUIARÉ POR EL COMPLEJO. MIENTRAS TANTO, ¡FELIZ DESCANSO!

Sin perder tiempo, Verne trazó con la punta del dedo las tres cifras de quien debía de ser el guía oficial del Exovillage. Acto seguido, dictó el mensaje, que se iba escribiendo sobre el resplandor verdoso.

[068 > 022] HOLA, ANDREJ, ENCANTADO DE COMUNICARME CONTIGO. ESTOY MUY EXCITADO CON LA IDEA DE CONOCER LA CIUDAD LUNAR.

PERO ANTES DE ESO NECESITO PEDIRTE UN FAVOR: ¿PUEDES DARME EL CÓDIGO DE MOIRA, LA RESPONSABLE DE LA EXONET?

Un parpadeo en el frontal de la pulsera indicó que el mensaje había llegado a su destinatario.

Sin embargo, no contestó.

Mientras Verne se removía temiendo salir fuera de la cama, empezó a pensar que tenía motivos para preocuparse. En su último mensaje, Moira le había dicho que luchaba por no hundirse, ya que no podía permitirse pagar su regreso.

Aunque Deborah le había asegurado que no estaba informada de su llegada, era lógico pensar que los responsables de la Exonet llevaran también la red interna donde acababa de ser dado de alta. Y disponía ya de una clave, el 068, que había permitido a aquel Andrej comunicarse.

Por fuerza, Moira tenía que saber de su llegada. ¿Por qué no había venido? Ni siquiera había respirado. Habría bastado con un mensaje en aquella pulsera retro para saludarle. Si no tenía fuerzas para dictar un par de líneas, debía de estar cayendo por un abismo mucho más profundo que los de aquella Tierra que era ahora un holograma en su puerta.

EN LA CIUDAD DE LA LUNA

Nada más ver al guía, Verne sospechó que aquel ruso de pequeña estatura y cuerpo musculoso iba dopado. Rapado al cero, sus ojos saltones se disparaban en todas direcciones durante la visita.

El túnel opaco con las habitaciones del personal desembocaba en la parte del Exovillage donde los millonarios pasarían sus vacaciones. Bajo una espectacular cúpula estaba el Ágora Lunar, una plaza circular de la que partían seis caminos transparentes, como un sol con sus rayos.

La presencia constante de operarios confirmó lo que había dicho Deborah de que iban contrarreloj, a doce días de la llegada de los primeros clientes. Por todas partes había electricistas y montadores de carpintería metálica, mientras al otro lado de los cristales protectores se observaban robots lunares en plena actividad.

—El transporte de cualquier carga que llevemos desde la Tierra cuesta miles de dólares el kilo —explicó Andrej—, así que estas máquinas convierten la lava basáltica en polvo que luego se usa para la construcción. Los cristales de fibra de vidrio son verdaderos escudos contra la radiación, al igual que el resto de materiales. Al mismo tiempo, las construcciones deben ser flexibles y a prueba de terremotos.

Mientras Verne le seguía a través de la plaza, que tenía en el centro el logo del Exovillage, no pudo evitar darse un poco de impulso. Su acompañante miró sorprendido cómo se elevaba un metro sobre el suelo.

—Te informo de que está prohibido eso que acabas de hacer, fuera de los lugares indicados. Especialmente dentro de un túnel, ya que podrías darte de cabeza con el techo o incluso fracturar la cobertura, poniendo en peligro a toda la colonia.

—Perdón. ¿Y dónde se puede...?

—¿Saltar? Dentro del Exovillage, solo en el UFO Café por la noche, pero es exclusivo para los clientes. Ahora... —Andrej se detuvo para estudiar a Verne, como si quisiera comprobar que merecía su confianza— hasta que no lleguen, de vez en cuando los empleados nos tomamos alguna licencia. Con la excusa de poner las instalaciones a punto, los próximos días podremos entrar y salir de casi todas partes.

—¿Has dicho *casi*? —preguntó Verne muy interesado.

—Sí... Uno de los accesos cerrados lo tienes delante de tus narices.

Hasta entonces no se había dado cuenta de que uno de los seis túneles que partían del Ágora estaba sellado.

—¿Y qué hay ahí?

—Nadie lo sabe —dijo Andrej, pasándose la mano por la cabeza rapada—. Creo que ni siquiera Deborah tiene acceso ahí.

—Si es la única zona restringida, quizás guarde los depósitos de oxígeno u otras provisiones vitales —especuló Verne.

—No lo creo, los depósitos de agua y oxígeno están fuera, en una especie de silos. Los

obtenemos a partir del hielo de un cráter frío donde tenemos una planta de extracción. Queda lejos de la base, pero resulta infinitamente más barato que traerlo de la Tierra. De todas formas, cuando se agote el hielo, habrá que encontrar otra reserva o largarnos de aquí.

Verne sintió que aquella última opción ilusionaba a Andrej, por mucha pasión que pusiera en explicar los pormenores de la ciudad de la Luna. Pese a la juventud que revelaba su cara aniñada, demostró ser un buen narrador al preguntar:

—Entonces, ¿no quieres saber si hay más zonas prohibidas?

Tras un instante de silencio, Verne respondió:

—Claro que quiero saberlo. ¿Cuáles son?

Andrej esbozó una sonrisa antes de responder, como si aquel fuera su capítulo favorito del *tour* lunar.

—Esa puerta de ahí delante está vetada a todo el mundo, pero hay otro lugar donde en teoría solo el personal de mantenimiento especial puede entrar.

—Si dices «en teoría», quiere decir que eso no siempre se cumple.

—Exacto, colega. De hecho, ir a la Cueva de los Aborígenes es la mayor diversión que existe entre el personal de la colonia. Creo que en administración saben que nos colamos ahí de vez en cuando, pero hacen la vista gorda. Dado que también tenemos estrictamente prohibido usar los trajes o los vehículos para poder salir al exterior, nos toleran esa violación de las reglas.

Verne quiso preguntar qué demonios era la Cueva de los Aborígenes y dónde estaba, pero antes de que pudiera volver a hablar, unas manos frías y finas llegadas de su espalda le cubrieron los ojos.

Para disimular que su corazón estaba a punto de estallar, Verne murmuró a ciegas:

—¿Eres uno de los aborígenes de la cueva?

Antes de responder, sintió que aquellas mismas manos se despegaban y le hacían girar moviendo suavemente sus hombros.

—No, soy un bicho extralunar llamado Moira —bromeó con lágrimas en los ojos—, y te estaba buscando.

24

MOONBAY

De forma elíptica, el restaurante acristalado del complejo ofrecía unas vistas sobrecogedoras sobre el Mar de la Tranquilidad, un desierto gris sin fin acibillado por los meteoritos. Un suave resplandor revelaba que la Tierra pronto emergería por el horizonte lunar, reflejando los rayos del sol.

Sería la primera vez que él la viera desde el exterior.

Aunque había sido informado de que el acontecimiento iba a tener lugar, Verne apenas miraba la enorme cristalera curva que separaba el Moonbay del exterior. Sus ojos no podían apartarse de un mundo mucho más deseado y enigmático: el rostro de Moira.

Había soñado tantas veces con sus labios bien dibujados, con sus mejillas rollizas y con aquellos ojos rasgados que ahora le observaban al otro lado de la mesa que el espectáculo de la Tierra emergente era para él algo secundario.

Mientras Moira le explicaba los últimos percances con la Exonet, él viajaba con la mirada por la constelación de pecas en su frente, sobre el fino puente de sus cejas, luego por su pelo negro y lacio que le caía sobre los hombros, donde nacía aquel cuello largo que tanto deseaba besar.

La llegada de la ensalada en unos platos con forma de cráter le sacó por un momento de aquel estado hipnótico.

Una camarera afroamericana vestida con una falda cortísima y un suéter ajustado anunció:

—Las patatas y la lechuga son de proximidad. La vinagreta está hecha con productos de la Tierra.

—¿Qué significa aquí de proximidad? —preguntó Verne, bajando la mirada al nido de patatas rodeado de las hojas verdes.

—Las cultivamos aquí, en un invernadero anexo al complejo. En el futuro aspiramos a ser autosuficientes y servir solo productos lunares. Tenemos incluso una granja en proyecto.

—Eso sería fantástico... Por cierto, quizás deberíamos presentarnos. He venido para trabajar con vosotros.

—No lo creo... —dijo la camarera, abriendo los ojos con sorpresa—. El equipo del Moonbay y el UFO Café está completo desde hace una semana. Nosotros no hemos tenido bajas.

—Eso es porque tenéis acceso al alcohol —bromeó Moira.

—Ya nos gustaría... Las botellas están guardadas en una especie de caja fuerte. Aquí son oro líquido, como todo lo que viene de ahí abajo.

A Verne le impactó aquel «ahí abajo», que le recordaba su nuevo lugar en el universo. Aquella abrupta toma de conciencia quedó eclipsada por una pregunta frívola de la camarera.

—¿Eres coctelero?

—No... Bueno, nunca fue esa mi tarea principal.

Verne repasó mentalmente las mentiras que había puesto en el currículum con las referencias falsas de su amigo, pero allí no se había hablado de sus virtudes como barman.

—Entonces tampoco trabajarás en el UFO de noche, cuando se convierte en discoteca. Allí se servirán cosas sofisticadas. Ninguna consumición en la carta baja de los tres mil dólares, y son copas más pequeñas que en la Tierra.

Dicho esto, la camarera se marchó hacia la barra, dejándolos solos con su cráter de verduras y sus copas de agua.

Verne avanzó entonces su mano hasta cubrir la de Moira, que pareció sobresaltada por un gesto que había sido común «ahí abajo» en sus citas. Tratando de mantener los nervios a raya, él comentó:

—Si no me necesitan aquí como camarero... no entiendo para qué me han reclutado. Mañana hablaré con Deborah. ¿Sabe ella que estamos cenando como millonarios terrestres?

—Lo sabe, cada nuevo fichaje tiene una cena de cortesía aquí. Sin alcohol, por supuesto. Y yo tengo la suerte de venir por segunda vez como tu acompañante.

Estas palabras amables tuvieron en él un sabor agridulce por la discreta retirada de la mano de Moira. Desorientado, acercó tímidamente su rostro al de ella para susurrarle:

—No sé dónde me han destinado, quizás voy a limpiar lavabos, pero te agradezco mucho que me hayas recomendado. No sabes lo que significa para mí estar aquí... contigo.

—Te recomendé nada más llegar —murmuró nerviosa—, cuando me dijiste que habías presentado tu solicitud, pero pensaba que no me habían hecho ni caso. Por eso no volví a insistir. Y luego... Verne, tengo que pedirte disculpas. Si llego a saber que vendrías, nunca te habría escrito aquella posdata. —Él se quedó sin respiración, mientras sostenía una pequeña patata lunar en el tenedor. El busto no tan pequeño de Moira se levantó al coger fuerzas para decir—: Hay algo importante que quiero contarte... He empezado una relación con Marcelo. Sucedió hace poco, dos noches después de mandarte mi correo. —Verne dejó caer la comida en el plato mientras una lágrima bajaba por la mejilla de ella, que hizo de tripas corazón para seguir—: Es un tipo genial y, de algún modo, me ha salvado la vida. Yo estaba atacada por lo que aquí llaman melancolía lunar. Llegó un momento en el que no podía levantarme de la cama. Este sitio se me hacía insoportable, y vivía en un constante ataque de pánico. Entonces Marcelo...

—Puedes ahorrarte los detalles —dijo Verne, levantándose de golpe—. Necesito ir a mi camarote a echarme. Debe de ser la falta de gravedad, que me está matando —añadió, tratando de conservar la dignidad.

—Espera un poco... —le rogó sofocada—. La Tierra saldrá en un minuto.

Él sintió que esta última frase se le clavaba en el vientre mientras abandonaba el Moonbay sin mirar atrás.

GUÍA DE SUPERVIVENCIA EN LA LUNA

I. ASPECTOS FISIOLÓGICOS

1. Entre los peligros que entraña residir fuera de la Tierra destaca el elevado riesgo de padecer cáncer, debido a la radiación diez veces mayor, así como el deterioro muscular y óseo a causa de la baja gravedad.

2. Para prevenir en lo posible estas consecuencias indeseadas para la salud, el personal de la colonia lunar debe seguir el protocolo dietético, realizando sus comidas de forma presencial en la cantina para empleados del Exovillage y tomando los suplementos prescritos.

3. La falta de gravedad hace que los huesos pierdan cerca de un 0,80 por ciento de densidad al mes. La toma obligatoria de bisfosfonatos ayuda a reducir este inconveniente.

4. La atrofia muscular derivada de este mismo problema debe combatirse acudiendo al gimnasio las horas fijadas por la administración lunar. Una actividad aeróbica regular sirve, además, de protección contra la debilidad cardiovascular.

5. Los recursos hídricos del Exovillage están muy limitados, así que el trabajador debe ajustarse a las dos duchas semanales de tres minutos disponibles en su cabina.

II. ASPECTOS PSICOLÓGICOS

1. La escasa luz solar y el confinamiento pueden producir episodios de ansiedad y depresión, entre otros trastornos. Ante la observación de estos síntomas, es obligatorio acudir al responsable médico, que se ocupará de administrar los fármacos apropiados.

2. El incumplimiento del punto II.1 se considerará negligencia por parte del trabajador, que, por lo tanto, no podrá reclamar el coste de la repatriación ni compensación alguna.

3. Residir en un recinto cerrado como el Exovillage puede provocar una mayor segregación de hormonas del estrés. Es posible paliarlo con la práctica de la meditación y con los programas de entretenimiento que se brindan en la cantina fuera del horario de comidas.

4. Durante un periodo de tiempo más o menos prolongado, es normal sufrir trastornos de sueño, así como fallos en la cognición (lapsus mentales, desorientación) o cambios súbitos de humor.

5. En la mayoría de los casos, la adaptación a la vida en la Luna precisa de un duelo terrestre más o menos largo. Para facilitar ese proceso, se recomienda potenciar al máximo las relaciones con los compañeros, así como cualquier medida de ocio —fuera de los horarios laborales— como distracción de la nostalgia de la Tierra.

III. ASPECTOS SOCIALES

1. En la colonia lunar existe una separación absoluta entre los clientes y el personal, por lo que franquear la barrera de la intimidad será sancionado con la suspensión de sueldo y/o los costes de retorno a la Tierra por parte del trabajador.

2. Será sancionado del mismo modo cualquier intento de salir del Exovillage utilizando los trajes o vehículos destinados a los clientes, que pagan su elevado mantenimiento.

3. El estrés promovido por el encierro puede derivar en discusiones y peleas entre los miembros de la colonia lunar. Ante cualquier conflicto, es obligatorio solicitar la mediación de la persona responsable de capital humano.

4. Asimismo, de detectarse actitudes de acoso o maltrato por parte de cualquier persona de la colonia deberá ser denunciado de inmediato a capital humano y/o a la persona responsable de seguridad lunar.

NOS SENTIMOS ORGULLOSOS DE FORMAR PARTE DEL EXOVILLAGE. NUESTRA COLONIA LUNAR ES LA PRIMERA TRIBU CAPAZ DE SOBREVIVIR FUERA DE LA TIERRA. HAGAMOS TODO LO POSIBLE PARA HONRAR ESE PRIVILEGIO.

26

MELANCOLÍA LUNAR

[015 > 068] HOLA, ¿ESTÁS AHÍ DENTRO?

Verne dejó la *tablet* con las instrucciones lunares en el suelo. Por la familiaridad del mensaje, dedujo que Moira estaba al otro lado de la puerta. Tras seis horas de pesadilla, en las que había intentado dormir para combatir el ahogo que le producía la cápsula, aquella guía de supervivencia no había contribuido precisamente a animarle.

Con una mezcla de rabia y abatimiento, susurró a su pulsera inteligente:

[068 > 015] QUIERO APROVECHAR LOS TRES MINUTOS DE DUCHA QUE TENGO ASIGNADOS. ¿PUEDES ESPERARME AHÍ FUERA?

[015 > 068] SÍ, CLARO. SIENTO MOLESTAR...

En otras circunstancias, Verne habría contestado: «No molestas», e incluso habría hecho entrar a Moira mientras él se duchaba, como cuando habían compartido habitación en la granja terrestre. Sin embargo, no estaba dispuesto a ayudarla a limpiar su conciencia. No tan pronto, al menos.

Tras arrancarse el mono con movimientos furiosos, fue a la minúscula ducha, compuesta por un plafón de cuarenta por cuarenta centímetros. La luz verde del depósito, que no volvería a encenderse hasta al cabo de tres días, le invitó a pulsar el botón.

Verne cerró los ojos, esperando un chorro que, junto con el sudor, arrastrara la amargura que se le había pegado al alma, desde que su sueño cumplido se había convertido en pesadilla.

Un hilito de agua templada fue todo lo que recibió.

Cada vez más crispado, con la mísera porción de gel que le entregó el dispensador empezó a frotarse el cuerpo y el pelo como un poseso. Aquel mínimo aporte de agua diluía el jabón de su cuerpo con una lentitud exasperante.

Terminado ese amago de ducha, Verne se enfundó un mono fresco —tenía un servicio de lavandería por semana— y acercó la pulsera a la puerta para abrirla. Con un humor de perros, cerró los ojos para tratar de contener el torbellino de emociones negativas que le estaban arrasando.

Al volver a abrirlos, se quedó pasmado.

No era Moira, sino un hombre delgado con una barbita de chivo rubia. Sus ojos azules le miraban nerviosos tras unas gafas de montura metálica.

—Creo que te equivocas de camarote —dijo Verne, sorprendido.

—Seguro que no... —repuso con acento brasileño—. ¿Puedo entrar? Necesito charlar en privado.

Verne asintió, asombrado de que aquella especie de *hippie* pensara que ese era un lugar adecuado para eso.

—Adelante, ¿con quién tengo el honor de hablar?

Sin pedir permiso, el intruso se sentó con urgencia en la cama plegable, como si no le aguantaran las piernas. Con una voz ligeramente aflautada, le dijo:

—Soy Marcelo y, ante todo, vengo a pedirte perdón.

Un repentino mareo obligó a Verne a sentarse al lado del nuevo novio de Moira, que siguió hablando con la mirada clavada en el suelo mientras la puerta se cerraba.

—De haber sabido que tú existías... De conocer tus sentimientos hacia ella, que te han hecho exiliarte de la Tierra un año y medio, jamás habría dado el paso. Pero nunca me habló de ti. De hecho, las últimas semanas apenas hablaba. Por eso, yo pensaba que el campo estaba libre, y ella necesitaba... En fin, necesito pedirte perdón. Vas a pasar un año y medio jodido y, sin quererlo, será por nuestra culpa. Vengo a ofrecerte mi amistad, aunque entenderé que no quieras saber nada de mí.

Verne miró de reojo al tipo que había sido capaz de soltar todo aquello.

Por un momento, dudó entre echarse a reír, aplastarlo de un puñetazo o darse él de cabeza contra la puerta.

Ante aquella situación insólita, sintió que una reserva secreta de coraje y dignidad emergía de lo más profundo de su ser. No permitiría que se compadecieran por su estúpida derrota. Con un aplomo que le sorprendió a él mismo, pasó el brazo por el hombro de aquel pusilánime y, con la voz serena de sus tiempos de consultor existencial, dijo:

—Te voy a ser franco, Marcelo. Pasar un año y medio de mierda en la colonia o «ahí abajo», como decís, para mí no va a suponer gran diferencia. Mi vida ya era un asco en la Tierra. Aquí también lo será, pero al menos ganaré dinero si consigo aguantar. En ese caso, cuando baje tal vez me compre una cabaña en el Índico y me pase el resto de mi vida pescando.

—No eres el único con esa idea aquí —dijo, aliviado por lo que entendía como un gesto conciliador—. Por lo que a mí respecta, todo lo que pueda hacer para que te sientas mejor, será para mí un privilegio. Y no son solo palabras.

Verne empezaba a perder la paciencia ante quien le parecía un pobre idiota, pero se resistía a echarlo del camarote y quedar como un perdedor despechado.

—Muchas gracias, pero estoy acostumbrado a la soledad.

Marcelo se giró para enfocarle a través de aquellas gafas que necesitaban un buen paño.

—La soledad de este sitio no se parece a ninguna otra cosa que hayas vivido. Los médicos han bautizado el síndrome como «melancolía lunar». Sé que parece extraño, porque somos bastantes en un lugar de dimensiones reducidas... —Nada más decir esto, pareció arrepentido de transmitir aquel mal presagio, así que añadió—: La verdad es que es muy fácil relacionarse con la colonia lunar, y el sexo no es un problema aquí. Encontrarás muchas chicas ligeras de cascos.

Aquello sobrepasaba lo que Verne estaba dispuesto a aguantar. Harto de esa camaradería irritante, lo habría echado a patadas de no ser porque aquello de «ligeras de cascos» le provocó un ataque de risa. ¿De qué siglo era aquella expresión?

—Quizás ha sonado machista —se disculpó nuevamente Marcelo—, lo que quiero decir es que los hombres y mujeres del Exovillage son muy liberales. Hay tanto aburrimiento... Tal vez eso cambie cuando lleguen los millonarios y veamos caras nuevas.

—Mientras tanto, el *hobby* número uno es ir a los camarotes de los otros —disparó Verne como indirecta, pero el otro no lo captó.

—También lo hacen en los lavabos de la cantina, en el gimnasio... En cualquier parte donde no haya nadie en ese momento.

—Ya... Ese es el *hobby* número uno. ¿Y cuál es el número dos? —preguntó, solo por fastidiar.

—El segundo es ir a la Cueva de los Aborígenes.

Verne se puso de pie, como si aquellas palabras hubieran activado en él un inesperado resorte.

—Es la segunda vez que me hablan de eso desde que llegué. Empiezo a tener ganas de ir. ¿Qué diablos...?

—Yo puedo llevarte —le cortó Marcelo, incorporándose feliz—. Ahora mismo, si quieres.

LA CUEVA DE LOS ABORÍGENES

A medida que pasaban los minutos, la rabia de Verne no hacía más que crecer. Su incómodo protector había adoptado un papel de guía tanto o más meticulado que Andrej. Con la excusa de que llevaba en el Exovillage desde la segunda oleada de trabajadores, le daba toda clase de detalles que él no necesitaba saber.

No en aquel momento.

Le explicó que la helada noche lunar duraba catorce días y medio, y que cuando empezaba el largo día, la temperatura se elevaba por encima de los cien grados.

—Por eso los trajes que usarán los millonarios para salir son muy reflectantes, además de tener calefacción y refrigeración para no fundirse. El Exovillage necesita tener también un aislamiento muy potente contra el frío y el calor, aparte de un escudo contra los pequeños meteoritos que no paran de caer.

Verne empezaba a pensar que aquel Marcelo era un buen tipo, lo cual no era para nada una buena noticia, ya que entonces no podría odiarlo. Eso habría facilitado las cosas. Aun así, decidió pararle los pies.

—No es necesario que me lo expliques todo... Mientras esté desocupado, puedo recurrir a Andrej para esa tarea.

—Me temo que no podrá hacerlo. —Marcelo bajó la voz al llegar al Ágora—. Hace un par de horas que le hemos dado de baja en el Exonet. Puedes imaginar lo que eso significa...

Verne le miró aturdido y el brasileño confirmó sus sospechas con un breve cabeceo. Aquello significaba: «Sí, también ha sido devorado por la melancolía lunar». Tendría que ser otro u otra quien hiciera de guía cuando llegaran los millonarios.

En el centro de la plaza cubierta con la cúpula vieron a Deborah mostrando algo en la *tablet* a dos operarios con cara de malas pulgas.

Un repentino ataque de agobio hizo que, sin haberlo previsto antes, Verne se abalanzara sobre la responsable de capital humano.

—Necesito saber cuál va a ser mi tarea. No puedo seguir aquí sin hacer nada...

—Ahora no puedo atenderte —le cortó con dureza—. Cuando termine tu aclimatación, sabrás tu puesto. Si me disculpas...

Con un gesto protector, Marcelo le empujó sutilmente por el hombro para que se alejara de ella, hasta entrar por el túnel a la izquierda del acceso cerrado. Pasaron junto a una especie de iglú gigante, que su improvisado guía se encargó de explicar.

—Ahí tienes la cantina de los empleados de la colonia. Pero no es eso lo que te quiero enseñar...

Diez metros más adelante se detuvo para acercar la pulsera a una puerta. Cuando se abrió con suavidad, Marcelo le dirigió una mirada victoriosa.

—Ventajas de trabajar en la jodida Exonet. En teoría debería llegar perfectamente a todas

partes del complejo, pero de forma inexplicable falla todo el tiempo.

Cuando la puerta quedó sellada a sus espaldas, el brasileño le mostró una escalera metálica de caracol. Al asomarse con precaución, vio que bajaba hasta las profundidades de un pozo excavado en la roca negra.

—¿Ahí abajo está la Cueva de los Aborígenes? —preguntó Verne.

—Ajá...

—¿Qué hay ahí?

—Lo verás con tus propios ojos... pero su nombre nos da ya una pista, ¿verdad?

La temperatura era bastante más fresca que en el resto de la ciudad lunar, y Verne tuvo la sensación de que iba descendiendo con cada peldaño que bajaban. Una vez que tocaron suelo, Marcelo encendió una linterna plana y acercó su pulsera a una pequeña puerta excavada en la roca.

Segundos después, desaparecía dentro de la Cueva de los Aborígenes, que se iluminó con un débil fulgor.

Verne dudó un instante antes de agacharse él también para entrar en aquella cavidad. Lo que vio dentro le dejó perplejo.

En el centro de la cueva circular, que había sido excavada a conciencia en la roca y tendría cuatro metros de altura, un gran tanque de agua albergaba a un enorme pulpo y a varias crías. Éstas se deslizaban lentamente por el suelo del acuario, como si acabaran de detectar la visita.

El pulpo mayor, que debía de pesar como un muchacho, miraba a Verne con una fijeza inquietante.

—Pero... —murmuró—, ¿esto qué cojones es?

Ahora fue Marcelo quien le pasó el brazo por el hombro.

—Son pulpos, Verne... —le dijo con tono condescendiente.

—Ya lo veo, pero ¿qué hacen aquí abajo?

—Están protegidos de la radiación. De hecho, durante los días lunares también nosotros deberíamos dormir bajo tierra.

Verne rodeó el tanque muy lentamente, sin importarle lo que acababa de oír. Calculó que contendría varios miles de litros de agua. Tenía que haber un buen motivo para derrochar un bien tan escaso en aquellos animales, que en las profundidades de la cueva aún le parecían más extraños.

Apartó la mirada del ejemplar gigante, que no había dejado de mirarle desde que había entrado.

—¿Es comida para los millonarios?

—¡Jamás! —se escandalizó Marcelo—. Pronto te darás cuenta de que la dieta aquí es básicamente vegetariana. Además, piensa en el nombre de la cueva...

Verne le miró a través de aquella penumbra azulada, tratando de comprender.

—Veo que no has seguido los avances de la ciencia en los últimos años.

—¿A qué te refieres?

—Desde que treinta y tres científicos publicaron en una de las mejores revistas de biofísica que los pulpos son de origen extraterrestre, ningún estudio ha logrado rebatir esa hipótesis.

—Pero... en ese caso —comentó asombrado—, ¿de dónde se supone que vinieron? ¿Y cómo llegaron al planeta?

—Los pulpos, junto con los calamares, tienen unas características muy diferentes al resto de seres vivos de la Tierra. Y, aunque aún no podemos comunicarnos con ellos, se cree que son sumamente inteligentes. Por eso, el artículo plantea que evolucionaron en un planeta distinto y

luego viajaron a la Tierra a través de la llamada panspermia. ¿Has oído hablar de eso?

Verne se encogió de hombros por toda respuesta, mientras miraba fascinado la cabeza descomunal y deforme del extraterrestre, que ahora nadaba boca abajo, moviendo suavemente las patas, como si supiera que estaban hablando de él.

—Cuando la vida empezó en la era cámbrica —siguió Marcelo—, hace doscientos setenta millones de años, hubo una invasión de moléculas orgánicas llegadas del espacio, seguramente a través de cometas. ¿Sabías que los pulpos tienen treinta y tres mil genes? Pueden codificar más proteínas que un ser humano. Ya eso los hace mucho más sofisticados que nosotros. Si pudiéramos entrar en su mente...

—No creo que me gustara hacerlo, seguramente quieren asesinarlos por tenerlos aquí dentro. ¿Cómo es que sabes todo esto? —preguntó Verne, fatigado—. Quizás deberías solicitar el puesto de guía, si ha quedado vacante.

—Oh, Moira no me permitiría que la dejara sola con la Exonet... —Arrepentido de haberla mencionado, cambió de tema—: Además de telecos, tengo una licenciatura en biología marina. Supongo que eso ayudó a que fuera seleccionado. En el Exovillage se valoran mucho las titulaciones complementarias... Quizás también la tuya.

—Lo dudo —repuso, enojado de que Moira le estuviera contando su vida—, pero sigue: entonces, ¿cómo se lo montaron estos aliens para viajar a la Tierra?

—De algún modo lograron congelar huevos fertilizados en el hielo de los meteoritos, dentro de matrices criptopreservadas, para que llegaran a otros lugares del universo. Parece un disparate, pero la biología actual lo corrobora. Y tiene sentido: los cefalópodos son los invertebrados más complejos que conocemos. En el laboratorio han demostrado ser capaces de resolver problemas e incluso de utilizar herramientas. —Marcelo hizo una pausa para mirar de reojo al gran pulpo—. Tal vez pueden comprender todo lo que estamos hablando ahora mismo.

MENSAJE DE TALENTO

La cantina del Exovillage le recordó a Verne a un deprimente hogar de veteranos de guerra. Más allá de las mesas espartanas con las fiambreras ya dispuestas delante de las sillas, la otra mitad del recinto constaba de varios sofás con almas tristes frente a una gran pantalla de televisor.

En un lateral del iglú había cabinas de realidad virtual. El hecho de que estuvieran vacías podía significar dos cosas: o todos habían agotado ya las posibilidades del videojuego, o bien no querían añadir a su encierro una nueva capa ajustada a su cabeza.

Verne levantó la fiambarrera que llevaba su clave y la hora asignada para cenar. Las limitaciones del espacio obligaban a respetar los turnos de manera escrupulosa.

Dos hamburguesas vegetales y un par de hojas de lechuga lunar eran el menú de aquella noche para mantenerle vivo.

Los problemas digestivos provocados por la baja gravedad, que no permitían a los fluidos desplazarse con normalidad, le habían impedido comer desde su llegada a la colonia. Por primera vez sintió un poco de apetito, así que empezó con las hamburguesas.

El primer bocado demostró que los saborizantes a carne estaban bien conseguidos. Decidido a engullir el menú, por mucho que le costara, se estaba refrescando de la primera hamburguesa mascando una hoja de lechuga cuando se iluminó su brazalete.

[002 > 068] BUENAS NOCHES, SOY DEBORAH. ACABO DE RECIBIR AUTORIZACIÓN PARA QUE TE INCORPORES MAÑANA A TU PUESTO DE TRABAJO.

CUANDO TE LEVANTES, PUEDES PASAR POR LA OFICINA DE TALENTO. ESTÁ AL LADO DE MI DESPACHO.

Verne no sabía dónde quedaba eso, pero no perdió el tiempo en preguntarle. Solo debía trazar la clave de Marcelo, que se pondría a su servicio los próximos quinientos cuarenta y cinco días para lavar injustificadamente su mala conciencia.

[068 > 002] MUCHAS GRACIAS POR AVISARME, DEBORAH. NO ME GUSTA ESTAR SIN HACER NADA, COMO UN HÁMSTER EN SU JAULA. ¿PUEDE HACERTE UNA PREGUNTA?

[002 > 068] sí.

[068 > 002] ¿EN QUÉ CONSISTIRÁ MI TRABAJO?

Verne atribuyó a los fallos de la Exonet el hecho de que la respuesta tardara más de quince segundos en llegar.

[002 > 068] MAÑANA LO SABRÁS. NO TENGO INFORMACIÓN ACTUALIZADA SOBRE TU PUESTO. ERES UNA CONTRATACIÓN DIRECTA DEL JEFE.

[068 > 002] ¿TE REFIERES A KUMAR? ME HAS DEJADO SIN PALABRAS.

[002 > 068] ESO ES LO MEJOR QUE PUEDES HACER: CALLARTE. ENTIENDO QUE ESTÉS INTRANQUILO ANTE LA INCERTEZA, PERO PONERNOS NERVIOSOS NO SIRVE DE NADA A TRESCIENTOS OCHENTA Y CUATRO MIL CUATROCIENTOS KILÓMETROS DE LA TIERRA.

El tono del mensaje no era motivador ni mucho menos gentil, así que Verne decidió no seguir preguntando.

[068 > 002] MAÑANA ESTARÉ ALLÍ NADA MÁS LEVANTARME. PONDRÉ LA ALARMA DE LA PULSERA A LAS OCHO, YA QUE AQUÍ ES SIEMPRE DE NOCHE.

[002 > 068] PERFECTO, VERNE. MIENTRAS TANTO, TE RECOMIENDO QUE VAYAS AL TEATRO LUNAR PARA RELAJARTE. EN MEDIA HORA SE PROYECTA PARA LOS EMPLEADOS EL DOCUMENTAL QUE VERÁN LOS CLIENTES TRAS SU LLEGADA.

[068 > 002] IRÉ, DEBORAH. TE AGRADEZCO LA SUGERENCIA. BUENAS NOCHES.

Terminada la comunicación, Verne respiró hondo. Se conocía suficiente para saber que, si se retiraba ahora a su camarote, pasaría la noche dándole vueltas a lo que podía ser su puesto en la ciudad lunar.

29

UFO CAFÉ

Lo más interesante del documental fue saber que en la Luna había trece mares más secos que las esperanzas de Verne, y diecisiete cráteres con nombres de filósofos antiguos. Ninguno de ellos había sido jamás un volcán, sino que eran producto del impacto de meteoritos.

Supo también que el día lunar duraba cerca de catorce días terrestres, con una temperatura que doblaba la máxima terrestre: hasta ciento once grados. Luego venían otros catorce días de noche, con temperaturas de hasta ciento noventa y tres bajo cero. Estas temperaturas extremas hacían inviable la vida en la Luna, fuera del Exovillage.

Mientras la cámara recorría aquella geografía gris y sin vida, la dramática voz en *off* hablaba de hasta cuatro clases de terremotos que se producían en el satélite, además de un proyecto para producir oxígeno a partir de la ilmenita, un compuesto muy abundante en el suelo lunar.

Hundido en su asiento ergonómico, Verne estaba ya ante los créditos finales cuando dos figuras se plantaron delante de él.

Tras mirar a uno y otro alternativamente, deseó desintegrarse en aquella misma silla.

—¿Te has quedado dormido? —le preguntó Moira, que iba de la mano con quien había sido su guía aquella tarde.

—No, pero debería meterme en mi cabina ya. Acabo de saber que mañana me incorporo a mi trabajo. —Antes de que pudiera preguntarle, precisó—: No tengo ni puñetera idea de en qué consiste.

—Da igual, ¡vamos a celebrarlo!

—Tenemos tres créditos para el UFO Café —añadió Marcelo, cohibido, como si su mano sostuviera la de alguien que había usurpado.

Verne se había propuesto no dejarse humillar por ellos, más concretamente por Moira, así que levantó la voz tratando de sonar natural.

—¿Me invitáis a una copa? Vamos para allá.

El UFO Café estaba al final de uno de los túneles que aún no había recorrido. Separado del complejo por un pasillo-tentáculo transparente, su forma de platillo volante retro hacía honor a su nombre. En aquel momento había media docena de empleados charlando en una barra circular.

En el centro del espacio, una pista en la que solo bailaban las luces.

—Queremos que nos cuentes cosas de la Tierra —pidió Moira con absoluta normalidad—. Me siento como si llevara años aquí. Peor que eso... como si mi vida anterior hubiera sido un sueño que no volverá. Es una sensación común aquí, ¿verdad, Marce?

El aludido cabeceó en señal de asentimiento.

Por primera vez en diez años, Verne sintió que Moira le caía mal. Aunque se esforzara en ocultarlo, estaba resentido. Le parecía mucho más humano y considerado aquel cerebritito de gafas sucias y atenciones excesivas.

—Primero quiero esa copa a la que me ibais a invitar. ¿Dónde está?

Siempre solícito, Marcelo levantó el brazo. Un camarero de facciones orientales pasó un lector por su brazalete para succionar los créditos.

—¿Qué te apetece? —le preguntó Moira—. Nosotros tomamos *gin-tonic* sin alcohol. Aún no se ha inventado el alcohol en polvo, como todas las bebidas que se sirven a los empleados.

Después de pedir lo mismo, Verne se dijo que en aquella cárcel suspendida en el aire ni siquiera podría evadirse a través de la bebida, un detalle que no había tenido en cuenta y que volvía su horizonte aún más oscuro.

Se propuso aguantar diez minutos aquella embarazosa compañía y luego largarse a dormir, pero Marcelo —Marce para su novia— se le adelantó.

—Chicos, os dejo solos. Estoy molido. Como viejos amigos que sois, seguro que tendréis mucho de que hablar.

Antes de que Verne pudiera retenerle, el ingeniero y biólogo abandonó el platillo a una velocidad que no estaba causada por la falta de gravedad. Justo entonces, un hombre canoso y barrigón se levantó de la barra y, tras ver cómo Marcelo desaparecía por el tentáculo, dirigió su mirada a Moira y Verne.

La expresión de ella había abandonado la placidez frívola y ahora destilaba ansiedad. Viró en su taburete giratorio hacia él y, para su estupefacción, le tomó las manos.

—Lo siento, Verne. Solo puedo decir que...

La conversación fue abortada por la llegada del gigantón, que, dando un paso hacia ellos, dijo:

—Me permito interrumpiros un instante, enseguida os dejo solos...

—No te preocupes, Siggy —le saludó Moira con familiaridad, devolviendo las manos a su regazo—. ¿Ha pasado algo?

—Aún no. Hasta la llegada de los peces gordos, no debería pasar nada especial. —Y, dirigiéndose a Verne, añadió—: Por cierto, soy el sheriff al cargo de la ciudad lunar. Por si me necesitas en el futuro, mi clave es 066.

Verne le dio la suya, solo dos números más alta, lo cual le llevó a suponer que el policía del Exovillage —con toda probabilidad, un agente retirado— había viajado en su misma nave. Se había encontrado tan mal durante el viaje que no había reparado en él.

—Espero no necesitarte —dijo Verne—, aunque si tienes acceso a todo el mundo aquí, podría preguntarte mil cosas...

—Mil cosas serían demasiadas, pero dos o tres preguntas sí puedo contestar —sonrió orgulloso.

—¿Has visto a Kumar? ¿Dónde está?

El tal Siggy liberó una carcajada que reveló que le faltaba una pieza dental. Sin duda, ser contratado en el Exovillage había sido el golpe de suerte de su vida, pensó Verne.

—Nadie sabe dónde está. Tal vez haya muerto, como dice tanta gente. Corre el rumor de que desapareció ahí fuera —explicó, señalando una de las ventanitas del UFO—, que se equivocó en los ajustes del traje de astronauta y murió congelado y sin oxígeno en algún sitio del desierto lunar.

—Como sheriff de la colonia, quizás deberías salir a comprobarlo...

—Eso, jamás. Mi jurisdicción termina en los espacios interiores donde estamos enjaulados. No me está permitido salir, igual que a vosotros, y doy gracias a Dios de que sea así.

Verne tuvo la certeza de que aquel viejo diablo repetiría esas mismas frases a todo aquel que quisiera escucharle, en especial cuando llegaran los clientes. Aprovechó para hacerle una última pregunta.

—Tú que conoces mejor que nosotros lo que se cuece aquí... ¿Sabes cuál será mi tarea en el Exovillage?

Las grandes bolsas bajo sus ojos se hincharon mientras Siggy le miraba con fingida seriedad. Luego le dijo:

—He oído cosas... Pero lo único que sé seguro es que se ha creado un nuevo puesto para ti.

EL ESPECTÁCULO MÁS GRANDE DESDE EL BIG BANG

Como si el turno de noche del UFO Café hiciera pruebas de cara a las verdaderas fiestas de los millonarios, que pagarían el sueldo de un mes por cada trago, de repente estalló un tema de rock de otros tiempos. Tenía un romanticismo enérgico y estaba cantado en italiano.

Il più grande spettacolo dopo il Big Bang
Il più grande spettacolo dopo il Big Bang... [1]

Lo insólito de aquella sesión de discoteca a todo volumen era que ya solo quedaban ellos dos en el recinto. Verne se preguntaba si sería una broma del camarero asiático, aunque también podía ser su forma de echarles del establecimiento.

Moira rozó su oreja con la punta fría de la nariz, como en los viejos tiempos, y le susurró:

—La he pedido yo. ¿No te apetece bailar? Aquí se puede hacer algo más que eso...

Sin caer en lo que significaba esto último, mientras la seguía hasta la pista vacía, por un momento Verne se sintió transportado a otras noches, muchos años atrás y a cientos de miles de kilómetros.

Moira y él brincando en la primera fila de un concierto alternativo, celebrando la única canción que conocían.

Moira y él en un baile para recaudar fondos para combatir enfermedades extrañas, tan extrañas como aquel amor que no había logrado sanar en diez años.

Moira y él celebrando el Año Nuevo en la playa, danzando alrededor del fuego mientras Verne formulaba deseos inconfesables.

Il più grande spettacolo dopo il Big Bang
Il più grande spettacolo dopo il Big Bang...

Con una rápida flexión de rodillas, Moira se elevó casi un metro por encima de la pista, como si la balada rock le hubiera concedido el poder de volar. Y de algún modo era así, porque Verne recordó de repente que aquel era el único lugar de la colonia lunar donde estaba permitido despegarse del suelo.

La altura del UFO Café y las pequeñas ventanas del borde circular que daban al desierto lunar hacían de aquel un lugar a prueba de colisiones.

Moira iniciaba su tercer vuelo, atravesando la pista de una zancada, cuando Verne se impulsó verticalmente hacia arriba. Como en un número de trapecistas, pero sin trapecio y a cámara lenta, sus manos se encontraron en el aire y, tras ensamblarse, lograron girar juntos en el descenso a la pista.

Pese a las suelas de plomo de las botas, la falta de peso hizo que Verne calculara mal el contacto con el suelo, y cayó de espaldas al ralentí.

Moira podría haber soltado sus manos para no trastabillar también, pero eligió seguirle en el lento batacazo hasta que el cuerpo de ella alunizó sobre el de él.

*Il più grande spettacolo dopo il Big Bang
siamo noi
io e te[2].*

Con sus rostros rozándose, durante los segundos que permanecieron en el suelo, Verne sintió que su ira se venía abajo como un castillo de naipes. Allí y entonces, con el cuerpo de ella accidentalmente —o no— sobre el suyo, supo que por muchas torpezas que Moira cometiera, aunque no le hubiera esperado ni cuarenta y ocho horas tras compartir su deseo, jamás lograría odiarla.

Peor que eso, en el suelo del UFO Café donde el camarero los miraba con fastidio, él supo que siempre iba a amarla. Aunque sus azares mal sincronizados impidieran su unión, aunque en un futuro aceptara los cuidados de otras mujeres para anestesiar su amor, en lo más profundo de sí mismo nada cambiaría.

Su alma ya había escogido por él, hacía tiempo de eso. Una década. Y, aunque fuera una maldición, jamás podría sentir por nadie lo que sentía por Moira.

—*Finito!*

El camarero había recurrido al idioma de la canción ya extinta para echarles.

Verne se levantó, avergonzado. Sus cinco segundos de gloria habían sido contemplados por alguien que, en el próximo año y medio, sería un compañero de trabajo. Le incomodaba tenerle como testigo de su amor imposible.

—Ha sido genial volar contigo, Moira —le dijo él mientras abandonaban el platillo—. Ahora tendré con qué soñar cuando me meta en ese sarcófago blanco.

—No seas tonto... —le riñó, dándole un codazo en la cintura—. Antes de que te retires, quiero enseñarte un lugar. ¿Me acompañas?

—Claro, ¿es la Cueva de los Aborígenes?

—No, algo incluso mejor.

EL FIN DE LOS CIELOS AZULES

Verne había pasado un par de veces por el túnel de las suites lunares, pero nunca había pensado que entraría en una de ellas.

Moira aproximó su dedo índice a la nariz respingona, para indicarle que no revelara a nadie lo que estaban a punto de hacer. Luego acercó su pulsera a la puerta, que se abrió con perfecta suavidad.

—Es la más cara de todo el complejo. La única ventaja de trabajar en la Exonet es que tenemos acceso a todas las habitaciones para comprobar que funciona. Aquí me he echado más de una siesta...

Sin querer interpretar qué implicaba eso, Verne entró en la habitación de forma ovoide con la prevención de un ladrón de mundos prohibidos.

Construida como una burbuja achatada, sin una sola línea recta, la suite contaba con una bañera redonda, una mesa baja con almohadones y un colchón de dos por dos a nivel de suelo. A sus pies, la pared de cristal ofrecía un panorama que Verne no se había atrevido a soñar.

La Tierra que había abandonado pocos días atrás flotaba sobre el horizonte lunar como una solitaria bola de Navidad en el abeto cósmico. El reflejo de la luz solar iluminaba la mitad superior del globo, dejando a oscuras la parte del mundo de la que ellos procedían.

—Me produce vértigo darme cuenta de que he salido de ahí —dijo Verne en cuclillas sobre la moqueta sintética—. Es como si...

—Como si ya nunca más fueras a volver. Sé lo que sientes. Dicen que ese es el disparador de la melancolía lunar —completó ella mientras, sentada en el suelo, se sacaba las pesadas botas.

Con total naturalidad, Moira se bajó la cremallera de su mono de trabajo y se deshizo de él, quedándose en braguitas y una camiseta de tirantes. Luego se tumbó en un lado del colchón, dejando libre el más cercano al cristal.

Tratando de ocultar su turbación, Verne siguió su ejemplo. Ya con bóxers y un suéter con el logo del Exovillage, se tendió al lado de ella sin saber qué pretendía con aquel ejercicio de intimidad.

La visión insólita del globo terrestre le sirvió para vencer la tentación de mirar a su compañera de colchón en paños menores. Por la cadencia tranquila de su voz, Moira se mostraba serena y relajada.

—Cuando se haga de día, seguirás viendo este cielo negro como la tinta. Solo el suelo de lava basáltica está más brillante, además de que la temperatura sube doscientos grados. No esperes cielos azules en la Luna.

Verne se giró hacia ella, incapaz de seguir contemplando el mundo fuera de él por primera vez.

A un palmo de su cuerpo, Moira sonreía tumbada de lado. Esta vez con un buen motivo, su amor imposible no movería un dedo a menos que él se aventurara a hacer algo. Verne se dijo que, si en aquella Tierra ahora lejana no había pasado nada, estando ambos libres, el hecho de que estuvieran allí casi desnudos en la cama no significaba absolutamente nada.

Era solo una broma más del destino, que había decidido que ni en la Tierra ni en lugar alguno del universo él pudiera vivir el amor.

En medio de aquella dulce tristeza, la voz ligeramente oscura de ella le despertó de su ensoñación.

—No puede haber cielo azul porque la Luna no tiene atmósfera, que es como un lienzo que recoge los rayos del sol y les da la longitud de onda que nuestros ojos traducen en azul. El fenómeno se llama dispersión de Rayleigh.

—Ya... —suspiró Verne, devolviendo la mirada al viejo mundo.

La mano de Moira en su hombro provocó en su cuerpo una explosión de adrenalina.

—¿Estás bien?

—Sí... Desde esta nueva perspectiva —improvisó—, me doy cuenta de todos los lugares de la Tierra a los que me habría gustado ir.

—A mí me sucede lo mismo... Quizás solo por eso ya vale la pena haber venido. Aquí solo llega la gente que no sabe disfrutar de la vida.

Verne meditó un instante sobre el sentido de aquellas palabras. Para acabarlo de confundir, Moira puso su cabeza en el hombro de él, que inspiró con fuerza y encontró el valor para decir:

—Esto no está bien. Pueden vernos y extraer conclusiones equivocadas.

Ella soltó una risita antes de decir:

—Ahora mismo nos ven desde Oceanía, y no conozco a nadie allí. Podemos hacer lo que queramos.

Verne se giró hacia ella y trató de sondear sus ojos ligeramente rasgados y llenos de ambigüedad.

Una parte de él deseaba estrecharla en sus brazos y darle aquel beso en los labios tan largamente esperado. Sin embargo, esa proyección de su deseo se vio eclipsada por la imagen bonachona de Marcelo. Había sido idea suya que prosiguiera la noche a solas con su novia, una muestra temeraria de confianza, en vista de donde se hallaban ahora.

—Me voy o no respondo de mí —dijo Verne, incorporándose, en un ataque de sinceridad.

Moira se quedó en la cama, observando con curiosidad cómo aquel infeliz se vestía para salir de la mejor suite del complejo lunar.

Antes de que la puerta se sellara detrás de él, dejando al otro lado su amor y su deseo, oyó cómo ella decía:

—Gracias por haber venido.

32

UN ALMACÉN CERRADO

Tras pasar buena parte de la noche desvelado, la pulsera de Verne vibró a la hora fijada para presentarse en el cubículo de talento, un despacho al lado del de Deborah que nunca había visto abierto.

Allí le esperaba un hombre joven y enclenque de aspecto ratonil. En aquel momento surfeaba en una *tablet* su documentación, como los estudiantes que miran las materias instantes antes del examen.

Ni siquiera levantó la cabeza cuando Verne dio un paso dentro del pequeño espacio donde con suerte cabía una persona y media.

—Vengo a incorporarme a mi puesto —se presentó, sin saber aún lo que aquello implicaba.

—Aquí solo tienes que firmar. —Le ofreció un cuadrado táctil para que pusiera el pulgar—. Tu lugar de trabajo está en la zona restringida, solo Deborah te puede acompañar hasta allí.

Tras firmar un contrato que ni siquiera se dignó a leer, Verne esperó de pie, lleno de cavilaciones sobre lo que acababa de oír. El responsable de talento lo atravesó con una mirada antipática antes de decirle:

—Ya sabes dónde está el despacho de Deborah. Buena suerte con tu cometido.

Verne ni siquiera necesitó recorrer los escasos metros que separaban un cubículo del otro, porque la responsable de capital humano ya le aguardaba en el pasillo. Por la manera nerviosa con la que movía el pie dentro de su bota, empezó a sospechar que le iban a cargar algún muerto.

Caminaron juntos en silencio hasta el Ágora Lunar. Tras unos instantes de duda, Deborah le indicó que se acercara al acceso cerrado. Las miradas de varios operarios que trabajaban en la plaza se posaron en aquella puerta que había despertado toda clase de especulaciones.

—Por fin sabremos lo que hay ahí atrás —comentó Verne para sacudirse los nervios.

—Di *sabré*, en singular. Hasta que no se abra al público, nadie más que tú tiene acceso a esa zona. Por tu propio bien, espero que lo respetes, Verne.

Aturdido, acercó la pulsera a la puerta prohibida, que se deslizó suavemente mostrando un túnel transparente que, una docena de metros más adelante, llevaba a otra puerta sellada.

Por la distancia a la que se encontraba del corazón del Ágora, Verne entendió que se trataba de un edificio separado del complejo, un lugar especial conectado por aquel largo tentáculo.

Cuando el primer acceso se cerró a sus espaldas, Verne caminó hacia su destino en la colonia lunar con la inquietud de quien se dirige a un extraño cadalso.

Al acercar su muñeca a la segunda puerta, esta también se abrió, dándole paso a lo que a primera vista parecía un almacén. De forma circular y con una cúpula de cristal, el espacio estaba forrado de estanterías metálicas vacías que se adaptaban al espacio curvo. Solo quedaba libre un trozo de pared de la que partía otra puerta, tal vez hacia un segundo almacén.

Verne ni siquiera comprobó si podía abrirla. Estaba demasiado excitado tratando de adivinar qué clase de lugar era aquel. Con una gran mesa lacada en negro en el centro de la estancia, a un

lado había un asiento de respaldo cómodo y, al otro, dos sillones de diseño estilizado.

Una lámpara flexible se inclinaba sobre la mesa, sugiriendo que allí se haría alguna clase de estudio.

Antes de sentarse, Verne paseó la mirada por las pilas de cajas de aluminio cerradas que rodeaban el escritorio.

Por la disposición de los asientos, aquello tenía que ser un punto de consultas, se dijo él, un espacio apartado donde recibiría a los millonarios de forma individual o por parejas.

En medio de aquel almacén lleno de cajas por abrir, le asaltó un repentino temor. ¿Volvería a ejercer de consultor existencial a trescientos ochenta y cuatro mil kilómetros de la Tierra? Tal vez en la administración hubieran investigado su verdadero currículum, y les había parecido simpático ofrecer aquel servicio a los exoturistas. Una estancia en la Luna era el entorno ideal para que un experto en tarot predijera lo que les esperaba a su vuelta.

La hipótesis no parecía descabellada, pero Verne se preguntaba para qué serían necesarias entonces todas aquellas cajas por abrir y qué contenían. Para las tiradas él solo necesitaba una *tablet*, a veces incluso ni eso.

Decidido a desvelar el misterio, se agachó sobre la primera caja de aluminio, que era bastante voluminosa. Liberó los seguros de la tapa hermética y la dejó sobre la mesa.

Al mirar en su interior empalideció, al tiempo que sentía un sudor frío en la nuca. Paralizado, necesitó un minuto largo para aceptar que lo que estaba viendo era lo que pensaba, y no un holograma del objeto en cuestión.

Metió las manos temblorosas en la caja, como quien manipula un artefacto explosivo, hasta sacar aquello.

Debía de pesar algo menos de medio kilo, pero necesitó sentarse para que las piernas no se le doblaran de la emoción.

Era un libro.

Nunca había tenido ninguno real en sus manos, ni conocía a nadie que hubiera podido tocar uno. La prohibición del papel desde los pactos de Fráncfort hacía de aquello una posibilidad inimaginable.

Mientras trataba de serenar la respiración, el solo hecho de rozar con los dedos la cubierta de tela y el título en relieve le provocó un escalofrío.

UPANISHADS



Enseñanzas del alma del hinduismo

Con la ansiedad y turbación de un adolescente que acaricia el cuerpo de su primera pareja, sus dedos empujaron el bloque de páginas hasta abrir el libro por la mitad.

Por primera vez en su vida —aquel lugar estaba lleno de primeras veces—, sus ojos se posaron en una frase de tinta sobre la superficie blanca de papel.

Aquel que considera a la divinidad distinta de sí y piensa «la divinidad es una cosa y yo soy otra», ese

tal no conoce nada.

Tras esta breve lectura, sintió que la emoción podía con él. Sosteniendo el libro en las manos como un recién nacido, Verne empezó a llorar.

EL BIBLIOTECARIO

Las horas que siguieron a aquel primer hallazgo se esfumaron como charcos en el desierto. Bajo el volumen de los *Upanishads*, Verne encontró otros libros de papel y tinta de distintas tradiciones espirituales. Una edición del *I Ching*, de Richard Wilhelm, con una colaboración de Jorge Luis Borges. Una publicación ilustrada de gran formato del *Tao Te Ching*. Rarezas como *La nube del no saber*, de un místico inglés del siglo XIV del que no se conocía el nombre.

Como una comadrona que asear cada criatura que llega al mundo, Verne se había entregado a una labor meticulosa y concienzuda. Tras ser rescatado de su sarcófago metálico, el libro aterrizaba suavemente sobre la mesa negra. Con una gamuza que había encontrado en el cajón del escritorio, frotaba la encuadernación con delicadeza, y luego sacaba el polvo del lomo con el mismo cuidado.

Solo entonces lo trasladaba a una estantería elegida.

Jamás había hecho aquella tarea, puesto que tener un libro en las manos siempre fue un sueño prohibido. Mientras seguía abriendo cajas y limpiando volúmenes para agruparlos verticalmente en las estanterías, se dijo que a los criminales les debía suceder algo parecido a lo que estaba experimentando. El primer asesinato costaba. El segundo apenas creaba mala conciencia. El tercero se vivía con naturalidad, y el resto eran ya meros peajes en la travesía normal de la existencia.

Desde que iniciara sus estudios en filología, le habían inculcado que utilizar los árboles como soporte de los textos era una aberración, una barbarie comparable al canibalismo de las tribus. La tenencia de un solo libro como aquellos que estaba manipulando tan alegremente se pagaba con la cárcel. Sin embargo, tras el shock de tener el primer ejemplar en sus manos, a medida que pasaban las horas sentía que todo su ser fluía con esa labor propia de otro siglo. Y se sentía exageradamente bien.

Aquellas reliquias polvorientas actuaban como una potente droga que activaba todo su cuerpo y le inundaba de una felicidad inaudita. Verne no recordaba haber sentido algo parecido desde su primera cita con Moira, que prometía un paraíso en el que nunca llegó a entrar.

Pero los libros sí estaban abiertos para él, dispuestos a revelar sus secretos, y en aquel momento no había nada que deseara más que terminar con la limpieza y clasificación para sentarse al escritorio a leer. El latigazo que había provocado en su alma una sola frase era un aviso. Sospechaba que la lectura de un libro sería algo distinto a toda su experiencia con pantallas y audiolibros.

Con la excitación de un niño que desenvuelve regalos en Navidad, al acabar de abrir las cajas se dio cuenta de que tenía en sus manos una colección de obras espirituales. No había ninguna novela entre el centenar y medio de libros que ya reposaban en las estanterías, a no ser que la Biblia y otros tratados espirituales se consideraran narrativa de ficción.

Verne se preguntaba dónde habría conseguido el dueño del Exovillage todo aquello, y cómo se

atrevía a contravenir las leyes internacionales de ese modo. Cada uno de los ejemplares debía de costar una fortuna, y comprador y vendedor se exponían a castigos severos. Por fuerza, pensó, Kumar debía de haber comprado la biblioteca entera a un iluminado que la guardaba en algún sótano o desván.

La mayoría de aquellas ediciones previas a la prohibición del papel reproducían antiguas escrituras, como las que había estudiado en la universidad. Lleno de asombro, Verne empezaba a comprender por qué había sido seleccionado. Nadie había valorado su falso currículum de camarero, ni tampoco su vergonzosa tarea como consultor espiritual. Sin duda, habían explorado las redes hasta saberlo todo sobre él. Eso le había otorgado el puesto más insólito que pudiera imaginarse.

Estaba al cargo de la biblioteca de la Luna.

Terminada la clasificación, Verne se paseó por las estanterías con el orgullo de un bibliotecario a la antigua usanza. Le dolía en el corazón que las manos mezquinas de los millonarios tocaran aquellas piezas únicas, pero sin duda su función sería orientarles y facilitarles aquella experiencia extraordinaria. Para ello debería elaborar un índice y un texto de presentación para los turistas, con indicaciones para el buen cuidado de aquellas joyas.

De todo el alijo que acababa de desenterrar solo había dos obras relativamente modernas que no sabía en qué sección ubicar.

Una era un libro anónimo de 1964, *The impersonal life*[3], en su edición de Graceland promovida por Elvis Presley. En la cubierta roja aparecía un retrato del Rey del Rock y, más grande que el título, *El pequeño libro en el que Elvis encontró la luz*.

En la contracubierta se explicaba que Elvis lo había descubierto en 1964, a través de su peluquero, y desde entonces había leído y releído las doscientas cincuenta y dos páginas de aquel librito repetidas veces. Y no solo eso, sino que el resto de su vida había regalado decenas de ejemplares a sus amigos para poder discutir sobre su contenido.

La noche de su muerte tenía un ejemplar de aquel misterioso libro en sus manos.

Sin saber qué pensar sobre aquello, Verne decidió guardarlo en el cajón del escritorio.

El otro libro inclasificable era *A papoila e o monge*[4], un libro de haikus publicado en 2013 por José Tolentino Mendonça, un arzobispo portugués aficionado a la poesía.

Siguiendo su instinto, por alguna razón, Verne lo dejó sobre la mesa de bibliotecario, ligeramente a la derecha de donde se sentaría gran parte del siguiente año y medio de su vida.

CUANDO ESTO SE SEPA EN LA TIERRA

—Tienes el mejor puesto de toda la colonia —dijo Marcelo mientras comían en las fiambreras el sucedáneo de carne con polenta—. Estoy feliz por ti, te lo mereces.

Verne escaneó con la mirada las mesas de la cantina, pero Moira no estaba allí.

Mientras tragaba con esfuerzo la última cucharada de la comida, se preguntó si aquel hombre que quería imponerle su amistad sabía que había compartido lecho con su novia, aunque no hubiera nada de lo que arrepentirse. Por la naturaleza complaciente de aquel tipo, se dijo que Marcelo sería capaz incluso de alegrarse por ello.

—No sé si es el mejor puesto —repuso Verne, tratando de ocultar la euforia que le poseía desde que había iniciado su labor—, pero me temo que cuando baje a la Tierra tendré que dar cuentas a la policía.

—Yo de ti no me preocuparía por eso.

—¿Cómo que no? Se considera un delito muy grave el solo hecho de...

—Eso según las leyes de la Tierra —le cortó Marcelo—, fuera de ella estamos exentos de cumplirlas. Cuando se firmaron los pactos de Fráncfort no se dijo nada de libros o bibliotecas fuera del planeta. Supongo que en aquel momento no previeron que algo como el Exovillage llegaría a existir.

—Tiene sentido lo que dices.

—Tal vez Kumar estuviera loco —dijo, cerrando la fiambarrera con sus manos extremadamente blancas—, pero no se puede negar su genialidad. Ha instalado una biblioteca en el único lugar donde no rigen las leyes internacionales. Además, cuando esto se sepa en la Tierra será un plus que atraerá a nuevos clientes que quieran vivir la experiencia. —En este punto se levantó, y señalando la máquina de infusiones, le preguntó—: ¿Bajamos a tomar un café?

—¿Bajar? ¿Adónde?

Marcelo barrió con la mirada la cantina antes de susurrar al oído del bibliotecario:

—A la Cueva de los Aborígenes. Quiero contarte algo...

Diez minutos más tarde, Verne sostenía su taza de café soluble frente al tanque del pulpo gigante. Aprovechó la tregua de silencio que le había brindado el ingeniero para dejarse absorber por la penumbra azul, mientras el «aborigen» le aguantaba la mirada moviendo muy lentamente las patas.

Las crías pequeñas se arrastraban por el suelo del acuario, como una extraña familia de arañas marinas.

En un estado cercano a la meditación, Verne se dio cuenta de que, en cierto modo, se sentía como aquellos pulpos: en su lugar y a su vez fuera de él. Como ellos, flotaba en un océano de incertidumbre.

Nada estaba saliendo como había previsto desde su ya inesperada salida de la Tierra.

Moira se había comprometido con otro tipo que, para más inri, trataba de erigirse como su

mejor amigo.

Él se encontraba al cargo de una biblioteca sobre la que nadie le había dado instrucciones — estaba solo con todas aquellas reliquias— y donde, hasta que llegaran los visitantes, nadie más que él estaba autorizado a entrar.

La voz aflautada de Marcelo le arrancó de aquel estado de evanescencia mental.

—Fíjate bien en ellos... ¡Qué cabezas! Ciertamente, no me parecen animales.

Como si despertara de un sueño para entrar en otro sueño más extraño aún, Verne observó con desconfianza los movimientos de los niños-pulpo alrededor del gran patriarca, que no les quitaba el ojo de encima. En efecto, aquella cabeza monstruosa parecía demasiado grande para el pequeño mundo de aquel cubo de cristal.

En un tono de confidencia, Marcelo señaló al gran pulpo y declaró:

—Moira sospecha que es él quien hace fallar la Exonet.

LA ESCUELA DEL SILENCIO

*El silencio raramente es vacío
dice alguna cosa
dice lo que no es*

En la soledad de su biblioteca, Verne meditaba sobre el primer haiku que había leído en el libro de José Tolentino.

¿Qué es lo que dice el silencio? ¿Qué es lo que no es?

Dado que nadie le había dado instrucciones, ni siquiera un horario de trabajo, asumía que era jefe de sí mismo. Había decidido dedicar la tarde a catalogar por escrito aquel fondo de libros reales. Sin embargo, antes de que pudiera ponerse a la tarea, el libro del religioso portugués había captado su atención.

Tras levantarlo con cuidado de la mesa, había empezado a leer la primera parte del poemario, que se titulaba «Escuela del silencio».

Desde que había tomado el mando de la biblioteca de la Luna, sentía que aquella misión le absorbería como un agujero negro. Acababa de empezar y no veía el momento de completar la catalogación. Hecho esto, se había propuesto leer cada uno de aquellos libros, que sintetizaban el afán del ser humano de ir más allá de sí mismo.

Las primeras tres secciones las tenía muy claras.

Había tres docenas de libros de las tradiciones monoteístas, la mayoría ediciones bilingües para los que fueran capaces de leer en hebreo, arameo, griego bíblico o quraix, la esencia de la lengua árabe.

Fuera de él y de sus compañeros de promoción, Verne no conocía a nadie que comprendiera aquellos idiomas fósiles, pero le pareció una noticia maravillosa que estuvieran en aquellas páginas para que el lector experto los devolviera a la vida.

La segunda sección englobaría las escrituras del hinduismo y otras tradiciones del subcontinente indio: jainismo, mazdeísmo, sikhismo. Por supuesto, también los clásicos del budismo, del que contaba con versiones bilingües en pali e inglés.

En el tercer bloque había colocado medio centenar de obras de China y Japón, desde los precursores del taoísmo a los clásicos del zen.

Verne se había propuesto entrar de forma ordenada la referencia completa de cada título en un archivo digital, pero su cabeza se desviaba hacia *La mariposa y el monje*.

Tomándolo por segunda vez en sus manos, la lectura de un nuevo haiku estaba a punto de tener consecuencias inesperadas.

*La historia relata lo que aconteció
el silencio narra
lo que acontece*

Esta última línea le provocó un frío repentino en la espalda. Verne se giró, como si quisiera leer en el aire el mensaje sin palabras que le acababa de llegar. Sus ojos alcanzaron entonces el único trozo de pared sin estanterías.

Al entrar por primera vez aquella mañana, se había dado cuenta de que allí había o había habido una puerta.

La borrachera bibliófila que le embargaba desde que abriera la primera caja le había hecho olvidar aquel detalle.

Levantando el trasero del asiento por primera vez en largo rato, dio tres pasos hasta plantarse delante de aquel trozo de pared desnuda. Al acercarse su brazaletes, la puerta se deslizó lateralmente, confirmando su primera impresión.

Pese a estar en sombras, fue capaz de percibir que el segundo almacén tenía como mínimo las dimensiones de lo que ya era una biblioteca de pleno derecho. Al pasar al interior, la puerta se cerró tras de él a la vez que se encendía en el techo una tenue luz anaranjada.

Fue suficiente para que Verne se quedara asombrado por segunda vez aquel día. Un vehículo lunar ocupaba el centro del anexo, donde un traje de astronauta en la pared, junto a otro de menor tamaño, parecía esperar a su dueño.

ÉXODO LUNAR

Técnicamente era un suicidio. Salir a la superficie lunar sin un piloto de la colonia ni el entrenamiento necesario implicaba que Verne moriría ante el error más nimio. Aun así, quizás influido por el misticismo de aquella biblioteca, estaba determinado a abandonar el complejo.

Para ello había dedicado dos horas a leer las instrucciones del traje de astronauta que había encontrado en el garaje del Rover espacial.

Tras calzarse las botas, que coincidían extrañamente con su número de pie, se enfundó aquel mono gris de un material grueso parecido al neopreno. Lejos de los trajes por piezas de las misiones Apolo, para sobrevivir en el exterior solo era necesario activar el «biotraje», como se denominaba en las instrucciones.

Al hacerlo, aquella piel sintética pareció inflarse, pegándose a su cuerpo.

Según había entendido, entre las capas que lo conformaban había un líquido para compensar automáticamente la temperatura de la Luna —extremadamente fría o caliente—, de modo que dentro del biotraje el astronauta se mantuviera a una temperatura constante.

Los últimos dos pasos fueron ajustarse la mochila con el depósito de oxígeno y el transmisor de radio y finalmente el casco. Al cerrarlo herméticamente con cuatro anclajes, siguiendo las indicaciones, un monitor interior se encendió a la altura de su barbilla.

Cada vez más nervioso, comprobó que el circuito de aire se había activado correctamente. Podía respirar.

El «vehículo itinerante» le daba menos miedo. Era un Rover descubierto para dos pasajeros no muy diferente a un tractor, pero con ruedas más pequeñas y gruesas. Contaba solo con dos asientos, por lo que los privilegiados que habían pagado las excursiones lunares contarían siempre con un chófer con la formación adecuada.

Verne había visto un par de ellos en la cantina. Eran tipos jóvenes y arrogantes, como pilotos de fórmula uno, aunque el cacharro que conducirían no superaba los cuarenta kilómetros por hora y no podrían quitarse aquella pesada escafandra en ningún momento.

Para evitar fallos electrónicos, la conducción era totalmente manual.

Después de comprobar que la batería estuviera completamente cargada, Verne encendió el motor y se encomendó a todos los santos.

Pisando el pedal con mucho tiento se acercó a la pared donde terminaba el segundo almacén. El acceso a la zona 3, la cabina de intercambio que se mencionaba en las instrucciones, se abrió verticalmente y cayó detrás de él como una guillotina una vez que hubo pasado al otro lado.

«Bueno, Verne... —se dijo ante la última frontera entre la protección del complejo y el desierto lunar—, ahora viene cuando mueres o te expulsan inmediatamente de la colonia. En ambos casos será para siempre».

No tenía duda de que su salida del módulo de la biblioteca sería percibida por el personal de la ciudad lunar, si no fallecía por la radiación o por el cambio de temperatura nada más salir.

Pero Verne no había llegado tan lejos para dar marcha atrás, así que avanzó lentamente hacia el último panel de la zona de intercambio, que se levantó dejándole vía libre al espacio exterior.

Pese a que el visor del casco tenía triple cobertura, el vehículo descapotable y la luz que reverberaba en el suelo de la Luna le permitieron ver que la orografía era más accidentada de lo que le había parecido desde el Exovillage.

El terreno polvoriento, formado por un material gris llamado regolito, estaba lleno de pequeños desniveles que desestabilizaban el Rover a cada momento, amenazando con hacerlo volcar.

Cerca de sucumbir al pánico, Verne redujo la velocidad. No tenía instrumento alguno de navegación, así que se había propuesto avanzar en línea recta dentro de lo posible. Para regresar, solo tendría que seguir sus propias huellas.

Llevaba quince minutos conduciendo cuando se dio cuenta de que aquel terreno lleno de pequeñas elevaciones era un monótono erial. Tenía la sensación de deslizarse sobre montones de polvo, en un horizonte sin fin que se recortaba contra el negro.

Empezaba a considerar dar media vuelta cuando al pie de una pendiente que se elevaba como una ola muerta distinguió un elemento de origen humano.

Sabía por Marcelo que el lugar de aterrizaje del Apolo XI quedaba a trescientos kilómetros de allí, en el mismo Mar de la Tranquilidad, por lo que aquello solo podía pertenecer a la colonia lunar que había abandonado.

Llevando su temeridad al límite, Verne detuvo el vehículo. Desconocía cómo funcionaba el sistema de radio. Pensó que probablemente lo tenía desactivado, por lo que si no lograba encender el motor de nuevo, el suministro de aire se le agotaría antes de lograr regresar a la base.

A pesar de todo, saltó fuera del vehículo itinerante para explorar lo que parecía una señal sostenida por dos pequeños pilares.

Sin la protección relativa que le otorgaba el Rover, al ponerse a andar por aquel montón de polvo incandescente tuvo conciencia de lo que era estar absolutamente solo y perdido. Estaba tan impresionado por la muerte que le rodeaba por todas partes que ni siquiera se atrevió a saltar.

Luchando por mantener a raya la ansiedad, caminó hasta aquel elemento extraño clavado en la polvareda espacial.

En efecto, se trataba de un cartel dirigido a humanos. A un humano como él.

ZONA DE PELIGRO
NO PASAR

Antes de iniciar el regreso al vehículo, Verne necesitó tocar con su guante aquella insólita señal en medio de la nada lunar. Su sola presencia demostraba que alguien había llegado hasta allí. Y quizás incluso había logrado volver.

37

¿CÓMO ES UN LIBRO?

Una luz verdosa palpitaba en la oscuridad. La pequeña vibración en su muñeca acabó despertando a Verne, que necesitó un rato para comprender dónde se encontraba.

Tras darse cuenta de que estaba en su camarote, respiró aliviado. Eso confirmaba que había logrado regresar de su temeraria huida del complejo. Tras dejar el Rover en su garaje y quitarse en biotraje, la desolación que había visto ahí fuera hizo que su cabina le pareciera el hogar más acogedor en aquella parte del universo.

Al activar el mensaje vio que era de Moira.

[027 > 068] HOLA, VERNE, ¿DÓNDE TE HAS METIDO?
ESTÁS TOTALMENTE DESAPARECIDO...
EMPIEZO A PENSAR QUE TIENES UNA AMANTE EN LA COLONIA.

[068 > 027] NO ESTARÍA MAL, PERO HE ESTADO SOLO POR AHÍ.

[027 > 068] ¿POR AHÍ? ¿QUÉ QUIERES DECIR CON ESO?

El tono del mensaje le hizo deducir que Moira no tenía la menor idea de su aventura espacial, lo cual no dejaba de sorprenderle. Desde que se encerrara en la cabina pasada medianoche, había esperado que en cuestión de minutos llegase Deborah, el sheriff de la colonia o ambos para comunicarle su expulsión del Exovillage. Sin embargo, nada de eso había sucedido.

¿Era posible que no hubiera ninguna clase de control sobre lo que sucedía alrededor del complejo?

[068 > 027] HE ESTADO MUY OCUPADO ORGANIZANDO LA BIBLIOTECA.
ME GUSTARÍA ENSEÑÁRTELA. TAMBIÉN A MARCELO, CLARO.

[027 > 068] NADIE TIENE ACCESO A ESA ALA FUERA DE TI, YA LO SABES.
HASTA QUE NO SE ABRA OFICIALMENTE, ERES UNA ESPECIE DE MONARCA EN UN REINO SIN SÚBDITOS.

[068 > 027] YA TE DECÍA QUE HE ESTADO SOLO POR AHÍ...

[027 > 068] PUES VAMOS A PONERLE REMEDIO :)
¿POR QUÉ NO TE VIENES AL GIMNASIO?
NO HAY NADIE AHORA MISMO.

Quince minutos más tarde, Verne hacía acto de presencia en aquel recinto desangelado donde estaban obligados a seguir tablas de ejercicios. No tendría más de treinta metros cuadrados, y el calor era siempre varios grados superior al resto del complejo, tal vez para que empezaran a sudar antes de mover un dedo.

Encontró a Moira sentada en una máquina para trabajar brazos y pectorales. Vestida con una camiseta elástica, bajaba y subía la barra con una disciplina notable.

Verne se tumbó a su lado en una especie de camilla con rodillos para bloquear los pies y hacer abdominales. Sin embargo, se limitó a tumbarse y mirar cómo su amiga tonificaba aquella parte de su cuerpo que, según había dicho ella misma, no era tan pequeña.

—¿No me cuentas nada?

Por un momento, Verne se sintió tentado de explicarle la locura que había cometido la noche anterior. Todavía no había nadie en el gimnasio y estaba seguro de que ella sabría guardarle el secreto. Aun así, prefirió esquivar el tema.

—Los bibliotecarios viven entre el silencio de los libros. ¿Qué quieres saber?

—No sé... ¿Cómo es un libro?

Solo un par de días antes él podría haber hecho aquella misma pregunta, pero ahora sentía como si aquellos sabios compañeros siempre hubieran estado con él.

—Pesa entre trescientos gramos y un kilo, según el tamaño y si las tapas son delgadas o de cartón grueso.

—Me cuesta imaginarlo —dijo fascinada—, pero ¿es cierto eso de que los hacían de papel, de madera de los árboles?

—Sí. Las páginas originalmente eran blancas, pero con el tiempo se van volviendo amarillas o incluso ocre, como una hoja que cae del árbol. Incluso así, se siguen leyendo las letras impresas en tinta.

—Qué barbaridad... —Como si aquel tema la incomodara, Moira cambió de tercio—: Sigo sintiéndome culpable de que estés aquí, Verne. Haría cualquier cosa para que pudieras ser libre de volver.

—No volvería ahí abajo por nada del mundo, aunque esto sea un pedrusco muerto y polvoriento. —Los ojos ligeramente achinados de Moira se redondearon ante aquella aseveración. Verne se atrevió a añadir—: Cuando paseen a los millonarios por ahí fuera, se darán cuenta de que eso es una puta mierda, un montón de polvo sin vida. Lo único bueno de la Luna es que está fuera de la Tierra.

VIDA IMPERSONAL

Verne había dedicado el resto del día a listar el catálogo de la biblioteca. Tras registrar aquella colección de incunables, redactó un breve texto a modo de presentación. Si Deborah y el mequetrefe de talento lo aprobaban, los visitantes recibirían aquel texto a su llegada al complejo.

A pocos días de la inauguración del Exovillage, no quedaba mucho más que hacer, así que decidió cumplir la promesa de ser el primer lector de la biblioteca.

Mientras dudaba entre empezar de forma cronológica o por bloques temáticos, se acordó de la rareza que había guardado en el cajón. El libro de haikus del religioso seguía sobre su mesa, pero aquella obra anónima que había acompañado los trece últimos años de Elvis seguía siendo un misterio.

Tras una introducción para preparar al lector, empezaba la revelación numerada por párrafos, como las Sagradas Escrituras.

1. YO SOY.

2. Sí, a ti, que durante tantos años, y en continuo ir y venir, has estado ansiosamente buscando en libros y enseñanzas, en filosofías y religiones, algo que no has sabido a punto fijo qué; no pudiendo ser, sin embargo, más que: Verdad, Felicidad, Libertad, Dios.

3. A ti, que te sientes cansado, desalentado y has perdido casi toda esperanza.

4. A ti, que muchas veces has logrado percibir un destello de esa «Verdad», pero que, al seguirla y tratar de alcanzarla, la viste desaparecer en lontananza, como sucede con el espejismo del desierto.

5. A ti, que creíste haberla encontrado en un gran instructor, reconocido como el jefe de alguna Sociedad, Fraternidad o Religión, y que a ti te pareció ser un «Maestro», por las maravillosas palabras de sabiduría que hablaba y las obras que hacía; pero que, más tarde, pudiste darte cuenta de que ese «Maestro» no era sino una humana personalidad, con sus faltas, debilidades y secretos pecados, tal como la tuya; aun cuando dicha personalidad pudo haber sido, no obstante, un conducto a través del cual se daban muchas hermosas enseñanzas que te parecieron la más elevada «Verdad».

6. He aquí, alma necesitada y hambrienta, que no sabes a dónde ni a quién recurrir.

7. YO SOY quien a ti viene.

Verne entendió que ese YO SOY que venía a buscarle era él mismo. Tal vez justamente por eso, cerró el librito rojo y lo devolvió a su cajón.

Lleno de inquietud, de repente sintió que aquella biblioteca —su paraíso en la Vía Láctea— se le hacía pequeña. ¿Sería el espejo que había puesto frente a sus narices aquel texto tan directo y desafiante?

Desconocía cuál era la intención del autor, pero había plantado dentro de sí una semilla que iba a dar un extraño fruto.

Obedeciendo a un impulso irracional, Verne se levantó del escritorio y fue hacia el garaje del vehículo lunar.

LA COLINA DE LA MUERTE

Aunque el Rover estaba recorriendo el mismo camino que la noche anterior, el terreno le pareció aún más árido y desolado. Con cada brinco que daba el «vehículo itinerante», como se referían a él las instrucciones, una ola de arena fina y punzante golpeaba el casco de Verne, nublando su visibilidad.

Redujo dos veces la marcha, pero las nubes de polvo seguían cayéndole encima como una maldición.

Pese a todo, había salido de la biblioteca con una idea y, por disparatada que fuera, no pensaba regresar sin llevarla a cabo.

Ante el traqueteo que zarandeaba sin parar el tractor espacial, Verne llegó a pensar que, en las últimas horas, una lluvia de minúsculos meteoritos había sembrado de aristas aquel territorio.

Para mantener la trayectoria recta, tenía que hacer constantes correcciones al volante. Sin duda alguna, se habría perdido de no contar con las huellas de su anterior trayecto.

Incluso así, le pareció que aquella ruta impracticable se estiraba como un chicle corrosivo. Estaba a punto de darse por vencido cuando en el horizonte vibrante apareció por fin lo que estaba buscando.

ZONA DE PELIGRO
NO PASAR

Desde su regreso la noche anterior, la oficina del inconsciente había estado llamando a las puertas de su atención. Pero no fue hasta entonces cuando comprendió el porqué de aquel segundo y arriesgado viaje.

Tras parar el motor, Verne saltó del Rover y se dirigió hacia la señal con zancadas decididas, como si se dispusiera a derribar aquella absurdidad a patadas.

Porque ahí estaba el quid de la cuestión. Fuera de la burbuja del Exovillage, la Luna entera era una zona de peligro. Si no te mataba la radiación o las temperaturas extremas, el azote constante del polvo de regolito podía averiar los equipos, convirtiendo la excursión lunar en tu sepultura.

No había un solo lugar «ahí fuera» clemente con la vida humana. Al contrario, en cualquier punto de aquel inacabable desierto gris acechaba la muerte.

¿Contra qué diablos prevenía aquella señal? Solo había una forma de saberlo.

Verne llegó hasta la placa y, tras asestarle un manotazo sordo, siguió remontando la colina. Desde que saliera de la Tierra, se había saltado tantas normas que no venía de una más. Pasaría por donde no había que pasar, aunque esa zona de peligro fuera el fin de su historia.

La pendiente aumentaba su inclinación paulatinamente, pero esto no hizo desistir al astronauta. No dejó de clavar las botas en el polvo hasta llegar a lo alto de aquella larga colina que, como una serpiente saciada, ejercía de frontera.

Mientras observaba lo que había al otro lado, oía su respiración y los latidos del corazón amplificados dentro del biotraje.

Verne había esperado encontrar una caída en picado en la otra vertiente de la colina, o al menos un escenario de socavones que justificara aquella advertencia. Sin embargo, no encontró nada de eso en la zona de peligro. Al contrario, por el otro lado, la pendiente tenía una inclinación suave y uniforme.

Un kilómetro más allá, le pareció distinguir una estructura formada por tres pequeños depósitos esféricos.

Sin saber cuánto oxígeno y batería le quedaba, aventurarse hasta allí podría ser la última imprudencia que cometiera en su vida. Calculó que necesitaría casi una hora para ir y volver, además de lo que tardara en conducir de vuelta hasta el complejo.

Era dudoso que su traje tuviera tanta autonomía, pero, pese a ello, decidió llevar la exploración hasta el final.

Mientras procuraba no despegarse demasiado del suelo al caminar, Verne miraba a lado y lado. Temía encontrar el cuerpo de algún otro astronauta que hubiera cometido la misma estupidez que él, pero no vio nada, más allá del inmenso manto rugoso y gris que se extendía hacia aquella extraña construcción.

A medida que se aproximaba, iba despejando sus dudas. Aunque desconocía su utilidad en aquel lugar remoto, aquello había sido obra de seres humanos.

Verne sintió que empezaba a faltarle el aire, pero lo atribuyó al esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí.

Tratando de dominar el pánico, puso las manos sobre la pared metálica de la primera de aquellas esferas conectadas entre sí. Cuando se deslizó lateralmente hasta ofrecerle una estrecha entrada, se quedó paralizado del sobresalto.

Un instante después se adentraba en la oscuridad.

Con el mismo funcionamiento de los módulos del complejo, la primera compuerta se cerró a la vez que se abría la de la segunda esfera, de la que se derramaba una tenue luz anaranjada.

Verne avanzó con dificultad hasta la nueva matriz, que se cerró nuevamente tras él.

Cuando se abrió la tercera compuerta, sus pies le llevaron hacia el interior mientras la falta de aire colapsaba sus sentidos. Se habría desmayado allí mismo de no ser por una fuerza que, desde las sombras del tercer depósito, liberó los cuatro anclajes de su casco para luego levantarlo.

Un sonido seco indicó que había caído al suelo.

Con el corazón disparado, Verne se dio cuenta de que en aquel módulo en penumbras podía respirar.

Al darse la vuelta en busca de aquello que le había salvado, entrevió una figura humana. No debía de medir más de uno sesenta. Supo quién era nada más oír aquella voz lenta y cadenciosa.

—¿Por qué has tardado tanto? Acércate, hijo. Hace mucho tiempo que te estoy esperando.

TERCERA PARTE

EL ERMITAÑO LUNAR

El silencio que siguió tal vez abarcara apenas tres segundos, según los cronómetros terrestres, pero en aquel recóndito campamento lunar Verne sintió que habían pasado tres eternidades.

Transcurrido ese tiempo, Kumar encendió algo parecido a un farol y dijo:

—Vamos, siéntate.

Esto permitió a Verne saber cómo era el refugio de un hombre que casi todo el mundo daba por muerto, además de verle a él. El pelo blanco y la barba mal recortada que cubría su cara chupada le hicieron pensar en Ramana Maharshi, el místico hindú que había vivido en el monte de Arunachala.

Al recordar un retrato que había visto en un libro de poemas devocionales, se dio cuenta de que el parecido era más que notable. De no saber que Maharshi había muerto a mediados del siglo XX, habría jurado que se trataba de la misma persona.

Kumar se ajustó el kimono blanco antes de tomar una jarra de agua para llenar dos copas de cristal de aspecto tan antiguo como el propio Maharshi. Acostumbrado al plástico y fibra de vidrio omnipresentes en la colonia lunar, Verne pensó que aquellas reliquias hacían juego con la biblioteca de la que estaba al cargo.

En cuanto al espacio, el interior de la tercera esfera era acogedor y a la vez estrafalario. Todo remitía a otros tiempos. El suelo estaba cubierto por varias alfombras superpuestas tejidas con arabescos. En el centro de la estancia, una mesa baja y redonda de madera desafiaba medio siglo de revolución ecológica en la Tierra. Completaban aquella provocación dos sillones con reposabrazos del mismo material prohibido en los que ahora se sentaban.

La tenue iluminación no permitía apreciar más detalles, pero tampoco era necesario. Más allá del mobiliario de madera y del servicio de cristal, la presencia de aquel hombre menudo lo llenaba todo.

Sus ojos negros y pequeños transmitían una mezcla de perspicacia y tristeza, y sus labios ligeramente curvados hacia abajo reforzaban esa impresión. Su retiro en el lugar más furtivo y hostil hacía pensar que no necesitaba gran cosa, pero todo su ser expresaba un profundo sentimiento de decepción.

Verne levantó la copa de agua con cuidado, temeroso de romper una pieza de museo, al igual que los muebles y los libros. Tras refrescar su garganta con aquella agua, que sabía fresca como si hubiera brotado de una fuente, se atrevió a preguntarle:

—¿Cómo es que vive tan apartado de la colonia?

Las arrugas alrededor de sus ojos se hicieron más pronunciadas, como un movimiento telúrico que eleva cordilleras y montañas. En aquella mirada había compasión, pensó Verne.

—Ya leí todos los libros —se limitó a decir—. ¿Puedes echarme las cartas?

Aquella pregunta le heló la sangre. Y no solo porque el dueño del Exovillage acababa de demostrar que sabía al dedillo quién era él. Verne reconoció aquella voz, oscura y ligeramente

femenina, que ya le había resultado familiar en el vídeo a bordo de la K101.

Recordó con nitidez aquella llamada al final de su turno en el *call center*, a cientos de miles de kilómetros de allí. Quien había creído una mujer, debido a la pantalla en negro, había iniciado con él una conversación desconcertante para acabarle preguntando qué opinaba de la vida.

En vista de donde se encontraba ahora, Verne entendió que ya entonces había empezado su reclutamiento, después de que Kumar fuera más allá del currículum del candidato propuesto por Moira a la compañía.

—Lo haré con mucho gusto. En aquella primera ocasión, cuando yo estaba ahí abajo, no quiso que se las echara... —añadió, incisivo, para que el gran jefe lunar supiera que le había descubierto.

La curva descendiente de los labios de Kumar se enderezó hasta repuntar en una tímida sonrisa antes de contestar:

—Antes fue antes, pero en esta cabaña solo existe el ahora.

Dicho esto, sacó del bolsillo de su kimono un delgado mazo de cartas. Eran de la misma época que todo lo que había en aquel lugar.

Verne las sostuvo unos instantes en las manos con la misma reverencia con la que había acariciado su primer libro. Al pasarlas suavemente con los dedos, el corazón se le aceleró. Las ilustraciones tradicionales eran del tarot de Marsella, pero era la primera vez que podía verlas y tocarlas fuera de una pantalla.

—Solo están los arcanos mayores, como a ti te gusta —añadió el viejo, complacido por el impacto que aquel pequeño tesoro había causado en su visitante—. Por cierto, prefiero que nos tuteemos, Verne.

—Como quieras... —dijo, inseguro, mientras empezaba a barajar con torpeza—. Sacaré una sola carta que nos hablará del futuro inmediato en este lugar.

Jamás había podido hacer con sus manos el ritual de los antiguos tarotistas, así que tuvo que esforzarse para que las cartas de cartón fino no se escaparan del mazo, mientras las volteaba para volver a barajar.

Finalmente descubrió una frente al consultante.

Era el arcano invertido de la Luna.

Kumar levantó las cejas casi despobladas y sus fosas nasales se agrandaron con una inspiración profunda.

Verne se disponía a interpretar aquella hecatombe de papel cuando el viejo le detuvo levantando la palma de la mano.

—Interesante —se limitó a decir—. Bueno, déjalo.

LAS DIVERSIONES DE LA LUNA

La colonia al completo parecía haber enloquecido. A veinticuatro horas de que llegaran los millonarios, se había desatado una gran fiesta en todas las instalaciones.

La vista gorda por parte de administración era un mensaje tan claro como inquietante. En cuanto llegaran los que pagaban aquel oasis en el desierto cósmico, la vida de los trabajadores que aún no habían sucumbido a la melancolía lunar perdería los pocos alicientes que tenía.

Sin más acceso al Moonbay, al UFO Café o incluso al Teatro Lunar, vivirían los siguientes diecisiete meses confinados entre los exiguos camarotes, el gimnasio para madrugadores y la deprimente cantina de los trabajadores.

Más que una celebración, lo que se estaba viviendo en el complejo era una fiesta antes de la desolación.

Los cabecillas de aquella inofensiva rebelión habían arrastrado a la mayor parte de los trabajadores al restaurante acristalado en forma de elipse, después de que la discoteca agotara las bebidas destinadas a los empleados.

Verne no había regresado al Moonbay desde la cena fatídica con Moira, que por algún motivo no se había unido al jolgorio de aquellos esclavos bien pagados. Tampoco su cargante novio.

Quien sí estaba era Siggy, el sheriff de la ciudad de la Luna, como le gustaba ser llamado. Al verle entrar dubitativo, levantó su gigantesco cuerpo para invitarle a su mesa.

En la colonia corría la leyenda urbana de que aquel bruto había sido seleccionado porque sus ciento cincuenta kilos de peso terrestre le aseguraban un agarre extra en la débil gravedad del satélite.

Al tomar asiento frente a él, Verne temió que el policía fuera a interrogarle por utilizar uno de los vehículos limitados a los clientes. Dado que Kumar le había prohibido que diera noticia alguna sobre sus encuentros, ni siquiera de su propia existencia, no tendría argumentos para defenderse.

Para su alivio, enseguida comprobó que el veterano grandullón no sabía o no tenía intención de entrar en aquel asunto.

—Hay barra libre de limonadas con aroma de absenta —dijo Siggy, empujando un vaso en dirección a Verne—. Cuando vuelva a la Tierra, voy a coger tal cogorza que se va a enterar toda la Vía Láctea.

—Ya... pero falta mucho para eso.

—Demasiado.

En este punto, el hombre pareció darse cuenta de la jerarquía que le correspondía y, sacudiendo los hombros, dijo muy serio:

—Mañana empieza el trabajo de verdad, aunque sé que tú has estado ya muy ocupado los últimos días...

Verne no sabía cómo interpretar aquella indirecta, así que se ciñó a una labor que era ya

conocida por toda la comunidad.

—Sí, organizar una biblioteca física no es tarea fácil, sobre todo cuando no has visto un libro en tu vida.

Siggy se pasó la mano por el pelo cano ya escaso y, con un tono de reproche, aventuró:

—Yo no sé cómo el jefe de todo esto pensó que podía ser una buena idea. No te extrañe que venga una orden de ahí abajo y te obliguen a destruir esos... libros.

—Algo así no puede suceder —repuso Verne, escandalizado—. Primeramente, porque no estamos en la Tierra. En los pactos de Fráncfort no se dijo nada de una biblioteca en la Luna. Sucede lo mismo que con tu autoridad, que es válida para el interior de la colonia, pero no tienes poder fuera.

Aquel comentario, que tenía toda la intención por su parte, pareció ofender al sheriff, que le espetó:

—Nadie tiene poder ahí fuera. Ahí solo hay polvo, radiación y muerte.

Dicho esto, se terminó la bebida de un trago, como si tratara de convencerse de que era una copa alcohólica. Luego se levantó con dificultad y dijo:

—Suerte con tu biblioteca. No me verás por allí.

EL OLOR DE LOS LIBROS

*Silencio.
Contemplar la nieve
hasta confundirse con ella.*

En su última tarde como bibliotecario en soledad, Verne se debatía entre dos polos de atracción. Uno era el libro de poemas de José Tolentino, el arzobispo zen, que seguía sobre su mesa e iba leyendo desordenadamente. El otro era el arcano que había aterrizado sobre la mesa de Kumar.

Según su experiencia, la Luna invertida apuntaba al fin de una etapa de autoengaño y falsas ilusiones. En parte era una carta positiva, por lo que implica de arrancar un velo que hasta entonces ha cegado al consultante. Sin embargo, también auguraba el sufrimiento emocional de quien cree estar pisando terreno firme y, de repente, ve tambalear el suelo bajo sus pies.

La Luna invertida indicaba un descontento y confusión que piden ser resueltos, y aquello casaba con las hipótesis que estaba haciendo sobre aquel calco de Ramana Maharshi, aunque tuviera mucho más dinero.

¿Cómo podía alguien construir el primer asentamiento fuera de la Tierra y no gozar de los honores? Otro en su lugar se habría pavoneado delante de los clientes, habría tenido romances con los empleados, estaría en todos los *talk shows* terrestres como hombre del año.

Kumar ni siquiera se había ocupado de aclarar que no estaba muerto.

¿Qué le habría llevado a construirse una segunda unidad de supervivencia? Estaba tan apartado de la ciudad lunar que, de sufrir cualquier percance, moriría solo y aislado antes de que pudiera recibir asistencia.

Cuando él había preguntado por su vida de ermitaño, se había limitado a decirle: «Ya leí todos los libros», como si eso justificara su salida de órbita dentro de otra órbita.

Tal vez en la Tierra Kumar había leído ya toda aquella biblioteca de papel y sacado alguna conclusión que le había convertido en ermitaño. Verne se prometió que la próxima vez que le visitara le preguntaría por aquello.

En medio de estas cábalas, decidió capturar al azar otro haiku de *La mariposa y el monje*, con la secreta esperanza de que diera respuesta a sus dudas.

*Muchas veces Dios prefiere
entrar en nuestra casa
cuando no estamos.*

Verne estaba cavilando sobre el significado de estos versos cuando la puerta de la biblioteca se abrió por primera vez desde que había asumido su puesto. El fastidio por la interrupción quedó compensado por el rostro radiante de Moira.

—¡Ya ha caído el muro! —dijo—. Se acaba de abrir oficialmente la biblioteca de la Luna,

aunque tus lectores no llegarán hasta mañana. —Tras descansar su trasero sobre el asiento al otro lado de la mesa, preguntó—: ¿Puedo probar?

—¿Probar? ¿A qué te refieres?

—Un libro... —aclaró nerviosa—. Nunca he visto ni tocado ninguno.

—Eso está hecho. Voy a buscarte algo —dijo tras guardar el libro del portugués en el cajón, junto a la pequeña biblia de Elvis.

Por algún motivo, no quería compartir aquella antología poética con nadie, ni siquiera con ella. Aquel era un juego reservado para él y el silencio.

Ejerciendo de bibliotecario por primera vez, eligió la pieza más rara y valiosa de toda la biblioteca. La primera edición de *Esto es eso*, una recopilación de ensayos realizada en 1960 por Alan Watts sobre el zen y la experiencia religiosa.

El hecho de que, además, estuviera firmado por el místico británico lo convertía en un verdadero incunable.

Moira recibió con cierta aprensión aquel viejo volumen con un enorme «Eso» morado en el centro de la cubierta. De buena gana lo habría soltado sobre la mesa, pero, por respeto a su amigo, lo siguió sosteniendo.

—Ábrelo —le animó él—. Todo libro quiere ser abierto.

Con la inseguridad de una adolescente que se aventura a tomar la primera droga, los finos dedos de Moira hicieron fuerza sobre el pliego de papel hasta abrir el libro por el capítulo *Espiritualidad y sensualidad*.

Como si tratara de convencerse de que algo que le repelía en realidad le gustaba, Moira acercó su pequeña nariz al papel, que ya amarilleaba.

—¿A qué huele? —le preguntó Verne, divertido.

—No te lo sabría decir... Es algo raro. Diría que huele a rancio, pero tampoco es exacto. Estoy tratando de encontrar la palabra adecuada.

—Puedo proponerte una.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

Antes de contestar, Verne pensó que la visión de Moira sonriendo con un libro en las manos era la estampa más bella del universo.

—Huele a tiempo.

—¿El tiempo huele? Por cierto, ¿qué hay ahí atrás? —dijo, apuntando con la nariz a la puerta del segundo módulo.

Embriagado por la felicidad del momento, Verne no dudó en acercarse a abrir con su brazalete la puerta del garaje.

Moira se quedó sin aliento al ver que la biblioteca contaba con un Rover espacial y dos trajes.

—Guau... Nunca imaginé que un bibliotecario tuviera este privilegio.

—También puede ser tuyo —dijo Verne en un acceso de irresponsabilidad—, pero solo por un día, como los héroes de Bowie. ¿Te gustaría salir? Mañana ya será imposible, con los turistas circulando por ahí fuera con sus chóferes. Aún podemos hacerlo.

EL MUSEO DE LOS MOMENTOS NO VIVIDOS

Sentada a su izquierda en el vehículo itinerante, el silencio de Moira a medida que se alejaban del complejo reveló a Verne que estaba atenazada por la excitación y el miedo.

Como co-responsable de las comunicaciones, ella le había explicado que los biotrajés se conectaban automáticamente entre sí por *bluetooth* para que chófer y turista pudieran hablar. Aun así, tras levantarse la última compuerta, apenas habían intercambiado dos frases: «¿Puedes oírme?». «Perfectamente».

Después de esto, él se había concentrado en maniobrar entre los socavones y montículos para no volcar, mientras Moira parecía asombrada ante el hecho de haber salido *afuera*, después de meses confinada en el pequeño mundo del Exovillage.

Adoptando la filosofía de lo «malo conocido», Verne decidió tomar la ruta que había seguido en las dos escapadas anteriores.

No fue hasta que hubieron avanzado un par de kilómetros por aquel polvo de nadie cuando escuchó la voz de Moira nítidamente dentro del casco.

—Lo que me has dicho antes, en la biblioteca, «¿Te gustaría salir?», ha sido lo más cercano a una petición de cita romántica que te he oído.

—Hemos salido muchas veces los últimos diez años —dijo Verne, tratando de no perder el foco de la conducción.

—Sí, pero siempre había una excusa. Íbamos juntos a un taller, a un espectáculo, a probar si era cierto que en tal restaurante se servía el mejor curri de la ciudad... Fuimos a muchos sitios, pero nunca me preguntaste si quería salir contigo.

—Tienes razón... Creo que no me habría atrevido. Esa es una pregunta de otro siglo, de cuando se hacían pedidas de mano y esas cosas.

—Lo sé —dijo Moira, riendo—. Por mucho que me dedique a la tecnología, en el fondo, quizás sea una tímida romántica, como las chicas de las novelas victorianas.

Mientras luchaba por mantener el rumbo, haciendo correcciones constantes con el volante manual del Rover, Verne pensó en lo raro de esa conversación tan íntima en aquel desierto yermo y gris.

Sobre el horizonte recortado por los montes lunares podían verse tres cuartos de Tierra, como un huevo colorido imposible en medio de la negrura del universo.

—¿Podemos bajar aquí? —preguntó Moira—. Se ve mucho más impresionante que desde la colonia.

—Claro.

Verne aminoró la marcha hasta detenerse en una planicie con dos montes casi piramidales al fondo. Tras bajar del Rover de un salto, tendió la mano a su victoriana acompañante.

Una vez en el suelo de regolito, Moira exclamó:

—Guau, guau, guau... Me cuesta hacerme a la idea de que soy por fin una astronauta en la Luna.

Dicho esto, hizo fuerza con las piernas hasta elevarse medio metro del suelo, con los brazos en alto, como si tuviera que encestar aquel mundo flotante en alguna canasta cósmica.

Verne inició una breve carrera alrededor de ella. Incluso con aquel traje que pesaba, debido a la mochila de oxígeno y las baterías térmicas, se sentía sorprendentemente ligero.

—Corres como un crío —le dijo ella—. ¡Ven aquí!

Obediente, dio un salto calculado para aterrizar justo delante de ella, que le pasó los brazos por la cintura.

—Gracias por traerme hasta aquí fuera. Era un sueño que tenía desde niña.

—También era el mío.

—Es una suerte poder compartirlo, entonces —dijo Moira, pegando su casco al de él.

Más allá de las capas de metacrilato transparente, Verne pudo ver cómo los ojos ligeramente achinados de Moira le sonreían.

—Si no lleváramos estos armatostes encima —le dijo él—, ahora mismo te besaría.

—Eres un poeta maldito, Verne. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—En la Tierra tuviste mil ocasiones para besarme y nunca diste el paso.

Él levantó la mirada hacia la Tierra iluminada tres cuartas partes de su superficie. Desde aquella distancia, le pareció que era un museo de los momentos no vividos. Estaba llena de vida, de lugares por descubrir. Llena de posibilidades. Simplemente no había sido capaz de apreciarlo cuando estaba allí.

—Sé que suena a tópico —dijo, devolviendo la mirada a Moira—, pero no quería correr el riesgo de perderte.

Le pareció que los ojos de ella brillaban en la oscuridad del casco.

—No me hubieras perdido, tonto.

—¿Seguimos con el paseo lunar? —le propuso para calmar un corazón que estaba consumiendo más oxígeno de la cuenta.

—Como quieras...

Un minuto después, volvían a avanzar entre la ruta marcada por las huellas de los paseos anteriores de Verne.

Entre ellos dos había caído un manto de silencio que no era incómodo, pero que a su vez tenía algo de tristeza. Moira lo rompió al llegar a la cordillera con forma de serpiente, donde él empezó a girar para dar la vuelta.

—Oye, he visto algo allí. ¿Qué es eso?

—Nada.

—Parecía una placa.

—Quizás perdí alguna pieza de la carrocería del Rover la última vez que pasé por aquí.

Moira se quedó pensativa. Antes de que volviera a insistir sobre aquello, mientras tomaban el camino de vuelta, Verne le preguntó:

—¿De verdad crees que los pulpos están causando las interferencias?

44

RAMANA

En su última mañana de calma, Verne se recluyó en la biblioteca. Quería dejarlo todo preparado para cuando llegaran «los invasores», como llamaban a los turistas en la ciudad lunar.

Sin indicaciones por parte de nadie, ni siquiera del propio Kumar, el bibliotecario había establecido un horario de tres de la tarde a nueve de la noche. Teniendo en cuenta que en el Exovillage no existían los días festivos, le parecía un turno razonable.

En las invitaciones que se entregarían a los millonarios había incluido su código de pulsera, por si alguien tenía alguna consulta fuera de ese horario.

Vista la reacción de Moira la tarde anterior, Verne dudaba de que nadie le reclamara nada. Tras la sensación insólita de sostener un libro —como quien toca una serpiente venenosa—, probablemente se conformarían con aquella experiencia para fanfarronear ante amigos y familiares a su regreso a la Tierra.

Tras el paseo lunar compartido, aquella noche Verne no había logrado dormir. Al levantarse, camino de la biblioteca, había sentido que le envolvía una melancolía mucho más fuerte que ninguna otra que hubiera vivido en su mundo de origen.

De haber consultado con el médico de la colonia, le habría recetado antidepresivos para combatir la *melancolía lunar*, la angustia por estar separado de un hogar tan alejado, en la distancia y en el tiempo que le quedaba por cumplir. Sin embargo, Verne sabía que en su caso era distinto. Echaba de menos todo aquello que no había llegado a vivir cuando aún era posible hacerlo, una losa que le aplastaba lenta y silenciosamente.

Para intentar quitarse a Moira de la cabeza, decidió sumergirse en una antología de textos de Ramana Maharshi, el místico de Arunachala al que Kumar tanto se parecía.

Antes de empezar a leer, se detuvo en la biografía del santón referida en la solapa. Allí se contaba que Ramana ya era considerado un gran sabio —*maharshi* en hindú— ya de muy joven. Al morir su padre, que era policía, con doce años se trasladó a vivir con su tío a Madurai. En esta ciudad, cuatro años después oyó a alguien pronunciar la palabra «Arunachala», y el nombre de esa colina le atrajo como un hechizo.

Allí establecería su *ashram*, donde los animales recibían un trato igualitario al de los seres humanos. De hecho, Ramana consideraba que su vaca Lakshmi era su mejor discípula, y él comía a la misma hora que los perros, monos, pavos reales e incluso serpientes.

Al saber del fallecimiento de su madre, en 1922, dijo: «Mi madre no ha muerto, ha sido reabsorbida por la fuente».

Verne se sentía cada vez más interesado por aquel personaje. Echó un vistazo al índice, donde se listaban poemas menores con títulos tan misteriosos como «El canto de popadum», «Reproches al estómago» o «Excusas a las avispa».

Antes de llegar a estos poemas, sin embargo, Verne se detuvo en la primera parte de la antología, que reunía reflexiones del místico.

*Quien viaja en un tren y sigue con su carga sobre la cabeza está loco.
Si baja del tren, descubrirá que esa carga también llega a destino.
De un modo parecido, no adoptemos la pose de quienes ejecutan la acción: entreguémonos a la fuerza que nos guía.*

Aquel texto le hizo pensar nuevamente en Moira. Siguiendo el símil de Maharshi, hacía diez años que cargaba con ella en la cabeza, y eso solo le había provocado infelicidad.

Tal vez el sabio de Arunachala estuviera en lo cierto y lo mejor fuera soltar de una vez aquella esperanza, dejar que la vida siguiera su curso, cualquiera que fuera su destino.

El siguiente texto confirmó a Verne esta conclusión.

*La máxima dicha es no necesitar nada.
Eso solo se logra mediante la experiencia.
Ni siquiera un emperador puede equipararse
a un hombre que no necesita nada.
Él está libre para hacer lo que le plazca,
y no debe ser servido por otros.*

Verne tuvo la impresión de que empezaba a comprender a Kumar. Después de haberse convertido en el hombre más rico del mundo, tal vez hubiera comprobado que nada podía llenarle.

En su etapa como consultor existencial, había comprobado que muchas personas ricas padecían un terrible vacío existencial. Sospechaban que las amistades y amores se movían por interés, recelaban de los honores y elogios que exigían contrapartidas.

Quizás Kumar, tras haber sido un emperador en el mundo, había huido de todo para conquistar la libertad última del ser humano, lo que fuera que eso significara.

En la renuncia del magnate hindú, Verne vislumbraba una salida a su propio dolor, un camino de salvación. Antes de que llegaran los invasores, necesitaba volver a hablar con él.

45

ADVAITA

Tras bajar la Colina de la Muerte, como Verne la había bautizado, se puso en camino hacia los tres módulos hundiendo las botas con cuidado en el regolito.

Kumar le había advertido que aquel terreno tenía socavones capaces de tragarse a un astronauta entero. Además de mantener secreta su guarida, la placa de advertencia era un aviso para los que no quisieran entregar su vida a la Luna.

Antes de tocar la primera compuerta para que se abriera, Verne miró a su alrededor. La soledad de aquel campamento en el desierto lunar convertía a su ocupante en una nueva especie de ermitaño.

De haber vivido en este tiempo, pensó, tal vez el mismo Maharshi habría elegido aquel lugar para apartarse del mundo, también de forma literal.

Tras cruzar los dos módulos, entró en aquel hogar alfombrado con una actitud reverencial.

Kumar estaba sentado en su sillón con las manos cruzadas en el regazo, como si hubiera sabido que estaba viniendo y aguardara su llegada.

—Siéntate, hijo. —Siguiendo una especie de ritual de purificación, mientras llenaba de nuevo las copas de agua, dijo—: Detrás de esta cabaña tengo un pequeño cobertizo con cultivos hidropónicos. Ya han empezado a crecer algunas plantas. Dentro de un tiempo, espero poderte servir al menos una infusión de hierbas.

—¿Cómo consigues los suministros?

Kumar desvió la mirada un instante hacia la jarra de agua. Mientras esperaba respuesta, Verne se fijó en el pelo blanco del místico. Debía de cortárselo él mismo, se dijo, igual que aquella barba cana y mal nivelada.

—Me los procuro por mi cuenta —dijo al fin—. No me gusta depender de nadie. Ya has visto que en el segundo módulo tengo un traje y un pequeño vehículo itinerante, además de un generador eléctrico con placas solares.

—¿Vas tú mismo a por las provisiones? —preguntó Verne.

—Sí, acostumbro a ir de madrugada y tengo acceso al almacén general. Allí cargo agua y oxígeno, poca cosa más necesito... En cualquier caso, ahora que me has encontrado, quizás te pueda pedir algún encargo extra.

—Lo que necesites... Por cierto, ¿cómo es que nadie sabe que estás vivo?

—Quizás algunos lo saben, como Deborah, o al menos lo sospechan. Pero les conviene más pensar que estoy muerto —dijo sin un ápice de emoción—. Así pueden hacer y deshacer a su gusto, como niños a los que nadie vigila.

El parecido extraordinario con el sabio de Arunachala hizo que Verne pusiera aquel tema sobre la mesa.

—He estado leyendo la antología de Ramana Maharshi.

—Ajá.

—Me parece brillante, pero me cuesta entender de lo que habla.

—Quizás ni siquiera él lo sabía —comentó Kumar, haciendo un esfuerzo por invertir la curva de sus labios hacia arriba—. Desarrolló el pensamiento advaita, que bebe de los *Upanishads* y se basa en la no dualidad. Viene a decir que no existe el hombre como ser separado de Dios.

—Entonces, ¿cada persona es un dios?

—Sí, ya lo decía Platón hace más de dos mil años: «Sois dioses y lo habéis olvidado».

—Desde luego... —murmuró Verne, tras vaciar media copa de agua—. No sé qué significa ser un dios, sin los poderes para crear un universo. De hecho, ni siquiera sé qué significa ser un hombre.

—Para descubrirlo, deberías practicar el *atma vichara*, que, como bien sabes, se traduce como autoindagación del alma.

—¿Y eso cómo se hace?

—Es muy sencillo, y a la vez complejo... Simplemente debes preguntarte: «¿Quién soy yo?», y responder tantas veces como sea necesario. ¿Quién eres tú, Verne? Vamos a empezar con la práctica.

Tras cavilar un instante, reconoció:

—No lo sé... Puedo decir cosas que componen ese yo, pero quizás no expliquen nada.

—Es un punto de partida —repuso, apoyando la barbilla entre los dedos cruzados—. Vamos, suéltalo.

—Soy el bibliotecario de la Luna, porque tú así lo has querido. Como hombre, era infeliz en la Tierra y ahora también lo soy aquí. Básicamente, por el mismo motivo.

—¿Qué motivo?

—No esperes una respuesta existencial... —confesó avergonzado—. Es algo mucho más sencillo. Se trata de una chica.

—Ajá...

—Estoy enamorado de ella desde el día que la conocí. Por su parte, tal vez me quiere o me quiso, pero yo nunca me atreví a dar el paso. Se encuentra aquí... —Verne sospechaba que el viejo sabía sobradamente quién era—. Por eso dejé mis miserias en la Tierra y me he comprometido con la colonia por un año y medio, pero al llegar estaba ya con otro.

—Mala suerte. Parece que estás siempre en el lugar equivocado.

—Así es —dijo, aliviado de poder sincerarse con alguien—. Si pudiera limpiar mi mente, tiraría de la cadena ahora mismo. Pero soy incapaz de sacarme a esa chica de la cabeza. Y lo cierto es que ella tampoco me ayuda. —Kumar esperó en silencio a que continuara. Parecía sinceramente interesado por el mal de amores del bibliotecario, que siguió—: Manda señales equívocas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Actúa como si me quisiera, aunque ya sé que no es posible... ¿Por qué me hace sufrir de esta manera? —preguntó Verne al fin.

—Quizás te esté enseñando algo que necesitas aprender...

Tras recibir esta enigmática respuesta, Verne sintió que el maestro —ya podía llamarle así— le quemaba con la mirada, atravesando sus últimas resistencias. Sofocado, decidió cambiar radicalmente de tema.

—¿Cómo conseguiste todos esos libros?

—Con dinero, como todo lo que se consigue ahí abajo. En la Tierra uno es aquello que entrega. Invertí mucho dinero en la biblioteca, pero vale mucho más de lo que pagué por ella. —Por

primera vez, una mueca de preocupación se marcó en sus pómulos enjutos—. De hecho, no tiene precio. Voy a pedirte algo, hijo: encárgate de que esos bárbaros no dañen los libros.

—Haré todo lo que esté en mi mano, por supuesto. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

Kumar asintió sin apartar los ojos de él. Era una mirada que no juzgaba, pero en la que se percibía una atención plena.

—Teniendo en el Exovillage tantas comodidades y esa maravillosa biblioteca... ¿por qué vives tan apartado?

El maestro respiró hondo antes de responder:

—Para aprender en soledad lo que no enseña ningún libro.

LOS INVASORES

Al recibir el primer cliente de la biblioteca de la Luna, Verne pensó que tenía el aspecto de un auténtico rufián. Rubio teñido, no tendría más de veinticinco años, pero se paseaba por las estanterías con la suficiencia de un reyezuelo. Sus dedos cubiertos de anillos se movían fuera de las mangas plateadas del mono como alimañas en busca de carnaza.

No le gustaba nada aquel tipo, y no le habría dejado tocar un solo libro si no fuera porque él era un simple empleado de los invasores, que, desde su llegada, se desplegaron por todas partes.

Para empeorar el humor de Verne, enseguida mostró ganas de hablar.

—Soy Rilo Marshall, supongo que has oído hablar de mí.

—No tengo el placer.

—Estáis un poco desconectados aquí... —dijo con un acento del sur de Estados Unidos—. Tengo el casino virtual con más usuarios del mundo. La prensa habla de mí a menudo, soy innovador.

—Ajá —dijo Verne, repitiendo la muletilla del maestro.

Irritado por la falta de *feedback* del bibliotecario, el tal Rilo Marshall dio un par de vueltas más por las estanterías.

—Yo no sé nada de libros, tampoco de los normales —dijo, refiriéndose a las ediciones digitales—. Soy más un lector de prensa deportiva. —De buena gana, Verne habría echado a aquel joven ignorante y engreído a patadas, pero estaba obligado a mantener la compostura. El visitante volvió al ataque—: ¿Cuál es la pieza más valiosa de esta biblioteca?

—Depende de a qué ponga usted valor... —replicó, marcando distancias—. El libro más antiguo es una Biblia de 1882.

Rilo Marshall torció el gesto para mostrar su desagrado. Luego, con un acto reflejo, sacó un libro al azar de un estante superior y lo dejó caer sobre la mesa como si fuera un pescado muerto.

—Me llevaré este.

Verne vio horrorizado que se trataba de *Esto es eso*, la primera edición autografiada por Alan Watts.

—Este libro es un incunable —explicó alterado—. Seguramente no hay ningún otro oculto en toda la Tierra.

—A mí me da igual.

Como si se estuvieran llevando a su propio hijo, Verne anotó la referencia y el nombre del cliente en el registro de préstamos. Antes de que abandonara la biblioteca, no pudo evitar añadir:

—Por el amor de Dios, cuide de este libro como si fuera...

—Guárdate tus sugerencias, amigo. ¿Sabes lo que he pagado para venir hasta aquí?

Cuando finalmente se fue, Verne suspiró echando la cabeza hacia atrás. Estaba tan indignado que tardó en darse cuenta de que en la biblioteca había entrado la segunda usuaria.

Al enderezarse en el asiento y enfocar la mirada, se quedó pasmado.

No podía creer lo que estaba viendo.

—Lily... ¿cómo has llegado hasta aquí?

LA INVITACIÓN

Con la cabellera roja más alborotada que nunca, tal vez por la falta de gravedad, su excompañera de trabajo en la Tierra mascaba chicle ruidosamente, saboreando su triunfo.

Pese a sus modales algo bruscos, Verne tuvo que reconocer que aquella cuarentona de gimnasio poseía un atractivo fuera de lo común. Y gracia natural, algo que jamás tendría el energúmeno que acaba de llevarse a Alan Watts.

—Me han dicho que tienes aquí una buena colección de libros espirituales —dijo tras ocupar la silla al otro lado del escritorio—. ¿Hay algo de tantra en la biblioteca de la Luna?

—No has respondido a mi pregunta. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—El viejo tiene pasta, ya lo sabes —dijo, haciendo girar los ojos en sus órbitas como una verdadera chiflada.

—¿Ha venido contigo?

—Sí, pero es como si no estuviera. Bueno, esta noche sí... Quiere que te unas a nosotros para cenar. El banquete y las copas corren de su cuenta... ¿Vas a dejar escapar la oportunidad? Me han dicho que aquí os tienen más secos que un bacalao ahumado.

Por primera vez desde que había llegado al complejo, Verne sintió ganas de reír, pero se contuvo. No quería renunciar a la dignidad de su puesto a las primeras de cambio.

—Acepto. No se puede decir que no a un cliente del Exovillage.

—Oye, que yo también lo soy —protestó, cruzando los brazos.

—Lo sé, por eso lo digo...

Lily dejó caer la barbilla sobre la mesa y exhaló un bufido de cansancio. Sin abandonar aquella posición, murmuró:

—¿Qué tal vives por aquí? En la Tierra eras un amargado de primer rango.

—Mala idea, entonces, haber elegido este destino... —la provocó Verne—. Te voy a arruinar las vacaciones.

—Eso seguro que no.

Poseída por una idea, Lily se levantó de golpe y se dirigió a la estantería dedicada al hinduismo.

Se agachó a mirar una hilera de libros del estante inferior, tal vez para mostrar su trasero en pompa. Luego se giró hacia Verne, como si hubiera perdido cualquier interés por el contenido de la biblioteca, y le preguntó:

—¿Qué te llevó hasta aquí? El dinero seguro que no... Eres un caso típico de neurosis de pobreza. —El bibliotecario cruzó los brazos. Había decidido no ceder a las provocaciones de su última amiga en el planeta—. No puedo creerme que prefieras este zulo a disfrutar de la Tierra, un mundo donde puedes bañarte en pelotas, patear ciudades, perderte en parques nacionales y respirar al aire libre con la única ayuda de tu nariz.

—Los caminos del Señor son inescrutables —dijo, abriendo los brazos como un clérigo—, y

los de los hombres ya no te digo.

Lily hizo reventar una burbuja de chicle, que quedó pegada a su nariz casi chata.

LAS VEINTICUATRO FASES DE LA LUNA

Tras una cena en el Moonbay mucho mejor que la que había recibido en su triste bienvenida, Verne fue arrastrado hacia el UFO Café para proseguir la velada.

Desde el primer momento, Antoine se había mostrado extrañamente acogedor y vital. Ejerciendo de *sugar daddy*, asentía complacido a cualquier salida de tono de su novia —si podía llamarse así—, como si su última misión en la vida fuera hacerla feliz, del modo que fuera.

Probablemente habría rebasado los setenta, calculó Verne, pero su porte caballeresco le aportaba un aura atemporal. Incluso con el mono plateado de los exoturistas, cada movimiento suyo era un ejercicio de distinción.

Apostados en la barra del UFO Café, Verne sentía que la cabeza le daba vueltas. Tras la obligada abstinencia de alcohol, la botella de borgoña que se habían tomado en el restaurante casi le había noqueado.

Cuando, tras leer el menú de espirituosos, Antoine pidió tres copas de Hibiki, un *blend* japonés que salía a casi cinco mil dólares la dosis de diez centilitros, Verne le advirtió:

—Mire bien los precios, se lo ruego. Aquí uno puede morir del susto al ver la factura.

—*Pas de problème* —dijo Antoine, que sorprendió al camarero arrebatándole la botella tras haberles servido—. Déjela con nosotros.

—Pero... —murmuró ruborizado.

—Nos la agenciamos, aquí es un bien escaso. Ya puede cargar la botella entera a mi cuenta.

Lily rio como un ratoncillo ante la ocurrencia de Antoine, que parecía satisfecho con la hazaña. Sus ojos verdosos resplandecieron bajo el pelo gris, recogido en una coleta como un ángel de *El cielo sobre Berlín*.

Mirando a uno y a otro, Verne llegó a la conclusión de que, por raros que fueran los acuerdos de aquella pareja, había una perfecta simbiosis entre ellos. Antoine se complacía en satisfacer a su chica, y ella aplaudía cada bravuconada del rey del rodio.

Tras servir él mismo una segunda ronda bajo la mirada atónita del camarero, el francés acarició la superficie poliédrica de la botella y explicó:

—Si os entretenéis en contarlas, tiene veinticuatro caras en honor al antiguo calendario lunar japonés. ¿No os parece muy oportuno tomarlo aquí?

El mareo de Verne iba en aumento a medida que avanzaba en aquel segundo trago. Interpretando que se encontraba fuera de lugar ante tanto derroche, Lily chocó su vaso contra el de ellos dos y dijo:

—Estamos ante el mejor bibliotecario vivo, Antoine.

—Eso seguro —repuso Verne—, que yo sepa no hay ningún otro en la Vía Lactea. Básicamente por falta de libros.

El francés rio aparatosamente, secundado por Lily, con la que volvió a brindar antes de darle un buen tiento al Hibiki, que parecía no afectarles.

—Tal vez me pase yo también por esa biblioteca —dijo, dirigiéndole una mirada apreciativa—. Soy lo bastante viejo para haber conocido los libros cuando era pequeño. De hecho, sentí mucha pena cuando los prohibieron. No me atrevería a decir esto abiertamente en ningún otro lugar.

Hacía rato que el bibliotecario estaba luchando contra una somnolencia cada vez mayor que amenazaba con tumbarle.

Decidió que no bebería un sorbo más, al tiempo que trataba de mantener la verticalidad y cierto grado de atención.

—Este whisky me trae buenos recuerdos —explicó Antoine—, ya que fue tomando este mismo *blend* en un bar de jazz de Tokio cuando recibí la revelación que cambiaría mi vida para siempre.

—¿Qué revelación? —preguntó Verne con dificultad.

—En el bar había un empresario de Okinawa que estaba de visita en la capital para ver a su hija. Al parecer había montado una cadena de supermercados prácticamente de la nada gracias a ese mismo consejo que me dio. ¿Quieres oírlo? Puede serte de utilidad.

—¡Díselo, Antoine! —le urgió Lily—. No te hagas de rogar...

—Se llamaba Yoshiaki y hablaba algo de inglés. Me dijo: «Chico, hay un momento en la existencia en que debes decidir si quieres seguir viviendo como los demás o empiezas a desarrollar tus poderes secretos».

Ese fue el momento elegido por el cuerpo de Verne para, tras una esforzada lucha, abandonar la verticalidad.

Agarrándose con las manos al taburete, sintió cómo un sudor frío le empapaba la frente. Tras levantarse con esfuerzo, declaró:

—La compañía es muy grata, pero debo dejaros. Creo que, más allá del precio, cada pelotazo en la Luna vale por tres.

Lily se apresuró a sujetarle para que no cayera, mientras Antoine adoptaba un tono de autoridad.

—Llévalo a nuestra suite, Li. Quédate un rato con él, por si hay que llamar al médico. Yo estaré aquí vigilando el Hibiki.

HIGH MILE CLUB

Al volver a la suite en la que se había colado con Moira, Verne tuvo la impresión de hallarse en un lugar totalmente distinto.

Del biombo traslúcido que separaba la bañera del resto de la estancia colgaba ropa interior roja y negra. Dos pares de zapatos esparcidos por el suelo revelaban que los invasores sí podían entrar con sus pertenencias, aunque era obligatorio llevar el mono y las botas reglamentarias fuera de los habitáculos.

El perfume dulzón que lo impregnaba todo acabó de marear a Verne, que necesitó tumbarse en el colchón frente a la gran cristalera curva. El paisaje lunar mostraba una negrura espesa y hostil desde que el sol y su reflejo en la Tierra se habían ocultado tras el satélite.

Mientras trataba de controlar la noria en la que se había convertido su cabeza, sintió cómo, tras quitarle las botas, las manos de Lily le abrían el mono y tiraban con fuerza hacia abajo para sacárselo. La misma suerte corrieron los bóxers.

Con los ojos cerrados, Verne esperó la llegada de una colcha para cubrir su debilitado cuerpo, pero en vez de eso sintió el peso desnudo de su cuidadora.

Incrédulo, abrió los ojos para comprobar que, efectivamente, Lily se había sentado sobre sus partes y se movía en pequeños círculos para despertar su virilidad. Sonriendo sobre aquellos pechos que parecían inmensos desde su perspectiva, le advirtió:

—Ahora te vas a enterar de lo que vale un peine, Verne.

Antes de que él pudiera zafarse, Lily aprovechó que su miembro se había empalmado para ensartarlo dentro de ella. Tras llegar al fondo, empezó a subir y bajar con gran pericia ante un asombrado Verne, que, sin oponer más resistencia, murmuró:

—Esto no está bien, Lily. Por muy abierta que sea vuestra relación...

—Concéntrate y disfruta —le ordenó—. Antoine es más liberal de lo que te imaginas. No solo aprueba lo que estamos haciendo, sino que lo estaba esperando desde que le conté lo que siento por ti.

—Ya...

—Entre nosotros dos no hay secretos. Creemos en el poliamor y en la libertad de seguir los propios deseos, sin ataduras. Yo siempre quise ingresar en el High Mile Club, pero esto es mejor... infinitamente mejor.

Las arremetidas de Lily estaban llevando al límite a Verne, que agarraba con fuerza sus nalgas duras y generosas. Mientras echaba la cabeza rizada hacia atrás, arrancó las manos de él de allí para llevarlas hasta sus pechos, que apenas temblaban con cada sacudida de ella.

Aunque sabía que estaban rellenos de silicona, al masajear aquellos globos consistentes, Verne sintió que estaba a punto de estallar. No podría aguantar mucho más.

—¿Qué es el High Mile Club? —preguntó, tratando de retrasar el momento.

—Qué poco mundo tienes... Es el club selecto al que pertenecen todos los que han conseguido

hacerlo en el lavabo de un avión. Aunque esto nuestro merece estar en una categoría superior. ¿Cuántos podrán decir que han echado un polvo en la Luna?

La adrenalina sexual le había devuelto y multiplicado los sentidos. Tomando la iniciativa por primera vez desde que había sido llevado a la suite, agarró a Lily de las caderas para que se tendiera sobre la espalda y llegar así al orgasmo.

Ella pareció encantada con la variación. Cerrando los ojos, se mordía el labio entre gemidos mientras él daba las últimas embestidas.

Decidido a llegar al final de lo que nunca debería haber empezado, Verne levantó la cabeza y abrió los ojos, dispuesto a vaciarse dentro de ella.

Lo que vio, a dos metros escasos, le causó tal conmoción que sintió cómo todo su cuerpo se aflojaba mientras se retiraba de Lily con un movimiento reflejo.

Al otro lado de la mampara reconoció la silueta del viejo con la mano en el sexo. En su cabeza, que asomó por encima del cristal como una pulchinela, había una expresión de triunfo.

LAS VIDAS DE LOS MAESTROS

Verne esperó a que el reloj de la biblioteca diera las nueve para abrir el garaje. Mientras comprobaba el nivel de energía del Rover y la batería y oxígeno del biotraje, sintió que la pesadumbre le seguía acompañando.

Solo cuando estuvo a suficiente distancia de la ciudad lunar, sorteando los montículos y socavones, encontró algo de consuelo para su alma.

Había caído en la trampa de aquellos dos, que sin duda habían planeado con detalle la velada, whisky japonés incluido. Verne se sentía un juguete en la ciudad de la Luna, donde nada sucedía nunca según su voluntad. Incluso las visitas a Kumar estaban previstas desde el momento mismo de su contratación, de la mano del mismo hombre que ahora le esperaba en su alejado refugio.

Pese a todo, el gran jefe lunar era la única persona con la que le apetecía estar, después de lo sucedido la noche anterior. Los libros y aquel ermitaño loco eran lo único que le salvaba de no hundirse todavía más en la melancolía lunar.

Tras aparcar el vehículo itinerante junto a la señal de advertencia, superó por tercera vez la colina y el páramo agujereado hasta llegar a la «cabaña» de Kumar, como él la llamaba.

Sobre la mesa de madera ya le esperaban la jarra de agua y las dos copas de cristal. Saltándose el protocolo, Verne llenó una de las copas y la vació de un trago. La resaca que le torturaba desde la noche anterior aún no había remitido.

—Te veo agobiado —comentó Kumar—. ¿Sigues pensando en tu amiga?

—Hace un par de días que no la veo... De hecho, preferiría no ver a nadie —confesó—. Desde que llegaron los turistas, la colonia se ha vuelto un lugar caótico.

—Era previsible. ¿Se interesan por la biblioteca?

—Muy pocos... y la mayoría mira los libros de lejos, como si les diera reparo tocarlos. Se acercan para comprobar que realmente existen. Quizás toman uno para ver cómo es, pero enseguida lo devuelven a la estantería, como si tuvieran una bomba en las manos.

—Y es así... Un libro puede hacer volar por los aires lo que eras hasta ahora y dar nacimiento a un nuevo ser. Mírame a mí —dijo Kumar, abriendo los delgados brazos—, esto es lo que los libros han hecho conmigo.

—Te han apartado del mundo —apuntó Verne, incisivo.

—Sí, pero me han acercado a mí mismo. Y cuando estás cerca de ti, de lo que eres en realidad, también lo estás de todo lo que existe en el universo. Esto hace que no me pese la soledad, aunque valoro mucho tus visitas.

Tras un breve silencio que el ermitaño aprovechó para volver a llenar las copas de agua, Verne explicó:

—Estoy ampliando la información de la que disponen los exoturistas sobre cada título. En los libros con autor, añado una pequeña ficha biográfica al archivo. Me gusta que puedan entender quién hay detrás de esas obras, aunque confieso que esas vidas me dan que pensar.

—¿A qué te refieres, hijo?

—Si se trata de autores muy lejanos en el tiempo, no tenemos manera de saber cómo eran en verdad, porque el relato que nos ha llegado de su biografía está totalmente idealizado. A veces directamente inventado, como el caso de Lao-Tsé. ¿Tú te crees eso de que nació ya anciano, tras una gestación de ochenta y un años por parte de su madre, como dice la leyenda? —Kumar lo escuchaba complacido, sin contestar—. En el relato de la vida de Buda no se menciona que tuviera un solo defecto, y de Jesús solo sabemos que no trabajó en su vida. No hay manera de saber cómo eran estos maestros, porque solo nos han contado lo bueno, aunque yo sospecho que eran tan imperfectos como nosotros y con vicios parecidos.

—Fueron humanos.

Verne se quedó unos instantes dudando, antes de contar:

—Cuando trabajaba como «consultor existencial» conocí a una psicóloga que necesitaba un buen psiquiatra —dijo, pensando en Lily—, y al leer sobre la vida de Alan Watts, sorprende que el introductor del zen en Occidente fuera un borracho, mujeriego y derrochador. Esto me lleva a sospechar que los maestros del pasado eran parecidos.

—Es posible... —Kumar sonrió indulgente—, pero eso no resta mérito a sus descubrimientos y mensajes. Quizás los padres deben *predicar con el ejemplo*, como siempre nos han dicho, pero los maestros están eximidos de esa responsabilidad. Es más, la virtud puede ser un impedimento para llegar a la verdad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El conocimiento de la vida es como la ciencia, que solo avanza por *prueba y error*. Para llegar a grandes revelaciones, antes hay que haber cometido todas las equivocaciones posibles. Un estudioso que conociera al dedillo toda tu biblioteca, pero no hubiera experimentado y transgredido, jamás podría ser un maestro ni enseñar nada. La existencia es una asignatura que hay que vivir de primera mano. Y nunca pasas curso del todo, siempre nos estamos examinando. —Verne pensó que ahí terminaba la reflexión, pero Kumar le sorprendió al añadir—: Esa chica de la que estás enamorado y por la que tanto has sufrido, por ejemplo, es tu mayor maestra ahora mismo. Te está enseñando a amar.

51

EL PESO DE LA OSCURIDAD

En la estrecha negrura de su camarote, Verne sentía que el aire no acababa de llenar sus pulmones. Siguiendo las instrucciones que se reproducían en la cantina regularmente, identificó aquel fenómeno como ansiedad y se dispuso a practicar la respiración de tres fases.

Inspirando de la manera más lenta posible, el aire hizo bajar el vientre hasta ensanchar los pulmones y finalmente levantar las clavículas. Luego soltó el aire siguiendo el camino inverso muy lentamente, sin que se dejara oír a su paso por las fosas nasales.

Según la teoría, bastaban diez minutos de aquel ejercicio para que las pulsaciones bajaran y el malestar producido por el encierro se disipara.

Aquella noche, sin embargo, nada de eso le funcionaba. Era como si la oscuridad tuviera un peso que le ahogaba sin remedio. Mientras trataba de huir de aquella sensación, pensó en un álbum de principios de siglo del compositor islandés Ólafur Arnalds. Se llamaba justamente ... *And They Have Escaped the Weight of Darkness*[5].

Era música bella pero de una extraña tristeza, como la que él sentía a medida que se acostumbraba a la vida en la Luna.

En medio de estos pensamientos, el peso de la oscuridad se deshizo parcialmente por el brillo verdoso de la muñquera.

[015 > 068] HOLA, SOY MARCELO. SIENTO MOLESTARTE A ESTAS HORAS.
HAY UN CÓCTEL EN EL TEATRO MIENTRAS SE PROYECTAN FILMACIONES DE LA CARA OCULTA DE LA LUNA. EN PRINCIPIO ES SOLO PARA EXOTURISTAS, PERO TENGO DOS ACCESOS.

[068 > 015] GRACIAS POR PENSAR EN MÍ, PERO NO ME SIENTO CON FUERZAS PARA SALIR AHORA MISMO.
¿POR QUÉ NO VAS CON MOIRA?

[015 > 068] ESTÁ DE GUARDIA EN LA EXONET HASTA LAS DOS. Y ESO ME VIENE BIEN, PORQUE NECESITO CONTARTE ALGO. A SOLAS.

[068 > 015] LLEGO EN QUINCE MINUTOS, ENTONCES.

Antes de esta previsión, Verne entraba en el Teatro Lunar, donde los turistas tomaban copas de pie —habían retirado las primeras filas de asientos— delante de una pantalla a la que nadie prestaba atención.

Mientras sondeaba el espacio en busca de Marcelo, tuvo la impresión de que prácticamente todos los invasores se encontraban allí. Le alegró comprobar que entre los ausentes estaban Lily y Antoine. En su lugar había, además de dos camareros del UFO Café, alguien que reconoció al instante pese al mono plateado y las gafas negras.

Kumar.

Discretamente situado a la derecha de la pantalla, sorbía uno de aquellos cócteles mientras sus ojos parecían fijarse en las imágenes que se iban proyectando.

Verne se preguntó a qué obedecía su presencia allí de incógnito. Tal vez solo quisiera ver por sí mismo cómo se comportaban los millonarios, pensó. En todo caso, entendió que no debía acercarse a él.

Una mano flácida en el hombro lo sacó de su aturdimiento.

—Gracias por venir —le saludó Marcelo—. ¿Podemos hablar en la Cueva de los Aborígenes? El terreno está despejado.

—De acuerdo.

Mientras caminaban hasta el Ágora Lunar para, desde allí, tomar el túnel transparente que llevaba a la cantina, Verne miró de reojo al brasileño. Parecía haber adelgazado varios kilos desde el último encuentro. Los huesos se le marcaban en la cara casi como a un deportado, y su piel había adquirido un tono ligeramente amarillento.

Siguieron adelante hasta detenerse frente al acceso que llevaba a la escalera de caracol.

Tras ver que la puerta no se abría, se fijaron en un letrero de material plástico en el que no habían reparado:

ESPACIO CERRADO POR MANTENIMIENTO

—Joder... —protestó Marcelo—. Deben de estar renovando el agua del pulpo.

—Podemos ir a la cantina —propuso Verne—. No he visto que hubiera nadie.

El brasileño dio su conformidad con un leve movimiento de cabeza. Poco después se instalaban al fondo de aquel iglú desangelado. Las pantallas estaban ya apagadas y la zona de ocio para empleados —si podía llamarse así— se encontraba en penumbras.

Tras ocupar dos sillones que hicieron un crujido metálico al dejarse caer sobre ellos, Marcelo soltó la bomba sin más preámbulos.

—He presentado mi dimisión.

—¿Cómo dices? —preguntó Verne, despertando de repente.

—Lo que oyes. Me largo con el primer remplazo de turistas. Pensaba que lo llevaba mejor, pero no aguanto más aquí.

—Pero... ¿y Moira? —dijo, obviando por un momento sus sentimientos—. Además, para pagar tu vuelta tendrás que empeñarte de por vida.

Marcelo sonrió por primera vez desde que se habían encontrado.

—Afortunadamente, el dinero no es un problema. Aunque no les va a hacer puñetera gracia, mi familia puede pagarlo.

—¿Por qué viniste hasta aquí, entonces?

—No por la pasta, eso seguro. Desde pequeño siempre quise ir a la Luna... Tras un par de meses aquí, he tenido bastante. Ya lo he vivido, necesito volver ahí abajo cuanto antes.

Verne respiró ruidosamente, incapaz aún de encajar la noticia.

—¿Has avisado a Deborah?

—Sí... esta mañana. Me harán una rebaja en el pasaje porque el K101 tiene un asiento extra.

—¿Y Moira?

—A cambio de ese descuento, me ha pedido que no le diga nada hasta la noche antes mi marcha, que será dentro de cuatro días. Y yo debo pedirte lo mismo, Verne.

—Qué disparate... —murmuró sin entender—, ¿y eso por qué?

—En cuanto me marche, ella será indispensable en la Exonet. La empresa tardará algo de tiempo en encontrar un perfil como el nuestro. Si la aviso ahora, podría acabar de hundirse y exigir volver también. Y, si eso sucede, os quedaréis incomunicados a la primera incidencia...

—Ya lo estamos —repuso en tono reivindicativo—. La ración de datos por empleado da como mucho para felicitar el cumpleaños de tu abuela, si la tienes.

—Lo sé... Hay cosas aquí que no funcionan como deberían, pero iréis aprendiendo. —Dijo esto último con la frialdad de quien ya se ve fuera del lugar donde estaba obligado a congeniar—. Me ha gustado mucho conocerte, de veras.

Acto seguido, se marchó, dejando a Verne en la penumbra de la cantina.

UNA NUBE DEL NO SABER

De forma parecida a cuando un pie espera encontrar un escalón y no está allí, Verne se sentía en un nuevo vacío dentro del vacío. Aunque, desde un punto de vista puramente egoísta, la soledad de Moira podía ser una buena noticia, el desconocimiento de cómo reaccionaría le provocaba angustia. Además, si el amor era un juego, él no quería ganar por incomparecencia del rival.

A medida que iban pasando los días indistinguibles de las noches, sentía que la piel de su alma se endurecía. Aunque seguía enamorado de ella, temía que a quien realmente amaba fuera la chica que había conocido en la Tierra, cuando los dos eran libres e indecisos.

Forzar un romance para paliar la marcha del otro le convertiría en poco más que una tirita emocional. Y él no quería ser eso. No con Moira.

Decidido a intentar la vida contemplativa, Verne tomó el libro anónimo inglés del siglo XIV llamado *La nube del no saber*, dirigido a los exploradores de la vía espiritual cristiana.

Con un espíritu didáctico, el texto era una guía para zambullirse en busca de Dios o de un mismo, si es que había alguna diferencia:

Es natural que al comienzo no sientas más que una especie de oscuridad sobre tu mente o, si se quiere, una nube del no saber. Te parecerá que no conoces ni sientes nada a excepción de un puro impulso hacia Dios en las profundidades de tu ser.

Hagas lo que hagas, esta oscuridad y esta nube se interpondrán entre tú y tu Dios. Te sentirás frustrado, ya que tu mente será incapaz de captarlo y tu corazón no disfrutará de las delicias de su amor.

Pero aprende a permanecer en esa oscuridad. Vuelve a ella tantas veces como puedas, dejando que tu espíritu grite en aquel a quien amas. Pues si en esta vida esperas sentir y ver a Dios tal como es, ha de ser dentro de esta oscuridad y de esta nube.

Aquellas instrucciones parecían llenar el espacio circular de la biblioteca, en la que no había entrado nadie en toda la tarde. Pasada la novedad, los que se habían acercado a curiosear el primer día no habían regresado.

Aun así, Verne contaba los días que faltaban para que los invasores se largaran, y disfrutar así de una semana de pausa hasta el segundo remplazo de exoturistas.

—Hola.

Esa simple palabra resonó en la biblioteca con un extraño eco.

Al levantar la cabeza, Verne se sorprendió al ver a Siggy, muy tenso dentro de su uniforme.

—Prometiste no venir nunca a la biblioteca... —le saludó Verne con sorna.

—Ya, pero como sheriff de la colonia estoy obligado a hacerlo. Por raro que parezca, ha desaparecido un tipo. Uno de los millonarios —puntualizó—. Nos consta que pasó por aquí. —Verne se encogió de hombros y el policía añadió—: Ha venido solo, pero lo han echado en falta porque hace veinticuatro horas que no acude a ninguna actividad. En su habitación no hay ni rastro de él.

—Estará en el bar, o en el Moonbay.

—Negativo. Por eso he venido. Tiene un nombre bastante estúpido, de los que no se olvidan: Rilo Marshall.

Escuchar aquello despertó inmediatamente su instinto de bibliotecario. Sin más demora, pasó los dedos por el monitor hasta encontrar la referencia:

—Efectivamente, estuvo aquí. Se llevó una edición de gran valor del *Esto es eso* de Watts. Hace dos días que debería haberlo devuelto.

—¡A la mierda el libro! —dijo Siggy—. Hay que encontrar a ese tipo o cundirá el pánico entre los turistas.

—Sé que está fuera de tu jurisdicción... —dijo Verne con precaución—, pero ¿habéis mirado afuera?

—Todos los chóferes están en ello, pero de momento sin resultado. Ese cateto se ha volatilizado como una pompa de jabón.

LA CONCIENCIA CÓSMICA

Kumar observaba a su discípulo con una actitud alerta que Verne no había percibido antes. El motivo podía ser su incursión secreta en la ciudad lunar, pensó el bibliotecario, que no hizo comentario alguno. Había un tema más relevante que no tardó en poner sobre la mesa.

—Ha desaparecido un turista —explicó Verne—, desde ayer lo están buscando. Fue el primer cliente oficial de la biblioteca.

—Interesante... —repuso, como si eso fuera más importante que la propia desaparición—. ¿Qué clase de lectura le interesaba?

—Solo quería curiosear, como la mayoría de visitantes. Ver y tocar algo prohibido. Pero, en el caso de Rilo Marshall, sacó un libro en préstamo. Y no uno cualquiera: la primera edición de *Esto es eso* firmada por el autor. No llegó a devolverlo, y de hecho no han encontrado el libro en su habitación, por lo que se supone que ha desaparecido con él.

—Entiendo —dijo, preocupado por aquella noticia—. Tal vez el espíritu de Alan Watts se lo ha llevado de juerga. Es una antología de ensayos que habla, entre otras cosas, de la conciencia cósmica.

—No he llegado a leerlo.

—Tal vez ya no puedas hacerlo por culpa de ese botarate, al menos en forma de libro. —Confirmando que aquella obra le importaba más que la suerte del joven propietario de casinos, a continuación le contó—: En uno de esos artículos, Watts habla de *Sketch for a Self-Portrait*, un ensayo de 1949 de Bernard Berenson, un hombre misterioso que de hecho fue el que le inspiró el título de esta obra. —Desde que tenían aquellas conversaciones en el refugio lunar, Verne había comprobado la facilidad de Kumar para abrir paréntesis dentro de otros paréntesis, con lo que a menudo acababan perdiendo el hilo principal—. Su nombre era un pseudónimo para ser más aceptado en Estados Unidos —prosiguió—, en realidad se llamaba Bernhard Valvrojenski y había nacido en Lituania. Era un experto en arte que puso de moda las obras del Renacimiento y ganó mucho dinero autenticando piezas a principios del siglo XX. Se hizo pareja de lord Duveen, un marchante de arte, y vivió con él gran parte de su vida en una lujosa villa cerca de Florencia. Sus sobrinos y los descendientes de estos siguieron en el mundillo, aunque algunos trabajaron en Hollywood, como Berry Berenson, actriz y esposa de Anthony Perkins. Murió en los ataques del 11 de septiembre por una mala jugada del destino: viajaba en el vuelo 11 de American Airlines que impactó contra las Torres Gemelas. —Hizo una pausa para indicar que la introducción al personaje había terminado—. En su ensayo, Bernhard habla de cómo experimentó la «conciencia cósmica» al subir una vez por el tronco de un árbol. En aquel justo momento sintió que el árbol y él eran una misma cosa, y no solo el árbol... Según sus propias palabras, se dio cuenta de que «ESO» y él eran uno.

—Entonces... la conciencia cósmica equivale a fundirse con el todo, lo que quiera que sea.

—Exacto, justamente Watts tomó prestada la palabra «eso» porque no encontró otra forma de

definirlo. —En este punto, Kumar pareció emocionarse. Tras pasarse la mano huesuda por el cabello blanco y corto, añadió—: Cuando adquieres conciencia cósmica, ganas una libertad infinita, porque ser parte de «eso» significa serlo todo. En ese estado de iluminación es imposible sentirte solo. Cuando llegues ahí, Verne, no necesitarás nada. Ni siquiera los libros. Tampoco a esa chica que ha secuestrado tu corazón.

EL ELEFANTE BLANCO

Mientras conducía el Rover de regreso al complejo lunar, Verne recordó el ejercicio del elefante blanco. Se utilizaba a menudo en los talleres sobre la conciencia a los que había asistido.

Si el instructor decía: «Durante los próximos diez minutos intenta no pensar que hay un elefante blanco en esta sala», el resultado era que durante ese lapso de tiempo era imposible no pensar en el elefante blanco, por absurdo que fuera.

La explicación que se suele dar es que la mente no procesa el «no». Por eso siempre se dice que los mensajes motivacionales hay que darlos en positivo.

Siguiendo este mismo mecanismo, desde que Kumar le había dicho que, gracias a la conciencia cósmica, ya no necesitaría a Moira, sentía que la necesitaba más que nunca.

Tras el shock inicial por la marcha de Marcelo, que le había llevado a reaccionar como un caballero trasnochado, empezaba a ver aquel cambio con ojos distintos. Si, contra todo pronóstico, el universo había decidido dejarlos a ellos dos ahí arriba, mientras el otro regresaba al cuerno de la abundancia de la Tierra, era porque ambos merecían una última oportunidad. Una primera oportunidad, de hecho.

No podía entrar en aquel nuevo territorio aprisa y con las botas sucias, se dijo Verne. Si quería abrir el mayor regalo que le reservaba el destino, tendría que armarse de prudencia y no agitar el árbol hasta que la fruta —hasta ahora prohibida— cayera por sí misma.

Cambiando su rol de lingüista y bibliotecario por el de un mariscal de campo, mientras maniobraba por el terreno arenoso esbozó mentalmente las diferentes fases de su viaje sentimental. Porque se trataba de eso en toda regla: un viaje al corazón de Moira.

Lo primero que acontecería era la noticia de la marcha de Marcelo. Cuando se lo contara en breve, ella respondería con estupefacción primero. Tal vez con rabia después. ¿Quién podía ser tan cruel de dejar a su novia y compañera colgada en la Luna?

Tal vez, bajo aquel manto de amabilidad excesiva, Marcelo fuera en el fondo un tipo inconstante. Más aún, teniendo dinero, al poco de regresar a la Tierra encontraría otra chica. La seduciría en uno de los millones de bares que había ahí abajo, presumiendo de sus dos meses al mando de las comunicaciones —por supuesto, no mencionaría a Moira— de la primera ciudad en la Luna.

Al principio, no se lo comunicaría a Moira, aunque los correos que enviaría al Exovillage serían cada vez más breves y superficiales. Solo si la nueva relación avanzaba en serio —elegiría, sin duda, una chica de buena familia— se vería obligado a romperle el corazón desde trescientos ochenta mil kilómetros de distancia.

Para entonces habrían pasado un par de meses, quizás, en los que Verne esperaba revivir la vieja amistad y llevarla más lejos aún, pero no daría el paso definitivo hasta que ella fuera verdaderamente libre.

La preparación para ese momento culminante implicaba picar mucha piedra, pensó Verne. Lo

más difícil sería no tomarle la mano cada vez que estuviera con Moira, a no ser que el gesto saliera de ella. Intentar besarla estaba prohibido. Eso no podía suceder hasta que el terreno se hubiera despejado. Ya que se le presentaba esta oportunidad, no daría un paso en falso.

Quería empezar bien una historia que no debía terminar nunca.

Para ello, en esta fase preliminar sería un amigo ejemplar. Escucharía con atención todos sus agobios y tristezas. Compartiría con ella los secretos que fuera descubriendo en la biblioteca de la Luna. Se emocionarían leyendo juntos los más bellos pasajes, y reirían con aquellos que resultaran incomprensibles o que no procurasen progreso espiritual ninguno.

También la llevaría más veces con el vehículo itinerante. Podría enseñarle los cuatro trucos de aquel tractor para que lo condujera ella. Tal vez, incluso, si Kumar daba su permiso, acudiría con ella a presentarle al maestro lunar. Verne dejaría de ser el único con el privilegio de charlar con él, para abrir un debate triangular.

En medio de estas predicciones felices, la estructura de paneles blancos y cristal ya se vislumbraba en su camino. Yendo un poco más allá en su cuento de la lechera particular, Verne imaginó lo que podría suceder seis meses o un año después.

Avanzada su andadura como pareja, le pediría que fueran los primeros en casarse en la Luna. La ceremonia solo podría oficiarla el mismo Kumar, como máxima autoridad de la colonia.

Una vez que Moira estuviera licenciada —así se llamaba el cumplimiento del año y medio obligatorio—, cosa que sucedería dos meses antes que en el caso de Verne, ella le esperaría en su nueva casa en la Tierra, tal vez en las islas Palau, embarazada del primer hijo concebido fuera del planeta.

Detenido frente a la compuerta del garaje, Verne se disponía a cerrar su ensoñación, junto con el vehículo lunar, cuando le pareció ver un pequeño fulgor blanco a veinte metros del módulo.

Lleno de curiosidad, saltó fuera del Rover y caminó a paso ligero hasta aquel cuadrado pálido en medio de la gravilla gris. Una lejana cordillera de picos serrados le hizo pensar que la Luna era un lugar mucho más bello desde que imaginaba su vida junto a Moira.

Su fabulación romántica se cortó de golpe al ver qué era aquello que había llamado su atención.

Era un libro abierto por la mitad. Y no uno cualquiera.

Lo levantó con cuidado entre sus guantes, como si rescatara un ave herida. Al cerrarlo, la cubierta con el título se mostró ante sus ojos como una revelación.

Esto es eso.

55

HIPÓTESIS

[068 > 050] SIGGY, HE ENCONTRADO ALGO QUE ESTUVO EN MANOS DEL DESAPARECIDO. ESTOY EN LA BIBLIOTECA, PERO PUEDO CERRAR UN RATO SI ME DICES DÓNDE ESTÁS.

[050 > 068] NO TE MUEVAS DE AHÍ, AMIGO. VOY.

Por el tono amable, Verne entendió que el sheriff esperaba ser él quien diera con el millonario desaparecido, para así colgarse la medalla en el primer caso de la historia de la Luna.

Un par de minutos después entró en la biblioteca como un *bulldozer*. Su mirada de impaciencia y excitación se transformó en decepción al ver el ensayo de Watts sobre la mesa.

—Sacó este libro en préstamo hace una semana —le explicó Verne—. Se trata de una edición muy valiosa, por lo que debía devolverlo en cuarenta y ocho horas, pero no lo hizo. Quizás porque ya había desaparecido...

—No juegues a ser detective, chico —replicó irritado—. Aquí el único que puede sacar conclusiones soy yo.

—Pues entonces déjame terminar. Esta biblioteca cuenta con un vehículo itinerante con el que hoy he salido y...

—Espera, espera... —le interrumpió, pasmado—. ¿Me estás diciendo que has salido fuera? ¿A hacer qué? ¿Te ha visto alguien?

—Creo que no. Siempre elijo horas en las que no hay safaris lunares, como lo llaman aquí. Procuro que nadie me vea entrar ni salir. —Eludiendo su segunda pregunta, Verne añadió—: Así ha sido como he encontrado, a poca distancia de este módulo, el libro que se llevó el desaparecido. Está en bastante buen estado, para llevar fuera no sé cuánto...

—¿Y a quién coño le importa cómo esté el libro? —gritó, empujando la mesa con sus manazas—. De lo que se trata aquí es de encontrar a ese Rilo Marshall. Si no aparece, con el próximo replazo llegará otra clase de policías, y no serán tan benignos como yo.

Sin dejarse amedrentar, Verne se giró instintivamente hacia la compuerta del garaje y dijo:

—Sinceramente, Siggy, que ese diablo haya dejado tirado el libro ahí fuera no es una buena noticia. Si me permites una hipótesis, he observado que los millonarios beben como cosacos. Creo que los precios de cinco cifras les ponen. No sería raro suponer que ese genio de los casinos pillara una buena turca y saliera a leer al aire libre. ¿Tienen ellos acceso a sus biotrajés?

—Sí, los guardan en un almacén de recarga donde pueden entrar a voluntad; es un fallo del sistema. Los vehículos, en cambio, están en un hangar al que solo pueden acceder los chóferes. —Y con una mirada de odio, añadió—: Aparte del Rover particular del señor bibliotecario.

—Entonces, hay que suponer que Rilo Marshall, después de agarrar una cogorza, fue a por un biotraje y se las ingenió para salir andando del complejo. ¿Esto te encaja?

—Lamentablemente, sí. Está prohibido salir, fuera de las excursiones guiadas, pero no se han tomado precauciones para que eso no ocurra. No estamos en una cárcel, pero pronto vamos a pagar este error.

Verne se puso de pie, dando la reunión por terminada. La pelota estaba ahora en el tejado de Siggy. Para terminar, se aventuró a añadir:

—Si mi hipótesis es acertada, es muy probable que ese infeliz haya muerto ahí fuera. Tal vez se desorientó y, antes de poder encontrar el camino de vuelta, se le terminó el oxígeno, la batería térmica o ambas cosas.

—Tiene sentido lo que dices... —dijo, pasándose la mano por el pelo cano—. Voy a movilizar de nuevo a todos esos chóferes chulitos para que rastreen cada palmo en dos kilómetros a la redonda. Por mis huevos que encontraremos a Rilo Marshall.

56

LA GRIETA DE DIOS

Una vez que empezara el rastreo, era previsible que el sheriff acudiera en su búsqueda para que le indicase el lugar exacto donde había encontrado el libro, aunque ya le había hecho el cálculo de pasos desde el garaje.

Si se corría la voz, tal vez otros curiosos se acercaran a la biblioteca para ver aquel libro que había viajado al espacio exterior.

Para evitar estas molestias, Verne había decidido cerrar un par de horas la biblioteca. Enclaustrado en su camarote, la edición del *I Ching* de Richard Wilhelm era la mejor compañía que se le ocurría para aquellos momentos. Podía incluso poner a prueba el oráculo del *Libro de las mutaciones*, como también lo llamaban, para ver qué decía sobre lo que estaba sucediendo.

Tumbado en el estrecho camastro, aquel espacio hermético y diminuto que otras veces había disparado su angustia ahora le parecía una guarida providencial.

Llevaba días evitando a Lily y a su compinche *voyeur*, aunque sospechaba que ya habían perdido todo interés por él. Superado el desafío «tirarse al bibliotecario», debían de estar ocupados en otras diversiones.

Con el grueso volumen negro sobre su pecho, Verne se sumergió en la introducción tal como habría hecho un estudiante de otro siglo. Cada vez más acostumbrado a leer letras de tinta sobre el papel, había llegado al convencimiento de que la lectura sabía distinta en aquel formato ancestral.

Al igual que un vino añejo no se disfruta igual en un vaso de plástico que en una copa de cristal, el contenido de aquellos libros impactaba en él con una fuerza y profundidad que jamás había encontrado en la lectura digital.

En el prefacio a aquella edición llena de textos introductorios se explicaba que el *I Ching* podía considerarse el libro más viejo de la humanidad, ya que los textos más antiguos que recogía, atribuidos a un sabio llamado Fu-Hi, databan como mínimo del 2400 a.C. Mucho más modernos eran los del rey Wen y el duque de Chou, su hijo.

Verne se saltó varias páginas de disquisiciones sobre los autores posteriores de aquella biblia oracular china, y pasó directamente al prólogo que había escrito Carl Gustav Jung para la traducción de Wilhelm, un sinólogo que hizo mucho más comprensibles aquellos textos.

Antes de los hexagramas en sí mismos, Verne se detuvo en otra curiosidad que incluía aquella edición llena de aportaciones modernas. Se trataba del poema que Jorge Luis Borges había dedicado al *I Ching*, por el que también tenía querencia.

*Quien se aleja de su casa
ya ha vuelto.
Nuestra vida
es la senda futura y recorrida.*

Aunque Verne no alcanzaba a entender el sentido de aquellos versos —quizás su interpretación fuera abierta, como el propio *I Ching*—, por algún motivo resonaron en su interior como una alerta.

Le resultaba imposible no relacionar aquel fragmento con el hombre perdido. Algo le decía que aquella señal indicaba el camino correcto. Era plausible que, después de salir y dejar tirado a Alan Watts, el turista lograra regresar al complejo, aunque no hubiera sido visto desde entonces.

¿Dónde podría estar?

*... pero en algún recodo de tu encierro
puede haber una luz, una hendidura.
El camino es fatal como la flecha.
Pero en las grietas está Dios, que acecha.*

Sin pretenderlo, con aquellas palabras que habían viajado los siglos y el vacío del cosmos, el premio Nobel argentino le acababa de dar la pista definitiva.

Con la adrenalina disparada, Verne saltó de la cama y salió de su escondite sabiendo muy bien adónde ir.

Tras sortear varias parejas de millonarios, al pasar por el Ágora Lunar se topó con el sudado uniforme de Siggy, que más que la búsqueda de un desaparecido parecía estar dirigiendo el desembarco de Normandía.

—El rastreo no está dando resultado. Voy a pedirte que...

—No será necesario que os señale dónde estaba el libro —dijo Verne, tirando de su manga para que le acompañara por el túnel de la cantina—, quien buscáis no está ahí fuera.

—¿Ah,? —protestó, dejándose llevar—. Pues hace un par de horas no pensabas lo mismo.

—Hace un par de horas no había encontrado la pista. O quizás es un presentimiento.

—¿De qué coño hablas?

Verne pensó que sería una pérdida de tiempo hablarle sobre los materiales extra del libro de Wilhelm, así que se limitó a señalar la puerta de la Cueva de los Aborígenes, que seguía clausurada.

—¿Aquí? —dijo el sheriff, rascándose la cabeza—. Ese espacio lleva días cerrado por mantenimiento.

—Justamente por eso es el único lugar donde nadie ha mirado.

Siggy acercó la pulsera al sensor, pero la puerta no se abrió.

—Sigue bloqueado. Voy a pedir un acceso ahora mismo.

—No hace falta, mi brazaletes vuelve a funcionar —anunció el bibliotecario, al ver que se abría al acercar su pulsera.

—Te odio, Verne —dijo el policía—. Algún día me tendrán que explicar por qué eres el niño mimado de la colonia, pero ahora voy a bajar.

Sin pedirle permiso, fue tras el policía, que ya hacía descender su corpachón por la escalera de caracol. Una vez abajo, esperó a que Verne se ocupara de abrir la puerta, que estaba también bloqueada.

Cuando ambos hombres entraron en la caverna de luz azulada, no fueron capaces de dar un segundo paso.

Dentro del acuario, el pulpo gigante abrazaba con sus tentáculos el cadáver hinchado de Rilo Marshall.

57
TENTÁCULOS

Con el descubrimiento del cuerpo en la Cueva de los Aborígenes, la melancolía dio paso a la histeria. Se registraron tres bajas laborales más en la colonia y, a falta de un día para el fin de sus vacaciones lunares, la mayoría de los turistas se encerraron en sus habitáculos.

Sobre la muerte de Rilo Marshall corría toda clase de especulaciones.

La más aceptada era que él mismo había sido responsable de su muerte. Varios testigos declararon, horas antes de su desaparición, haber visto al rey de los casinos electrónicos entrando y saliendo varias veces del UFO Café.

Tras aventurarse en la intemperie lunar por su cuenta y riesgo, a su regreso había bajado a la Cueva de los Aborígenes. Nadie podía aclarar cómo había acabado dentro del tanque de los pulpos, donde había muerto ahogado.

Sentada junto a Verne en las precarias butacas al fondo de la cantina, Moira tenía varias teorías al respecto.

—Aunque Marshall no era muy corpulento, parece difícil que el pulpo consiguiera levantarlo hasta meterlo dentro del agua —explicaba con un vaso de té en polvo en la mano—. La cubierta superior del tanque la tuvo que abrir él, ya que estaba destapada cuando encontraron el cuerpo. Quizás se encaramó él mismo con la idea de hacerse el gracioso sacando al pulpo para exhibirlo en el bar, cuando el animal tiró de él hacia dentro y lo inmovilizó hasta ahogarlo.

Dentro de su extravagancia, aquella era la teoría con menos fisuras de todas las que se habían planteado. Rilo Marshall había venido sin pareja y nadie le conocía, así que había que descartar el asesinato.

La incógnita era cómo había logrado entrar, cuando el acceso a la cueva estaba cerrado por mantenimiento. En todo caso, si el genio de los casinos electrónicos había logrado salir del recinto sin ser visto, sus conocimientos de informática podían haberle permitido desbloquear la puerta de algún modo.

—De un modo u otro, lo ha matado el pulpo —dijo Moira, convencida.

—El mismo que interfiere en las comunicaciones —añadió Verne, tratando de no reír.

—Mi teoría es que este animal, fuera de la Tierra, tiene un poder mental muy superior a cualquier otro ser que conozcamos. Solo has de fijarte en el tamaño del cerebro... No puede ser una deformidad de la naturaleza. ¿Y si se trata de un potente transmisor capaz de afectar a ondas de diferentes tipos, incluidas las cerebrales?

—Sugieres, entonces, que el pulpo obligó a Rilo Marshall a meterse dentro del tanque...

—Es una posibilidad.

Con los pies descalzos apoyados sobre un lado de su butaca, Verne sintió el deseo de coger uno de ellos para darle un masaje. Lo había hecho otras veces y ella siempre lo agradecía, pero el pacto que había hecho consigo mismo en su último paseo lunar hizo que se frenara.

—Sea como sea —concluyó él—, mañana por la tarde pondrán el fiambre en la bodega de la

K101 y se lo llevarán junto con los turistas. Ahí abajo le harán la autopsia. Según lo que salga, esto puede llenarse de policías en el próximo remplazo.

Moirá movía los pies suave y rítmicamente, como si quisieran atraer la atención de Verne. No fue hasta aquel momento cuando él tomó conciencia de que en aquella misma nave, en apenas veinticuatro horas, Marcelo ocuparía el asiento libre de emergencia.

—Por cierto, hace días que no coincido con tu chico... —dijo para introducir el tema—. ¿Está bien? ¿Te ha dicho algo?

—¿Decirme algo? No sé a qué te refieres. Está un poco raro últimamente, es verdad —añadió, doblando las rodillas para abrazarse las piernas—. Quien más quien menos, aquí todo el mundo se vuelve un poco loco.

58
SIETE LUNAS

La extraña muerte de Rilo Marshall había sumido la colonia en un estado de paranoia y agitación. Con la cabeza llena de dudas y especulaciones, Verne decidió visitar de nuevo al maestro cerca de medianoche.

Al verle entrar en el refugio en sombras, Kumar se levantó del jergón donde descansaba junto a un candil encendido.

—Siento despertarte, maestro.

—Bobadas, yo tampoco podía dormir —dijo mientras se incorporaba.

Subió la intensidad de la lumbre, que reproducía muy bien el brillo de una llama, y se dirigió con dificultad hacia una pequeña cocina al fondo del módulo. Cuando volvió con una botella negra y la puso entre las copas sobre la mesa, Verne supo que no era casualidad que hubiera ido a verle a aquella hora tardía.

El hecho de que el ermitaño, que parecía desmejorado, descorchara una botella de vino 7 Moons le hizo sospechar que estaban pasando más cosas aún de las que imaginaba.

—Fíjate en la etiqueta, querido. Tiene siete lunas, una por cada uva que compone este tinto: Petit Sirah, Sirah, Cabernet Sauvignon, Garnacha, Malbec, Merlot y Zinfandel.

—No sabía que también eras docto en vinos —dijo mientras Kumar llenaba las copas con mano temblorosa.

—Ciertamente no lo soy. Traje una caja de este vino con mis muebles y tu biblioteca —dijo, haciendo hincapié en el *tu*—. Es la primera botella de las seis que abro. Estaba esperando un momento especial, y ese momento ha llegado.

—¿Te refieres a la marcha del primer grupo de turistas? Parece que no han tenido el final deseado..., especialmente Rilo Marshall.

—Estoy enterado. —Y, para zanjar el tema, apostilló—: Nadie tiene el final deseado, a no ser que te vuelen los sesos de un tiro tú mismo.

Tras llevarse aquel líquido granate a los labios, Verne se quedó callado unos instantes. En aquel lugar remoto, en medio de la provisionalidad de su propia vida, le pareció el vino más delicioso del mundo.

—¿Qué celebramos, entonces? —se atrevió a preguntar.

—Mañana, cuando el primer remplazo se haya marchado, recuerda el nombre de este vino que estás bebiendo. Son las lunas que te quedarán para que puedas volver a casa. —Verne miró asombrado al maestro lunar, sin entender qué le estaba diciendo—. Por muy místico que me haya vuelto —explicó Kumar—, aún me queda algo de sentido común. Se ha producido una muerte en circunstancias no claras. Estaremos de acuerdo en que el fallecimiento de ese Marshall no ha sido por causas naturales. Va a montarse un buen lío cuando descarguen el cadáver ahí abajo y lo examinen. No sé cuáles serán las consecuencias, pero hasta que eso no se aclare no puedo permitir que vengan más turistas. Tengo suficientes fondos para cancelar las reservas y suspender el

proyecto por un tiempo.

—Entiendo, pero... —Verne sintió que le temblaba la voz—, ¿y el personal del Exovillage?

—También se irán. En el plazo de una semana, el tiempo que necesita la K101 para viajar hasta la Tierra con los turistas y regresar, saldrás para casa con el primer grupo —dijo con el tono resignado de un viejo capitán que ve cómo su embarcación se va a pique—. Moira también.

Escuchar el nombre de ella en los labios del viejo le hizo estremecer de nuevo. Aquello significaba que, en las últimas horas, había salido de sus elucubraciones espirituales para revisar el listado de personal y preparar la evacuación.

Tras una breve existencia, la ciudad de la Luna estaba a punto de apagarse.

—Es una decisión radical... aunque puedo entenderla. ¿Vendrás con el primer grupo de empleados, Kumar?

—Ni con el primero ni con el último, hijo... —Tras una pausa reflexiva, volvió a adoptar un tono pragmático—. El complejo quedará cerrado hasta que este asunto se aclare. Es un cierre temporal indefinido. En vista de lo sucedido, hay que replantearse el Exovillage. Mientras tanto, volveréis sin cargo alguno, cobrando los días trabajados y dos meses más de contrato. Mañana a primera hora se comunicará a toda la colonia. —Inspiró largamente para concluir—: Yo me quedaré aquí.

—¿Esto no es posible! Sin el personal, la ciudad lunar dejará de funcionar. ¿Y los suministros? ¿Quién te atenderá si se produce alguna avería?

Kumar volvió a llenar las copas de vino y se llevó la suya a los labios con la sonrisa de un viejo pícaro.

—Todo está previsto. Durante las semanas que durará la evacuación de todo el personal, haré que me preparen suministros para resistir al menos medio año. La colonia está diseñada para sustentar a un centenar de personas. Un viejo que necesita apenas nada podrá sobrevivir. Cuando todos os vayáis, esto será solo una estación espacial. Yo me quedaré aquí hasta el último aliento, aunque la mayoría ya me han dado por muerto.

Verne necesitó beber media copa de aquel vino, que era espeso como los cielos de la Luna, para asimilar lo que acababa de oír. En cuestión de horas, sus anhelos de amor se habían derrumbado como un castillo de naipes.

Una vez clausurada la ciudad de la Luna, lo que le esperaba abajo era aún peor que lo que había dejado. Moira regresaría con su ingeniero y contarían juntos sus batallitas en el Exovillage. Tras todo lo vivido juntos, tal vez la relación fuera a más y acabaran formando una familia. Los adinerados padres de Marcelo se encargarían de procurarles lo que necesitaran.

Por su parte, sus opciones laborales pasaban por pedir incorporarse de nuevo al *call center*. Tras arrodillarse ante Marianne, con suerte volvería a consumir las noches allí como consultor raso. Y ni siquiera podría soñar con Moira al mirar la Luna.

Como un fogonazo de iluminación, de repente Verne tuvo muy claro lo que debía hacer.

—Yo me quedaré contigo, Kumar. Cuidaré de ti y de la biblioteca.

59
SIETE CÍRCULOS

Una semana después, Verne abrió la biblioteca sabiendo que nadie iría a buscar sus libros. Tras la marcha de los turistas, seis días atrás, aquella tarde saldría la K101 con el primer grupo de «liberados».

Escuchar aquella palabra entre el personal del complejo le revolvía las entrañas, ya que muy pronto él sería el único preso.

Como preparación para la vida monástica que le esperaba, pasó las primeras horas de la mañana leyendo reflexiones de René Guénon, Frithjof Schuon y otros miembros del grupo Sophia Perennis, que sostenían que existe una religión primordial de la que han bebido todas las demás.

Luego se sumergió en la lectura de la biografía de Thomas Merton, un monje trapense emblema del pacifismo que dialogó con las figuras espirituales de su tiempo, como el maestro zen D. T. Suzuki o el monje vietnamita Thich Nhat Hanh. Pese a haber sido escrita en 1948, *La montaña de los siete círculos* resonaba dolorosamente dentro de él.

Merton narraba su infancia solitaria, en la que solo contaba con la compañía de un amigo imaginario, Jack, que tenía a su vez un perro también imaginario, Doolittle.

Poseído por una agitación creciente ante lo que sucedería aquella misma tarde, Verne tomó los otros dos volúmenes del monje que había en la biblioteca. Abrió al azar *Las islas extrañas* y leyó:

*El hombre libre no está solo, como los hombres atareados,
sino como los pájaros.
El hombre libre canta en soledad como el universo.*

Aquel aforismo le llenó de una tristeza infinita, justo cuando Moira llegaba a la biblioteca. Tras abrirse la puerta, se quedó indecisa en el umbral, como si no se atreviera a perturbar su intimidad.

Verne había temido aquella visita durante toda la mañana, pero al verla allí sus manos se movieron solas para pedirle que se acercara.

Obediente, Moira caminó sigilosamente hacia su mesa y se sentó al otro lado. Entre las cortinas de su pelo negro y lacio, sus ojos parecían más achinados que nunca, como si hubiera pasado la noche sin conciliar el sueño.

—Hoy te vas. —Verne sintió que su voz sonaba muy lejos de sí mismo.

—Sí...

—¿Cómo se ha acostumbrado Marcelo a la Tierra?

—Aún no hemos podido hablar. Supongo que bien.

—No le tengas en cuenta que se marchara una semana antes —dijo, adoptando un tono monástico—. Este lugar acaba volviendo majareta a cualquiera.

—Lo sé... —repuso, moviendo las manos nerviosamente sobre la mesa—. Por eso no entiendo

que tú elijas quedarte. Ya me dijiste que quieres cuidar del viejo, pero aun así...

Verne levantó la mirada y vio que Moira estaba a punto de llorar. Para quitar hierro al asunto, se invistió de bibliotecario y dijo:

—Otro de los motivos para quedarme es que no puedo imaginarme vivir sin un libro de verdad entre las manos. Desde que estoy aquí, he desarrollado una adicción al peso y tacto de estas reliquias.

—Entiendo... ¿Quieres que te lea algo?

Sorprendido con aquella propuesta, Verne empujó el tercer libro de Thomas Merton. Ella lo levantó con sus manos delgadas y blancas. Tras abrirlo por el medio, leyó con voz serena:

*El amor es nuestro verdadero destino.
No encontramos el significado de la vida
por nosotros mismos solamente,
lo encontramos junto a otro.*

Luego cerró el libro y añadió:

—Lo siento, no ha sido una frase muy afortunada.

—Sí que lo es... —dijo Verne—. Todas las cosas importantes del mundo las hacemos por otros. Yo también.

Moira se puso de pie y rodeó la mesa hasta situarse al lado de él, que se levantó lentamente fingiendo aplomo.

—Voy a echarte de menos, Verne. —Su voz tembló de emoción.

—No pasará un solo día sin que piense en ti, Moira —le confesó sin miedo—. Seguiremos más o menos como antes de que viniera, pero con los papeles cambiados. Ahora seré yo quien te escriba desde aquí arriba.

Por toda respuesta, ella dio un paso adelante hasta quedar a medio palmo de Verne. Un instante después se abrazaron con fuerza.

A través de la presión de sus pechos, él pudo sentir cómo el corazón de Moira latía a toda velocidad, mientras le daba un beso muy cerca de los labios.

Justo entonces, la puerta del garaje se abrió desde dentro. Era la primera vez que sucedía, por lo que Verne dio un respingo.

—Siento llegar en un momento tan inoportuno —dijo Kumar, enfundado en un mono del Exovillage.

—¿Es... él? —preguntó Moira, mirando al anciano sin separarse aún de Verne, que se limitó a asentir—. Te esperaré en el Moonbay dos horas antes del despegue —le susurró al oído—. Quiero despedirme sin testigos.

LA MUERTE DE THOMAS MERTON

Kumar se paseaba sin prisas, siguiendo el camino circular de las estanterías. Parecía gozar de la biblioteca tal y como la había organizado Verne. Se detuvo un par de veces a examinar alguno de los libros, como si fueran una novedad para él. Luego los devolvió a la estantería con delicadeza.

Tras este prelude, se volvió hacia el bibliotecario y lo miró con una mezcla de gravedad y compasión.

—¿Has hablado a alguien más de mí?

—No. Solo a Moira.

—Tiene un aura especial... Y parece muy inteligente.

—Lo es.

—Haríais buena pareja.

Verne resopló antes de responder:

—Tal vez en otro mundo; en otra vida, quizás.

—¿Cómo sabes que habrá otra vida? —repuso, sentándose en el asiento de las consultas—. Si la amas de verdad, baja de este maldito satélite y lucha por ella. He visto en sus ojos que te quiere, quizás solo necesita un poco más de tiempo. —Su mano arrugada dio una suave palmada sobre la mesa—. He previsto que en la K101 haya un asiento libre. Aún estás a tiempo de cambiar de idea.

Tras proyectar en su mente todas las variaciones posibles de su regreso a la Tierra, ninguna le parecía una alternativa a la decisión que ya había tomado. Volver con una mano delante y otra detrás, buscar un trabajo horrible —jamás volvería a ser bibliotecario—, proseguir la amistad con Moira mientras ella organizaba su vida con otra persona y le daba las migajas.

Su sexto sentido le decía que, si tomaba aquella nave, una semana después estaría contemplando la Luna con nostalgia. Allí al menos tenía alguien con quien conversar sobre lo humano y lo divino. Y tenía los libros. Eran formas algo tortuosas de aliviar su soledad, pero no se le ocurría una solución mejor.

—La decisión está tomada —dijo al fin—. A no ser que no me quieras en tu estación espacial, siento que mi lugar es este.

—¿Eres consciente de todo lo que te privas no regresando? Muy pronto este será el lugar más solitario de la humanidad.

—Sí, y, sopesándolo todo, prefiero no volver a la Tierra.

—Como quieras, hijo —dijo, tomando con sus manos frágiles los tres libros de Thomas Merton—. Veo que te atraen los místicos modernos. *La montaña de los siete círculos* fue el libro de cabecera de los jóvenes de su época, y está considerada una de las cien mejores obras de no ficción del siglo XX.

—Por lo que llevo leído, me parece un personaje entrañable. —Dando la vuelta al libro, donde había una reseña biográfica, añadió—: Me parece muy sospechosa su muerte en Tailandia en 1968

con solo cincuenta y tres años. ¿Cómo es posible que, teniendo una herida llena de sangre en la cabeza, las autoridades no hicieran una autopsia?

—Nadie lo sabe. O quizás sí... Thomas Merton era amigo de activistas como Martin Luther King, y era una voz muy poderosa contra la guerra de Vietnam. Según la biografía de Martin y Turley, pudo ser ejecutado por la CIA.

Dicho esto, los dos se sumieron en un silencio denso y lleno de palabras no dichas.

El bibliotecario deseaba sacar el tema de la muerte de Marshall. Más allá de cómo había acabado entre los tentáculos del pulpo, alguien había desbloqueado la puerta para que aquel botarate pudiera entrar. Y Verne había visto cosas que ningún otro elucubrador de hipótesis sabía.

Había visto al viejo infiltrarse en el cóctel tras la desaparición de Marshall, y la Cueva de los Aborígenes se había cerrado por mantenimiento justo después. Le resultaba imposible no atar cabos y elaborar su propia tesis.

Tal vez en una misión de aprovisionamiento, Kumar había sorprendido al chico deambulando totalmente borracho fuera de la colonia. Al verle arrojar el libro, le había seguido hasta el interior de la colonia, donde quizás le había propuesto visitar el acuario.

Una vez allí, cualquiera de las hipótesis de Moira podía ser válida. Tal vez el mismo Kumar había ayudado a aquel chaval enclenque a encaramarse para tocar al gran pulpo. Un último empujón le habría dado el pasaporte al otro mundo.

—Te noto muy pensativo —dijo el maestro—. ¿Ya echas de menos a tu amiga?

—Ahora mismo estaba pensando en Rilo Marshall. ¿Cómo pudo acabar dentro del tanque de los pulpos?

—Misterios de la conducta humana.

—¿Crees que alguien contribuyó a su muerte? —preguntó por fin—. Quiero decir si alguien ayudó a que acabara entre los tentáculos de ese gran bicho.

—Nunca se sabe... Tal vez fuera el espíritu de Alan Watts.

UNA NUEVA COLONIA LUNAR

Verne sentía que las piernas le flaqueaban al recorrer el camino hacia el Moonbay. Desde que Kumar había vuelto a su guarida, había hecho toda clase de ejercicios espirituales para tratar de «desapegarse» de lo que estaba a punto de perder.

Cuando el último remplazo de personal se fuera, no estaba claro hasta cuándo lograrían sobrevivir el viejo y él. Sin conocimiento alguno para reparar cualquier desperfecto o disfunción en la ciudad lunar, cuando el azote constante del regolito dañara algún dispositivo vital aquello sería su tumba.

Al ver a Moira al fondo del restaurante vacío se dijo que la muerte, a fin de cuentas, no era tan mala opción. Había comprobado por activa y por pasiva que no se la podía sacar de la cabeza. Quizás su cerebro tuviera una plasticidad limitada, ya que sospechaba que eso seguiría siempre así.

Ante ese panorama, acabar sus días hablando de filosofía y religión no le parecía un mal final. Podrían incluso terminarse la caja de 7 Moons antes de que fuera demasiado tarde.

Consolado por esa idea, se dispuso a dar el último abrazo a Moira, cuando ella dio un paso atrás.

—Tengo que contarte algo, Verne —dijo con cierto miedo en la mirada—. Y espero que no te enfades conmigo.

—Creo que no hay nada ya que pueda enfadarme —repuso con sinceridad—. Vamos, suelta.

—Yo también quiero quedarme. ¿Crees que Kumar lo aceptaría?

Verne se quedó sin aliento. Tras procesar lo que acababa de oír, respondió:

—No lo sé... Puedo tratar de convencerlo. Pero te desaconsejo totalmente que hagas eso. Si te dijera otra cosa, no estaría pensando en tu bien. Y yo te quiero, Moira.

—¿Por qué me desaconsejas algo que tú mismo haces?

—Yo no tengo nada que perder, pero a ti te espera una vida ahí abajo. Cuando se marche todo el personal técnico, esto se convertirá en una ciudad fantasma que se irá erosionando y desmantelando por sí misma.

—¿Olvidas que soy ingeniera? Puedo arreglar otras cosas además de la Exonet. No podéis sobrevivir aquí sin alguien que sepa de tecnología espacial.

—Tu ofrecimiento es muy generoso, Moira —dijo, conteniendo su deseo de abrazarla—, y sin duda tenerte aquí sería providencial. Pero no te podemos pedir ese sacrificio.

—No es ningún sacrificio. De hecho, yo tampoco tengo nada que perder. —Verne la miró pasmado, sin saber qué había querido decir con eso, pero ella se encargó de aclararlo—: He roto con Marcelo. De hecho, acabo de mandarle un último correo antes de cerrar la Exonet. —Un sentimiento de vértigo se apoderó de Verne, que calló para seguirla escuchando—. Fue muy bueno conmigo cuando me atacó la melancolía lunar, pero que quisiera marcharse sin mí, dejándome más de un año aquí arriba, no es lo que yo espero del hombre de mi vida.

—Tal vez no exista el hombre de tu vida, Moira —dijo Verne, tratando de no descomponerse—. Solo quiero que pienses lo que supondrá esto antes de hacer una locura.

—Vamos a formar una nueva colonia lunar —dijo obstinada.

—Cuando todos se vayan, será una colonia de tres, a no ser que quieras contar también a esos pulpos asesinos.

Moira respondió a este comentario riendo, pero poco después dos lágrimas empezaron a bajar por sus mejillas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Verne, tomándole las manos.

—Te parecerá una idiotez... pero ahora mismo lloro de felicidad.

Dicho esto, aproximó su cara a la de él con la inclinación justa, en un cálculo de ingeniería, para que las narices no chocaran y los labios de ambos pudieran encontrarse por fin.

EPÍLOGO

La Tierra había empezado a emerger sobre el horizonte lunar, arrojando una aureola azul sobre el negro permanente.

Desde su tumbona en la suite que habían elegido para vivir, Verne pensó que jamás llegaría a acostumbrarse a aquel espectáculo. Desde la distancia cósmica, aquel mundo que ya no era el suyo parecía pintado por un artista bajo los efectos de alguna droga alucinógena.

Sentada a su lado en otra tumbona, Moira dejó el libro en su regazo para tomarle la mano. Él se la acercó a los labios para rozarla un instante antes de volver ambos a la lectura.

Siguieron largo rato así, leyendo en aquella ciudad donde eran los únicos habitantes, salvo en las raras visitas de Kumar, o cuando bajaban a la Cueva de los Aborígenes.

—¿Por qué página vas? —le preguntó él de repente.

Moira levantó la cabeza para responder:

—Por la ciento veintisiete, ¿y tú?

Verne tardó unos segundos en contestar. Luego le dio un suave beso en los labios antes de anunciar:

—He llegado al final del libro.

A Anna Sólyom y Sonia Fernández-Vidal, las primeras lectoras de este libro junto con Héctor García.

A Carol, por sus investigaciones lunares.

A Miryam Galaz, editora de este libro, por haberse enamorado de esta aventura.

A Sandra Bruna y su equipo, por hacer posibles tantos sueños.

A Jordi Marquillas, por poner música a esta historia, y a Jordi Campoy, por su sideral producción.

A Sílvia Tarragona, por ser mi hermana en la Tierra y la Luna.

A los amables lectores, por acompañarnos en este viaje exterior e interior.

A todos vosotros, ¡gracias por existir!

Notas

[1] «El espectáculo más grande desde el Big Bang...» (Jovanotti).

[2] «El espectáculo más grande desde el Big Bang... / somos nosotros / tú y yo» (Jovanotti)

[3] *La vida impersonal.*

[4] *La mariposa y el monje.*

[5] *Y ellos han escapado del peso de la oscuridad.*

La biblioteca de la Luna

Francesc Miralles

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2019

© de la imagen de la portada, Miriam Bauer

© Francesc Miralles, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-670-5647-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

LA BIBLIOTECA DE LA LUNA



FRANCESC MIRALLES


ESPASA